

El desarrollo histórico de la isla de Ometepe

LUIS H. SERRA VÁZQUEZ



EL DESARROLLO HISTÓRICO DE LA ISLA DE OMETEPE

Luis H. Serra Vázquez



N

972.85

S487 Serra Vázquez, Luis Héctor

El Desarrollo histórico de la isla de Ometepe /
Luis Héctor Serra Vázquez. ~ 1a ed. ~ Managua :
UCA Publicaciones, 2015
150 p.

ISBN 978-99924-36-43-1

1. OMETEPE(NICARAGUA)-HISTORIA

El desarrollo histórico de la isla de Ometepe
Luis H. Serra Vázquez



Primera edición, 2016

Diseño: Eduardo Herrera Scott

Diagramación: Francis Mejía

Revisión de estilo: Lillian Levy

Foto de portada: Gabriel Serra

Impresión: Complejo Gráfico TMC

ÍNDICE

Prólogo	7
Capítulo 1 Los pueblos indígenas	
Introducción	15
1.- Primeros pobladores	16
2.- Evolución de las comunidades indígenas	20
3.- La cultura nicarao	22
Conclusiones	28
Capítulo 2 La sociedad isleña durante la Colonia (1524-1821)	
1.- La conquista	34
2.- La catástrofe demográfica	35
3.- Encomiendas, tributos y reducciones	37
4.- Propiedad de las tierras y producción agropecuaria	40
5.- Autoridades españolas e indígenas	43
6.- La Iglesia católica y la religiosidad popular	44
7.- Mestizaje y estratificación social	47
Conclusiones	49
Capítulo 3 Ometepe en el siglo XIX	
Introducción	53
1.- La situación política	54
2.- La economía isleña	57
3.- La vida social y cultural	63
Conclusiones	66
Capítulo 4 Ometepe en el siglo XX	
Introducción	71
1.- La dinámica demográfica	72
2.- Las transformaciones económicas en el siglo XX	78
3.- Instituciones políticas y organizaciones civiles en Ometepe	99
4.- Educación, salud y medio ambiente en Ometepe	109

5.- La familia, las mujeres, los jóvenes.....	127
Conclusiones.....	136
Conclusiones finales	139
Referencias bibliográficas	144
Anexo: Siglas, acrónimos y abreviaturas	150

PRÓLOGO

Conocí a Luis Serra hace varios lustros, cuando, contratado por la Universidad Centroamericana, llegó al Departamento de Historia, donde yo trabajaba. Desde entonces lo consideré y sigo considerándolo un gran amigo. Cuando me invitó a prologar su obra, *El desarrollo histórico de la isla de Ometepe*, acepté con mucho gusto.

El esquema del libro es muy sencillo. Un capítulo lo dedica a los pueblos indígenas, corazón y alma del ayer y del hoy de la isla. El segundo, a la vivencia de la sociedad isleña en la época colonial, con todo lo que conllevó el choque entre dos culturas y dos maneras de pensar tan antagónicas como la del conquistador y la de quien acabó siendo conquistado. El tercero está enmarcado en el siglo XIX, con una situación política, económica y social aparentemente nueva, situación que, en el trasfondo, no cambia tanto, pues el escenario de dependencia siguió muy parecido a lo anterior, por la supervivencia de las formas coloniales. Y el cuarto alude a Ometepe en el siglo XX, con su dinámica de la población, sus transformaciones sociales, sus cambios políticos y sus avances al crearse organizaciones de la sociedad civil.

No sé si Ometepe ha sido el paraíso perdido o el paraíso encontrado. Pero siempre, a pesar de algunas vicisitudes, ha sido y sigue siendo un paraíso. En el anhelo de las personas —e incluso dentro del reino animal— por encontrar un lugar plácido para el vivir, la isla se convirtió en el hábitat natural donde sus pobladores encontraron recreo para la vista, para el oído y para todos los sentidos. Un lugar de reposo, pero también de actividad vital y de convivencia para los pobladores que llegaron a ella hace más de cuatro mil años, según confirman los primeros vestigios que la arqueología ha proporcionado. Esta isla es como un pedacito de tierra formado “con un pedacito del cielo” —como dice la canción sobre Nicaragua—, donde la naturaleza es parte consustancial de las vivencias de los primeros pobladores, en medio de una exuberante fauna y flora, y con los dos volcanes, siempre a la vista, completando ese paisaje, que ha invitado y sigue invitando a dialogar con él, proporcionando el placer de

sentirse en un tan idílico lugar que no hay razón para envidiar ni el propio paraíso de Mahoma.

Ese paraíso encontrado por sus primeros pobladores, los chibcha, y luego por algunos chorotega, y, más tarde, por los nicarao, fascinó a todos. Incluso estos últimos, tan pronto como contemplaron desde el istmo de Rivas ese paisaje con sus dos volcanes o cerros, no dudaron en bautizarlo como la isla de “los dos cerros o volcanes”. Este nombre toponímico es el reflejo perfecto de su realidad geográfica, pues *ome* significa dos, y *tepe*, cerro. Era la isla de los dos cerros, expresada en su lengua náhuatl, “una lengua hermosa y sonora, hecha para la cultura y la enseñanza”, en palabras de Carlos Mántica; una lengua tan sublime que el mismo autor no pudo por menos de dedicar un capítulo de su libro *El habla Nicaragüense*, “A Santa María Tecuatlaxoupe, quien conociendo la lengua de los ángeles, prefirió el Náhuatl”.

Si antes decía que el diseño del libro era sencillo, ahora afirmo y confirmo que, aparte de sencillo, es también complejo. Esta aparente paradoja, que conviene aclarar, nos invita a leerlo con sumo interés, porque en medio de la sencillez hay tal cantidad de información de cada uno de los temas tratados, que al final se nos llena la cabeza de ideas y la razón se ve obligada a analizarlas y clarificarlas.

No podemos obviar que el Dr. Luis Serra es sociólogo, historiador y abogado. A esto ha sumado su interés ecologista y su preocupación por aunar la teoría con la práctica adquirida a través de sus años de trabajo en esta isla y en otros lugares, lo que se ha reflejado en el exhaustivo interés por dar a conocer datos y leyes, conjugándolo todo a la luz del análisis de *El desarrollo histórico de la isla de Ometepe*.

Aunque Ometepe sea una isla, el propósito de Luis no ha sido estudiarla de forma aislada. Ha preferido, más bien, enmarcar los temas en los contextos nacionales, cuando ese marco ha servido para tener una visión más clara de lo que ha pasado o aún pasa. Como parte de Nicaragua, y en medio de un mundo interrelacionado, no ha podido prescindir de la conexión de la isla con otros lugares, siempre que sirviera para enriquecer su análisis. Su relación con Granada y, de manera especial, con el istmo de Rivas e, incluso, con Chontales, es un frecuente punto de referencia para comprender mejor los acontecimientos, logros o resistencias de la actividad económica, política o social de la isla.

La lectura y profundización de cada tema nos muestran aspectos distintos, dependiendo del momento analizado. Sólo al final de la lectura podemos armonizar cada uno de esos aspectos, comprendiendo la unidad temática, y podemos formar un verdadero cuadro. Pero, como innumerables son los temas, también innumerables son los cuadros, colgados en un imaginario museo.

Cada cuadro se compone de muchas piezas, aparentemente sueltas, y sentimos su belleza, cuando ya ajustadas, conocemos y admiramos su complejidad, presentándonos como un mosaico en miniatura. Personalmente, al concluir la lectura, he podido contemplar los diferentes cuadros-mosaicos, parcializando lo individual o universalizando la totalidad, pues el resultado de ese completo museo imaginario es la suma de cada uno de los cuadros pintados, reflejo de esas parcialidades. En el conjunto de cada uno de los monotemas

analizados, podemos comprender lo que globalmente ha querido destacar el autor.

Colgados de la pared de ese museo imaginario, encontramos cuadros donde se reflejan la fauna y flora, con sus claroscuros momentos de exuberancia o de depredación; también hallamos miniaturas de sus ricos y magníficos suelos, dañados a veces, más por la mano humana que por los efectos naturales, pues la naturaleza, que es sabia, ha tratado de regenerarlos, a pesar de la tan temida y dañina sinrazón humana; además, contemplamos el sorprendente paisaje, con sus siempre bosques primaverales y con la grandeza de sus volcanes, el espléndido cono del Concepción y el truncado del Maderas, volcanes que, activos o inactivos, pero siempre grandiosos, han propiciado un hábitat para que los humanos, durante miles de años, hayan podido vivir en ese paradisíaco territorio.

Cuadros que recrean la vida idílica de sus primeras gentes, en pura comunión con la naturaleza de su medio ambiente, cuando aún no existía tanto lo tuyo o lo mío, sino lo nuestro, el sentido de la colectividad, idea suplantada al aparecer el conquistador español, que llegó a romper su armonía, quitando, entre otras cosas, el don más sagrado del humano, su libertad, para convertir en esclavos a los nativos y transformarlos en objetos de una historia ajena, más que en sujetos de la suya propia. Panorama no del todo revertido después de la independencia, pues la situación sociopolítica no cambió en algunos aspectos la vida del indígena, cuando políticos y poderosos se montaron sobre leyes y costumbres impuestas por el propio colonizador, sin devolver a los nativos las formas de vida comunitaria en que habían vivido antes de la conquista. Cuadro complementado por algunos intentos positivos de recuperar más recientemente su dignidad, aunque no siempre con el deseado resultado, porque a los humanos, a pesar de nuestro esfuerzo —más de una vez simulado— por redimir o restaurar la vida comunitaria del indígena, siempre en nuestro corazón tenemos enraizada la tendencia a querer dominar una parte de la conciencia de quien pretendemos liberar, impidiéndole ser completamente libre para crearle —más consciente que inconscientemente— una peligrosa dependencia.

Cuadro-mosaico de la organización política, con sus antiguos monéxicos y cacicazgos, arrasados por el centralismo español de la Corona, dejando únicamente una especie de simulacros ancestrales en que, de manera más afectiva que real, el indígena podía recrear su vivencia más como añoranza del pasado que como vivencia del presente en cada uno de los momentos posteriores al encuentro con el colonizador. Cuadro, además, adornado con nuevas pinceladas postindependentistas y del siglo XX, con las instituciones políticas y las organizaciones civiles, que, aunque han ido teniendo sus cambios, negativos o positivos, y a pesar de algunos avances, no han hecho olvidar el subconsciente colectivo y la añoranza de sus monéxicos, institución que dejó admirado al propio cronista Fernández de Oviedo, al compararlos con las instituciones españolas, inclinando su balanza hacia la organización indígena, según se desprende de algún breve comentario.

Cuadros y más cuadros políticos, económicos, familiares, lingüísticos y costumbristas a lo largo de toda la historia de la isla. Cuadros sobre su

demografía, tan mermada a la hora de la conquista por las enfermedades, los malos tratos y las formas opresivas del español; demografía presentada con sus altibajos, en que se plantean no sólo los resultados históricos de cada momento, sino también las causas existentes en cada uno de los capítulos tratados.

Cuadros y pinceladas sobre la tenencia de la tierra en sus tiempos anteriores al encuentro con los europeos, así como al cambio de dueño de sus tierras, las que, por derecho de conquista, pasaron a ser tierras del rey, “tierras realengas”, para posteriormente, algunas de ellas, ser dadas u ofrecidas “generosamente” a los pueblos de indios como tierras comunes o tierras ejidales; tierras indígenas que, después de la independencia, a través de leyes y leguleyadas, cayeron muchas de ellas en manos de grupos de políticos o de grupos de poder.

Estampas o cuadros que plasman la historia de la mano de obra de los habitantes de la isla, con anterioridad a la presencia española, reflejando su trabajo colectivo; o después de la invasión, con toda una legislación sólo favorable al dominador, que hizo perder a los nativos su libertad, convirtiéndolos, a través de la encomienda de servicio, en verdaderos esclavos y, al suplirla con las Leyes Nuevas por la encomienda de tributo, también siguieron siendo esclavos, porque debían tributar al rey, al encomendero y a la Iglesia y, todavía, generar y conservar un residuo para su subsistencia. Estampa que casi no se recompuso en el período independentista, porque convenía mantener formas de dominio de la mano de obra en beneficio de los nuevos interesados.

Miniaturas de las nacientes clases sociales ya desde los tiempos indígenas, para fundamentarse más tarde en lo racial, con una etiqueta de “bondad” para los blancos y de “mañas”, y no tanta bondad, para los indios, con sus respectivos cruces o mestizajes, fueran mestizos, mulatos o zambos. Clases sociales también fundamentadas en sus riquezas y en distintos poderes, reminiscencias de los estamentos privilegiados europeos, con el consabido “don” —o cualquier otro título— que valoraba a la persona más por cuanto tenía que por cuanto era. Clases sociales defensoras de una educación orientada a valorar la diferencia existente entre españoles (peninsulares o criollos) e indios o mestizos; creadora, a su vez, de una conciencia sumisa por naturaleza, por el hecho de ser indios o mestizos, frente a la grandeza y bondades del español por ser blanco y, sobre todo, poderoso. Visión que tampoco la independencia ni las reformas del siglo XX lograron romper totalmente, porque a los reformadores, también siempre poderosos, les convino mantener y reservarse una cuota de poder sobre las conciencias de los “protegidos”.

Imágenes y cuadros de la vida familiar con un patriarcado piramidal, donde esposa e hijos debían permanecer sumisos a la voluntad del poderoso hombre, al que, a diferencia de la mujer, se le podían perdonar sus adulterios o la tenencia de sus “sucursales”. Retrato del que no estaban ausentes los pinceles de una sumisión sagrada, religiosa, difícil de erradicar, y donde la misoginia era muy real. Pinceladas que, a la vez, han ido reflejando algunos avances de la toma de conciencia sobre la igualdad del hombre y la mujer y sobre la responsabilidad de la pareja por encontrar la armonía, pero donde no han faltado algunos trazos que muestran y demuestran la resistencia del varón a compartir “su poder”, a pesar del bombardeo de varios organismos más recientes, algunos de ellos religiosos, y de algunas ONG conscientes de

la necesidad de despertar la lucha por conseguir una conciencia propia de la mujer.

Cuadros sobre la complejidad de su vida cotidiana en unos u otros periodos analizados, con citas sobre la población o, más modernamente, con estadísticas que reflejan su distribución por edades, y censos sobre el estado civil de las personas, con porcentajes de hombres y mujeres, niños, jóvenes o adultos, sin olvidar el crecimiento o decrecimiento poblacional y sus causas.

Cuadros sobre la tasa de fecundidad o sobre el promedio de hijos o hijas por mujer según el nivel de su instrucción; pinceladas sobre las transformaciones económicas en diferentes momentos y, de manera especial, en el siglo XX, tomando en cuenta a inversionistas durante el auge agroexportador, con sus repercusiones en la propiedad de la tierra y en las luchas organizadas de las comunidades indígenas para defender sus tierras comunales y su identidad cultural; estadísticas de las fincas y su extensión, las tituladas y arrendadas, con sus rubros de producción en los municipios de Altagracia y Moyogalpa. Mención de los cambios económicos en los años de la Revolución, con sus migraciones internas hacia los lugares de mayor producción; trazos pintorescos sobre el quehacer de diferentes organizaciones en la isla, como las Cooperativas de Crédito y Servicios, las Cooperativas Agrícolas Sandinistas, la Unión Nacional de Agricultores, o las asistencias facilitadas por el Midinra y el crédito del Banco Nacional de Desarrollo. Mezclas de aciertos y desaciertos a la hora de comercializar libremente la producción, tan controlada por las empresas estatales Enabas, ENAL, Encafe, Enaper; rechazo de algunos productores al cooperativismo o al servicio militar patriótico.

Muestra también algunas perspectivas de las variaciones económicas durante la década de los noventa en el sector agropecuario o en la propia tenencia de la tierra, con la existencia de nuevas fincas o con la creación de variadas fuentes de trabajo, como la turística. Menciona y analiza los nuevos servicios financieros y el surgimiento de otras fuentes de financiamiento, como la Asociación de Agricultores Ecológicos, o la Asociación de Plataneros de Altagracia, o la Fundación Entre Volcanes, que ayudaron a paliar la drástica reducción del crédito en la isla.

Y en medio de tantos cuadros-mosaicos encontramos, en años posteriores a los ochenta, la variación del sector comercial, la diversificación de los servicios públicos, el análisis sobre la falta de obras de infraestructura, el servicio de teléfonos y sus limitaciones, la carestía y el obsoleto servicio eléctrico, todo ello plasmado en el diagnóstico realizado por Inifom-GTZ para elaborar el Plan Maestro de Ometepe.

No podían faltar en un pueblo eminentemente religioso las diferentes pinceladas sobre la religiosidad indígena, en una sociedad sumamente teocrática. Sus necesidades materiales les obligaban a vivir en permanente comunicación con la divinidad, con oraciones y sacrificios, principalmente en los momentos de máxima necesidad del agua, vital para sus siembros, tiempo en que se hacía más sensible su culto a la diosa de la lluvia. En cuadro diferente puede apreciarse la suplantación de su religión por la de los cristianos, en el momento de la conquista; la presencia de los franciscanos, la enseñanza religiosa del catecismo, la resistencia indígena a abandonar lo propio y aceptar

lo nuevo; la conservación de su vivencia religiosa a través de la tradición, cuando eran prohibidas las manifestaciones culturales indígenas; el sincretismo religioso que permaneció, simbolizado en Altagracia en la mezcla del culto a la diosa Quiateot y a San Diego, son otras vivencias transmitidas en este texto.

También aparecen retratados algunos momentos contradictorios, como los que condujeron a los indígenas, en nombre de la autoridad de Dios, a aceptar plenamente la autoridad española, alienando y adormilando su conciencia ante la injusticia del poderoso, porque Dios daría el premio a esa obediencia más allá de esta vida; hechos que contrastan con los sentimientos religiosos de obediencia a Dios, luchando contra la injusticia, desde las comunidades cristianas más modernas, cuando estas planteaban que la mejor vivencia del Evangelio era la lucha contra la injusticia hecha a los pobres, la lucha a favor del desarrollo, porque luchar a su favor y contra la alienación que deshumaniza a las personas, es luchar por Cristo.

Estos son algunos de los cuadros o mosaicos que Luis nos ha ido pintando y que hemos visualizado como si estuvieran colgados en un museo imaginario. Cuadros a los que el lector añadirá otros que se le vayan presentando y, al final, como a quien se le encienden las luces en una sala de un museo, puede contemplar y analizar en todo su conjunto.

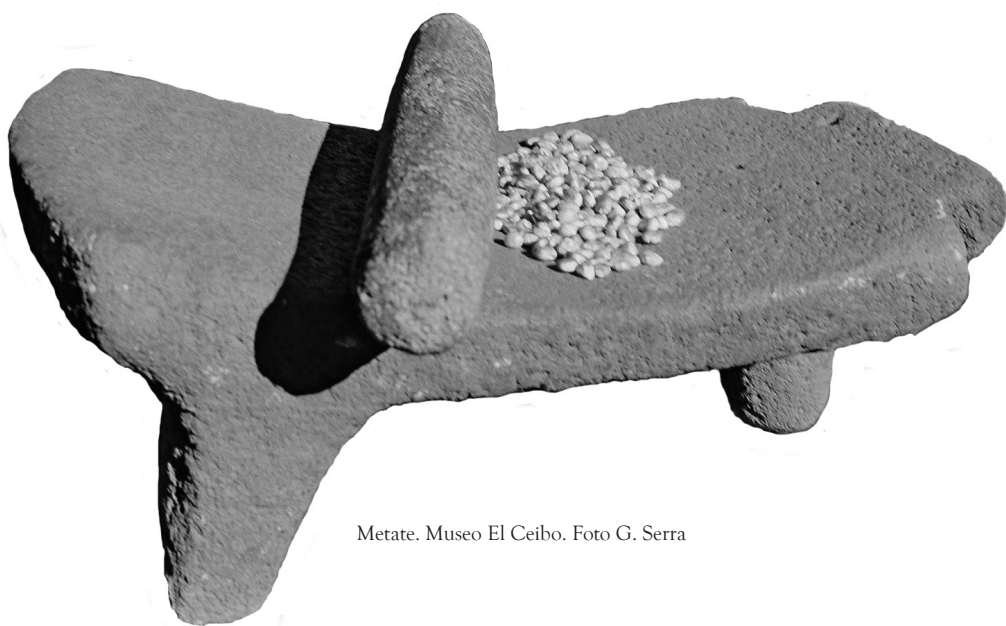
Y como añadido, no podemos menos de invitar a todos los visitantes, ahora que prospera el turismo, a sentir la naturaleza de Ometepe como algo propio. Una isla que debemos cuidar todos, como debemos cuidar cualquier lugar de la tierra, para que sirva de lugar propicio para cualquier humano que la visite ahora o en un futuro próximo o lejano. Matar la fauna y la flora es también, tarde o temprano, matar la naturaleza humana. El ser humano, hombre o mujer, tiene esa obligación de seguir creando y recreando lo que Dios nos ha dado a través de la naturaleza.

Antonio Esgueva
Ihnca-UCA

Managua, 17 de diciembre del 2015

CAPÍTULO 1

Los pueblos indígenas



Metate. Museo El Ceibo. Foto G. Serra

Introducción

En este capítulo se presenta un panorama general de los pueblos indígenas que habitaron la isla de Ometepe desde los primeros pobladores hasta la conquista española. Se trata de compartir la información científica existente sobre el origen y la evolución de los habitantes de la isla, sus actividades económicas, su organización social y su cultura.

Las principales fuentes de información han sido las investigaciones arqueológicas realizadas en la isla y los relatos de los primeros españoles. Estos escritores llamados “cronistas de Indias”¹ llegaron al país a principios del siglo XVI (1522-1550), entrevistaron a indígenas y observaron su cultura. También se han consultado los trabajos realizados sobre la historia de Nicaragua, los cuales se han basado en las fuentes antes mencionadas y en estudios sobre las culturas de la región mesoamericana².

Hay que tener en cuenta que el conocimiento de este periodo histórico es insuficiente porque son limitadas las fuentes de información, sobre todo en lo que concierne a las culturas más antiguas. Por un lado, los estudios arqueológicos han sido escasos, destacándose los trabajos de Haberland en Ometepe, quien ha elaborado una secuencia cronológica y una tipología de las piezas de cerámica, a partir de las cuales se pueden inferir algunos aspectos de la forma de vida de las comunidades indígenas. Por tanto, es necesario realizar investigaciones arqueológicas de mayor alcance y de carácter sistemático en toda la isla para responder a muchos interrogantes que subsisten hoy día.

Por otro lado, hay bastante información sobre las culturas que existían

-
- 1 Los principales fueron Oviedo, Torquemada, Gomara, Las Casas, Andagoya. Estas fuentes documentales han sido seleccionadas y ordenadas temáticamente por el historiador Antonio Esgueva en su libro *La Mesoamérica nicaragüense: documentos y comentarios*. UCA, 1996.
 - 2 El antropólogo Paul Kirchhoff (2000) llamó Mesoamérica a la región que hoy abarca desde México hasta Costa Rica, donde vivían pueblos indígenas que compartían una serie de rasgos culturales.

en Nicaragua al momento de la conquista; sin embargo los relatos de los cronistas de Indias deben revisarse críticamente, ya que están sesgados por el “lente cultural” propio de la España del siglo XVI. La mayoría de estos cronistas desconocían los idiomas indígenas (usaban traductores en sus entrevistas), consideraban que eran pueblos primitivos y trataban de justificar la conquista y la evangelización impuestas.

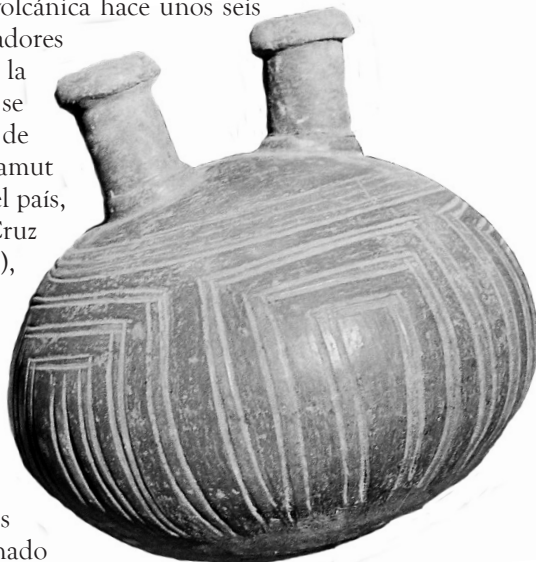
1.- Primeros pobladores

Sobre el origen de la población del continente americano existen dos posiciones: por un lado, el investigador Alex Hrlicka (en Esgueva, 1996, p. 5) afirmó que fueron bandas de cazadores que se trasladaron a pie desde Asia cruzando por el estrecho de Bering a fines del periodo glacial. Por otro lado, el antropólogo Paul Rivet (en Esgueva, 1996, p. 5) consideró que hubo distintas migraciones de pueblos provenientes de Asia, Melanesia, Polinesia y Australia, en distintas épocas y por diferentes medios.

Los primeros vestigios de la presencia humana en el continente datan de hace 22,000 años y se ubican en las llanuras de Norteamérica, donde se encontraron instrumentos de piedra para cacería: puntas de lanzas y de flechas, cuchillos, raspadores (Haberland, 1974). Así mismo, se han encontrado en México varios sitios de igual antigüedad, con instrumentos similares que usaban grupos nómades de cazadores (Balladares & Lechado, 2005).

En Nicaragua, los indicadores más antiguos de la presencia humana son los instrumentos de pesca y los depósitos de conchas de tortugas y moluscos encontrados en Monkey Point (costa Caribe) y datados de hace unos 7,600 años. Mientras que en la costa del lago de Managua se identificaron las Huellas de Acahualinca, impresas en barro petrificado, de seres humanos que escapaban de una explosión volcánica hace unos seis mil años. Estos primeros pobladores se dedicaban a la caza, la pesca y la recolección de frutos. También se han encontrado restos fósiles de mamíferos extinguidos, como el mamut o el bisonte, en distintos lugares del país, como El Bosque (Esteli), Santa Cruz (Jalapa) y El Horno (Ciudad Dario), pero no se hallaron instrumentos producidos por los seres humanos que demuestren su presencia en esos lugares (Esgueva, 1996).

Es posible que algunos de estos grupos migrantes (nómadas) que recorrieron el territorio nacional en busca de oportunidades de caza y pesca hayan incursionado en la isla de Ometepe en esa lejana época.



Bocana Bicroma. 2500 años.
Museo El Ceibo. Foto G. Serra

Sin embargo, los únicos vestigios directos de su presencia en fechas tan antiguas son algunos petroglifos grabados en material volcánico. Algunos autores consideran que estos grupos de cazadores fueron quienes grabaron los primeros petroglifos que se encuentran en la isla con dibujos de animales, a fin de favorecer sus actividades de caza, y con motivos geométricos tales como círculos, que representan al dios sol y espirales que expresan el ciclo de la vida (Matilló, 1973).

En estos petroglifos que se observan principalmente en el volcán Maderas, los motivos se han desdibujado y los surcos son superficiales por la erosión de muchos siglos. Petroglifos similares se han encontrado en Europa, África, Asia y otros lugares del continente americano, asociados a pueblos colectores y cazadores que realizaban actos rituales de culto en esos lugares.

Los abundantes petroglifos que se encuentran en Ometepe, especialmente en la zona del volcán Maderas, constituyen una valiosa expresión de arte rupestre y religioso de los pueblos indígenas, y destacan a nivel internacional por su calidad y su cantidad. Se ejecutaron con instrumentos de obsidiana o pedernal y expresan la cosmovisión, las creencias y las prácticas de nuestros antepasados. La presencia abundante de círculos y espirales es frecuente entre los pueblos colectores y cazadores. La espiral suele interpretarse como expresión del ciclo de la vida, un símbolo de fecundidad.

La investigación realizada por Joaquín Matilló en la década de 1960 identificó 2,022 grabados ubicados en 39 sitios, casi todos en el volcán Maderas. Muestran una orientación este-oeste, conforme a la trayectoria del sol. Este arqueólogo encontró una concentración de petroglifos en lugares utilizados como centros ceremoniales, como por ejemplo Punta Gorda, Corozal, Las Cuchillas, Pulman. Este investigador considera que “La semejanza en hechura y motivo ornamental entre los petroglifos de Ometepe y los de Chontales, puntualiza la unidad cultural y étnica entre sus primitivos pobladores” (Matilló, 1973, p. 60).

Un 55% de los 2,022 grabados que identificó Matilló en Ometepe representaban figuras geométricas, un 6% eran símbolos abstractos y un 3% eran cruces; se destacan las espirales, que expresaban “lo duradero, lo inmortal, lo eterno” según el cacique Benvenuto Aguirre.³ Un 31% eran representaciones de seres humanos (antropomorfas) con máscaras y ornamentos que permiten suponer que eran sacerdotes, caciques, músicos, grupos de danza o de adoración. Finalmente un 5% de los dibujos eran representaciones animales (zoomorfas) tales como monos, jaguares, serpientes, lagartos, venados, caracoles. En muchos casos, los artistas indígenas combinaban las figuras antropomorfas y zoomorfas con dibujos geométricos en bellas obras de arte rupestre cargadas de profundo simbolismo (Matilló, 1973).

Una investigación arqueológica más reciente (1995-2008) que exploró 46 sitios y 850 petroglifos confirma los hallazgos de Matilló al señalar que casi la totalidad de los grabados son diseños curvilíneos no figurativos, como son los meandros con bucles y espirales. Suzanne Baker, coordinadora del Proyecto

3 Este jefe indígena vivía en el volcán Maderas y fue entrevistado en 1942 por el Prof. Carlos Bravo.

Arqueológico Ometepe, considera que el arte rupestre de la isla forma parte de una tradición curvilínea abstracta encontrada en las regiones del centro y sur de Costa Rica y atribuida a las poblaciones chibcha que migraron de Suramérica. En menor medida se observan figuras antropomorfas y zoomorfas, las cuales reflejan una influencia menor de grupos chorotega y náhuatl que llegaron a la isla pocos siglos antes que los españoles. Como expresa Baker, “El arte rupestre de Ometepe fue en gran medida una creación autóctona producida a través de largos periodos para importantes e intensos rituales locales” (Baker, 2013).

Los primeros indicios ciertos de pobladores que se afincaron de forma permanente (pobladores sedentarios) en la isla datan de 2,000 años antes de Cristo (a. C.), es decir, hace 4,000 años, según la investigación arqueológica realizada por Haberland⁴. Este arqueólogo alemán denominó esta primera etapa de la cultura isleña la *fase Dinarte*, que abarcaba desde el año 2,000 al 800 a. C.⁵, y cuyos principales vestigios se encontraron en las excavaciones realizadas en Los Ángeles. Eran pequeñas comunidades que vivían de la agricultura, la caza, la pesca y la recolección de productos vegetales. Esto se deduce de los instrumentos encontrados: morteros, piedras de moler, ollas de barro, hachas, cuchillos, puntas de proyectiles.

Estos primeros isleños se asentaron de forma permanente a orillas del lago, en comunidades de unas 250 personas vinculadas por parentesco (clanes). Sus viviendas consistían en una estructura de madera, paredes de adobe y techos de palma. Bajo las viviendas se encontraron entierros de seres humanos junto con sus enseres personales (armas, instrumentos, alimentos, vestidos), por lo que se supone que esos grupos creían en una vida después de la muerte.

Es decir que estas primeras comunidades habían asimilado los adelantos tecnológicos de la revolución agrícola iniciada mucho antes en otras zonas del continente, tanto al norte como al sur de Centroamérica. La domesticación y cultivo de plantas silvestres fue un largo proceso que permitió a los grupos humanos contar con una mejor alimentación sin estar a merced de las fluctuaciones de la caza y la pesca. Las primeras plantas que se cultivaron en la isla fueron maíz, ayote, frijol, yuca, camote y chile. La técnica de cultivo era la llamada “roza y quema”, que sigue en uso: se limpiaba un terreno de matas y hierbas (rozar) y se quemaban los desechos, tras lo cual se sembraba mediante un espeque durante la estación de lluvias.

Paralelamente, se desarrolló la fabricación de objetos de barro (alfarería) que se utilizaban para cocinar y guardar los alimentos y el agua, lo cual ayudó a mejorar la salud y la supervivencia de las comunidades, gracias a lo cual su población aumentó. El cultivo del algodón condujo a la fabricación de hilados

4 Haberland excavó de forma sistemática diez sitios de la isla y exploró otros cuarenta sitios a lo largo de seis meses (noviembre 1962-abril 1963). Una parte de los hallazgos se depositó en el Museo Nacional de Antropología de Nicaragua (destruido en el terremoto de 1972), y otra en el Museo de Prehistoria de Hamburgo.

5 La fecha de los vestigios vegetales o animales puede establecerse mediante el método del carbono 14 (¹⁴C), que es un átomo que poseen los seres vivos y que disminuye muy lentamente después de la muerte. Se ha calculado que el ¹⁴C que contiene un ser vivo tarda 5,730 años en disminuir al 50%.



Cerámica policroma papagayo. Cultura Chorotega. Museo El Ceibo. Foto G. Serra

y textiles. Y así mismo, el tejido de fibras vegetales permitió elaborar mecates, cordeles y redes de pesca.

Las mujeres desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo de la agricultura y la cerámica, mientras los hombres se concentraron en las actividades de caza y pesca. A partir de la experimentación, las mujeres identificaron distintas especies de plantas, sus respectivas formas de cultivo y sus usos, virtudes y aplicaciones (alimentos, medicinas, tinturas). El rol de las mujeres era reconocido socialmente en esas comunidades indígenas, como señala Haberland: “Ellas tenían un lugar preponderante en la sociedad y quizás les pertenecía la tierra heredada por línea materna. De todo esto, posiblemente se derive el culto a una diosa de la fertilidad, expresado en numerosas figurillas de barro” (Haberland, 1974, p. 29).

¿Por qué razones esos primeros pobladores se afincaron en Ometepe?

Una razón era la fertilidad de los suelos volcánicos, que permitía obtener cosechas más abundantes que en otras zonas, particularmente en las planicies del municipio de Moyogalpa, donde se encontraron muchos vestigios de las primeras comunidades. Otra razón sería la abundancia de peces, tortugas y otros animales comestibles, lo que implicaba una alimentación permanente a lo largo de todo el año. Así mismo, la seguridad que brindaba la isla en razón de su difícil acceso y su fácil vigilancia frente a eventuales incursiones de otros grupos que transitaban por Centroamérica.

¿De donde provenían estos primeros pobladores?

La cerámica de la fase Dinarte que encontraron los arqueólogos alemanes se denominó *Ometepe gris*, porque tenía ese color y era una cerámica rústica, sin ornamento ni pulimento. Este mismo tipo de cerámica se encontró en la región noreste de Suramérica, por tanto se supone que de ahí provenían los primeros

pobladores de la isla. Algunos autores consideran que en esa época ocurrió una primera migración hacia Centroamérica de grupos chibcha procedentes de la región montañosa de Colombia y que pertenecían a la misma familia lingüística de los caribe, miskitu, sumu, rama, ulwa y matagalpa (Lothrop 1998).

2.- Evolución de las comunidades indígenas

Los primeros habitantes de Ometepe que llegaron hace cuatro mil años fueron multiplicándose y desarrollando sus comunidades durante cientos de años de forma autosuficiente, viviendo en pequeños asentamientos y manteniendo en gran medida sus formas de vida como agricultores, pescadores y cazadores. Los principales factores que afectaron su desarrollo fueron los fenómenos naturales, como las erupciones volcánicas y los deslaves, los terremotos, los huracanes y las sequías.

Durante ese largo periodo, los indígenas isleños fueron asimilando prácticas de otras culturas con las que tuvieron contacto, por ejemplo, nuevos cultivos y técnicas de agricultura y cerámica, ideas y creencias. Esta situación tuvo un cambio significativo mucho más tarde, con la llegada al sur de Nicaragua de los grupos indígenas provenientes de México, primero los chorotega, alrededor del siglo X (año 900) y más tarde los nicarao, en el siglo XIII (hacia el año 1200). Sobre la sociedad y la cultura en este último periodo existe abundante información basada en los cronistas de Indias, como veremos en el siguiente inciso.

La *fase Dinarte* de la cultura isleña, que inició hace 4,000 años, terminó abruptamente hace unos 2,200 años (800 a.C.) a raíz de una erupción volcánica que al parecer duró varios años. Haberland encontró en sus excavaciones una capa de 55 cm de ceniza volcánica consolidada (cascajo) sobre los vestigios de la cultura Dinarte, lo cual muestra la magnitud de la erupción.

Sin embargo, la población no desapareció del todo, sino que resurgió gradualmente en una nueva etapa de desarrollo que los arqueólogos alemanes denominaron la *fase Ángeles*, que duró unos 500 años: del 800 al 300 a.C. Se mantuvo el mismo patrón de asentamiento en pequeñas comunidades cuyas principales actividades eran la pesca la caza, la agricultura y la recolección de frutos. Un aspecto distintivo de esta fase es su cerámica bicolor en rojo y gris, bien pulida en el exterior y con incisiones ornamentales. Los sitios de estos vestigios arqueológicos fueron Sinacapa, Esquipulas y Los Ángeles.

La siguiente etapa del desarrollo isleño es la *fase Sinacapa* (300-1 a.C.) porque se encontraron abundantes vestigios en esa comunidad, y en menor medida en Esquipulas, Moyogalpa, La Paloma, Las Mercedes, El Cairo, Punta Gorda y Corozal. Esto significa que hubo un crecimiento demográfico significativo en esa época, que le permitió a esa población expandirse por toda la isla, lo cual podría deberse a un incremento de la producción agrícola. Así mismo, la zona del volcán Maderas ofrecía condiciones atractivas para los indígenas, por sus fuentes de agua, sus bosques, su fauna diversa y abundante y la lejanía de las erupciones frecuentes del volcán Concepción.

De este periodo se encontró un nuevo tipo de cerámica de color rojo,

o negro sobre rojo, con paredes delgadas, consistente en ollas globulares con un reborde y vasijas trípodas. También aparecen utensilios de piedra tales como las “manos” para moler el maíz en el metate, hachas rectangulares para cortar madera y figuras femeninas que se supone representaban a la diosa de la fertilidad. Estos vestigios se asemejan a los encontrados en otras excavaciones arqueológicas en el istmo de Rivas y en el norte de Costa Rica, lo que expresa la interrelación que existía entre los pueblos indígenas de esa región, que algunos arqueólogos llaman Gran Nicoya.

La etapa posterior se denomina *fase Manantial*, y transcurre del año 1 al 500 después de Cristo (d.C.). El rasgo distintivo de esta etapa es un estilo de cerámica rojiza monocroma y bien pulida, de la cual se encontraron tazones, platos y ollas con tres patas. También se hallaron hachas de piedra y puntas de hueso usadas en flechas, en las comunidades de Los Ángeles, Esquipulas, La Paloma, La Providencia, Tichaná, Santa Teresa. Este periodo terminó abruptamente con una fuerte erupción del volcán Concepción, según muestran las excavaciones realizadas en esos lugares.

Las comunidades se recuperan de esa catástrofe y desarrollan una nueva etapa, llamada *fase San Roque* (años 500 al 950 d.C.) caracterizada por su cerámica zoomorfa tricolor (crema, rojo y negro), denominada *Tola tricolor* porque se encontró en esa comunidad de Rivas y en otros lugares de la región Gran Nicoya, que en Ometepe incluye las comunidades de La Providencia, Las Pilas, La Paloma, Esquipulas, Sacramento, El Perú, Calaisa y San Miguel. También se encontraron morteros hechos con troncos de árbol y metates de piedra, lo que expresa un incremento de la agricultura en esas comunidades. Otros objetos hallados fueron aretes hechos con cerámica y con huesos de pescado, así como restos de redes de pesca redondas (atarrayas) que llevaban trozos de cerámica como pesas.

En la siguiente etapa (950-1100 d.C.) se observa en Ometepe la influencia de la cultura chorotega, un pueblo que provenía de la zona del Soconusco en Chiapas, que migró hacia Centroamérica alrededor del año 800 d.C. y se estableció en toda la región del Pacífico de Nicaragua, desplazando a los pueblos matagalpa y sumu hacia las regiones centro-norte y este del país.

Haberland denominó *fase Gato* a este periodo porque la cerámica encontrada en Ometepe mostraba la figura de un felino en vasijas tricolores,



Estatuas de Caciques Indígenas Altagracia. Ometepe.

bien cocidas y cepilladas. También se hallaron urnas en forma de zapato que supuestamente servían para enterrar a los niños menores de un año. Otros vestigios fueron sellos de cerámica, husos para hilar algodón hechos con caparazón de tortuga, y utensilios en piedra, como metates para moler maíz, cinceles para tallar madera o piedra y cuchillos para cazar. De esta fase son también los incensarios en forma de volcán y con una figura de mujer, que Haberland asocia con una leyenda que escuchó en 1963 sobre una anciana que vivía en el cráter del Concepción, de modo que cuando ella cocinaba salía humo del volcán.

En la etapa posterior, llamada *fase Paloma* (1100-1300 d.C.) se destaca la cerámica llamada “policromado papagayo”, que se halló en varias comunidades de la isla, como La Paloma, Los Hornos, Chilaite, La Palma, El Cairo, Santa Teresa, Taguizapa, San Miguel y Moyogalpa. Así mismo, este tipo de cerámica se encontró en toda la región del Pacífico de Nicaragua y se caracterizaba por su alta calidad, el uso de varios colores (crema, naranja, negro, rojo) y sus diseños con jaguares, serpientes emplumadas, lagartos, monos, cangrejos, alacranes y otros motivos de origen mexicano. Estos motivos se observan en gran parte de las estatuas de piedra volcánica que se pueden observar en Altagracia, por tanto se deduce que la zona recibió la influencia chorotega y nicarao durante los siglos previos a la conquista española.

3.- La cultura nicarao

Los nicarao fueron un grupo indígena originario de Cholula (México) que emigró al sur poco después que los chorotega, huyendo de la expansión olmeca. En una primera etapa, los nicarao se asentaron en Soconusco (Chiapas) hasta que fueron atacados por los azteca, razón por la que prosiguieron hacia Centroamérica. Según el cronista Juan de Torquemada, los caciques nicarao le relataron que sus sacerdotes habían previsto el lugar donde se asentarían en su migración hacia el sur: “Vosotros poblaréis cerca de un Mar Dulce que tiene a vista una isla, en la cual hay dos sierras altas redondas” (Esgueva, 1996, p. 28).

Alrededor del año 1200 d.C. llegaron a Nicaragua, desplazaron por la fuerza a los chorotega que vivían en el sur del país y se asentaron entre los ríos Ochomogo y Sapoa; también ocuparon las islas de Ometepe y Zapatera. Algunos arqueólogos consideran que en Ometepe los nicarao ocuparon la zona del actual municipio de Moyogalpa, desplazando a los chorotega hacia la zona de Altagracia, mientras que los descendientes de los primeros habitantes chibcha se ubicaron en la zona del volcán Maderas (Baker, 2013).

Sobre la cultura nicarao existe abundante información recogida por los cronistas españoles que tuvieron oportunidad de observar directamente sus formas de vida y de entrevistar a sus caciques y pobladores que hablaban el idioma náhuatl. Lamentablemente, los libros (códices) que guardaban los sacerdotes nicarao con la historia y los rasgos de su cultura fueron destruidos por los conquistadores, eran documentos que mostraban dibujos o signos pictográficos plasmados sobre pieles de venado.

Organización política

El sistema de gobierno de los nicarao era un cacicazgo hereditario, donde la autoridad era ejercida por los caciques (teytes), quienes gobernaban una zona determinada y reconocían a un cacique mayor como el jefe máximo de todas las comunidades ubicadas al sur de Nicaragua. Los caciques cumplían varias funciones: aplicar las normas o leyes establecidas, resolver conflictos entre personas o comunidades, liderar las tropas en casos de guerra y recoger los tributos o impuestos que pagaban los pobladores (cacao, oro, alimentos, tejidos, pieles).



Petroglifo en Ometepe

Es probable que en la isla de Ometepe gobernaran varios caciques; cada uno lideraba una zona compuesta por varias comunidades cercanas, y todos ellos reconocían como la máxima autoridad al gran cacique Nicarao que residía en la ciudad de Quahcapolca, capital del reino de los nicarao. Esta ciudad se ubicaba cerca de la actual ciudad de Rivas y tenía una población de varios miles de habitantes al momento de la conquista.

Los caciques y sus familiares formaban la clase social dominante, que se distinguía por sus vestimentas, peinados, tatuajes, adornos corporales, bastones de mando. Este grupo disfrutaba diversos privilegios –además de la obediencia de los súbditos– como era el recibir tributos, poseer plantaciones de cacao, esclavos y esclavas, grandes viviendas y artesanos especializados. Los caciques poseían también la prerrogativa de perpetuarse en estatuas de piedra (tótem) labradas por hábiles escultores en las que se les representaba llevando en la cabeza y en la espalda el símbolo del animal protector de su clan: jaguar, serpiente, coyote, águila, lagarto, como puede observarse hoy día en la ciudad de Altagracia o en el Convento de San Francisco en Granada.

El cargo de cacique era hereditario y se transmitía de padre a hijo varón, es decir, era una autoridad masculina que implicaba la subordinación de las mujeres. Sin embargo, los guerreros que lograban destacar en las frecuentes contiendas que tenían los nicarao con los pueblos vecinos –para defender o apropiarse de territorios y de esclavos–, podían ascender a la categoría de cacique.

Otro órgano político importante era el Consejo de Ancianos (monéxico), conformado por personas mayores y respetadas que se reunían cuando el cacique los convocaba para consultarlos sobre alguna situación que ocurría en su territorio y antes de tomar una decisión. Entre los chorotega, el monéxico tenía una autoridad mayor que entre los nicarao, ya que podía nombrar o remover al cacique, mientras que entre los nicarao era simplemente un órgano de consulta, porque la autoridad estaba concentrada en los caciques.

Actividades económicas

La propiedad de la tierra era comunitaria y no podía venderse. A cada familia se le asignaba una parcela donde cultivar y construir su vivienda. Las comunidades eran pequeños poblados conformados por familias vinculadas por lazos de parentesco. Las viviendas constaban de una estructura de madera, paredes de adobe y techo de palma; solían estar separadas entre sí por parcelas sembradas. En el centro del poblado se encontraba la casa del cacique, el templo donde vivían los sacerdotes, el taller de los artesanos y la plaza donde se realizaban las ceremonias, los bailes y los juegos.

Los nicarao eran excelentes agricultores que conocían los cambios climáticos y las técnicas apropiadas para cultivar maíz, frijol, yuca, calabaza, chile, achiote, henequén, algodón, cacao, tabaco y diversos árboles frutales. La agricultura se desarrollaba durante la temporada de lluvias (mayo-noviembre), y también usaban el riego manual en verano (diciembre-abril) para cultivar pequeños huertos. El algodón se hilaba y se tejía para elaborar mantas, vestimentas, hamacas y velas para canoa. Para teñir estos textiles se empleaban tintes minerales y vegetales. El henequén se usaba para elaborar cuerdas y petates.

La fertilidad de las tierras volcánicas de la isla permitía obtener buenas cosechas. Además, los indígenas habían desarrollado prácticas agrícolas que hoy en día se denominan “agroecológicas”; por ejemplo, sembraban cultivos intercalados en sus parcelas, rotaban el uso de un terreno (maíz de primera, frijol de postrema), mantenían árboles para dar sombra al cacao y proteger los cultivos de los vientos, dejaban en descanso las parcelas luego de tres años de cosechas. Recordemos que tenían un profundo respeto por la naturaleza y veneraban a los dioses de la tierra, la lluvia, la fertilidad, el maíz, los venados y los cuyos o conejillos de Indias.

La pesca era importante para la alimentación de los nicarao, que aprovechaban la variedad y abundancia de peces y tortugas que entonces existía. El instrumento de pesca más común era la atarraya, así como arpones de madera y anzuelos hechos con concha de tortuga. Para navegar en el lago labraban sus canoas en grandes troncos de árboles (ceiba, guanacaste) que se propulsaban con remos y con velas de algodón amarradas a un mástil.

Los espesos bosques que existían en las faldas de los dos volcanes albergaban una fauna abundante y variada que los indígenas cazaban con arcos, flechas, lanzas y trampas: iguanas, venados, guardatinajas, dantos, jabalíes, cuyos, codornices. También criaban animales para su alimentación, como chompipes,



Incensario tripode. Museo El Ceibo. Foto G. Serra

dantos y xulos⁶. El cuero de los venados se aprovechaba para confeccionar calzado, esteras y libros pictografiados (códices). Otros productos que extraían de los bosques eran miel, cera, palmas, frutos y maderas.

El intercambio de productos se realizaba directamente entre las familias mediante el trueque o usando el cacao como moneda. También había comerciantes ambulantes que recorrían las comunidades y traían bienes que no eran de la isla, como jade, obsidiana y oro. En los pueblos más grandes funcionaba un mercado (tiangué) donde las mujeres se ocupaban de las transacciones, los varones tenían prohibida la entrada, y estaba bajo el control de una autoridad encargada de regular el comercio y resolver las controversias. Los productos se transportaban a pie, pues no había animales de carga ni carretones⁷.

La producción de utensilios de cerámica, madera y hueso estaba muy desarrollada entre los nicarao. Todas las familias dominaban las técnicas básicas de producción utilitaria, es decir, para uso doméstico, por ejemplo vajillas, vestimentas, calzado, petates, redes de pesca. Además había artesanos especializados en la elaboración de productos suntuarios para los caciques y los sacerdotes.

Familia, lengua y costumbres

La familia era la forma básica organización de la sociedad y las relaciones de parentesco tenían una gran importancia en la vida social y económica de los nicarao. El matrimonio se concertaba entre los padres mediante un procedimiento formal, donde se discutía la celebración, los bienes que cada uno aportaría (tierras, cultivos, animales, utensilios, cacao), y el lugar donde construirían su casa. Para casarse, la pareja debía estar en capacidad de cumplir sus responsabilidades y garantizar el sustento propio y de sus hijos. El cacique oficiaba la ceremonia, les explicaba las responsabilidades que asumían y conducía a la nueva pareja a una casa donde debían pasar juntos la noche, para festejar al día siguiente con abundante comida, bebida y danzas.

El matrimonio implicaba asumir además otro tipo de obligaciones, como pagar tributo a los caciques. Los varones debían entrenarse para participar en las guerras. Por otro lado, significaba gozar de los derechos reconocidos a todo poblador, por ejemplo, recibir una parcela para cultivar. Las mujeres, por su parte, podían tener un puesto de venta en el mercado.

Los matrimonios eran monogámicos (compuestos por un varón y una mujer), pero los caciques podían practicar la poligamia (tener varias mujeres), aunque sólo una de ellas era la esposa legítima. La procreación era muy importante en la sociedad nicarao, debido a la alta mortalidad infantil y a la necesidad de trabajadores y de guerreros, por tanto, un matrimonio que no tuviera hijos se podía disolver; igualmente en caso de adulterio. Las relaciones homosexuales eran reprobadas socialmente; la violación de mujeres se castigaba con la esclavitud del agresor o el pago de una indemnización. Sin embargo, la

6 El *xulo* era una variedad de perro nativo de América. Era pequeño, mudo y carente de pelaje.

7 En la América precolombina no se utilizaba la rueda para el transporte.

prostitución femenina se aceptaba como una forma de generar ingresos.

En general las mujeres estaban subordinadas a los hombres, que eran quienes ocupaban los cargos de poder: caciques, sacerdotes, consejo de ancianos, jefes de familia. No obstante, se reconocían las funciones sociales y económicas que desempeñaban las mujeres y sus habilidades para el comercio, la agricultura, la medicina, la confección de utensilios domésticos, la reproducción y crianza de la prole. Recordemos que los nicarao rendían culto a varias diosas que proveían bienes fundamentales, como la lluvia y la fertilidad (Hernández & Murguialday, 1993).

Existía una serie de normas o reglas de conducta reconocidas en la sociedad nicarao para garantizar el orden social, el respeto de los derechos y el cumplimiento de las obligaciones. Así, al ladrón se le obligaba a pagar el valor del bien robado, o a trabajar como esclavo hasta cubrir ese valor; además se le rapaba la cabeza para que todos lo supieran. Igualmente, quien cometía asesinato quedaba convertido en esclavo de la familia de la víctima.

Los nicarao hablaban la lengua náhuatl originaria de México, de la que se conservan en uso en Nicaragua unas seiscientas palabras. En su libro titulado *El habla nicaragüense*, Carlos Mántica señala: “El Náhuatl es una lengua hermosa, sonora...una lengua hecha para la cultura, para la enseñanza. Cada palabra es un pequeño libro”. (Mántica, 1994, p. 18). Ese autor recogió el significado en náhuatl de varios nombres geográficos actuales de Ometepe:

- Chilaite: ensenada de los chiles.
- Esquipulas: tierra florida.
- Istián: llanura, terreno plano.
- Moyogalpa: casa de zancudos.
- Ometepe: dos cerros.
- Pul: perdido.
- Sinacapa: río de los murciélagos.
- Sintiope: camino de las mazorcas.
- Tichaná: casas negras.
- Tilgüe: viejo negro.

La vestimenta era de algodón y se teñía con tintes vegetales y minerales. Las mujeres usaban una camisola o huipil y una falda o nagua hasta las rodillas. Los hombres se ceñían una tela alrededor de la cintura y la entrepierna. Para protegerse del frío usaban mantas. Calzaban sandalias de cuero de venado con correas de algodón.

Era común que hombres y mujeres se tatuaran el cuerpo. También se adornaban con collares, brazaletes, prendedores y aretes hechos de hueso o de oro. Los caciques se distinguían por el tipo de tatuaje y de adornos, por ejemplo, usaban nariguera (pieza de joyería que se colgaba del tabique de la nariz). En cuanto al peinado, los hombres se rapaban la parte delantera de la

cabeza y se ataban el pelo en la nuca. Las mujeres se recogían el cabello en dos trenzas o colas sobre las orejas. A los niños pequeños se les moldeaba el cráneo de modo que la coronilla les quedara plana, porque se consideraba un rasgo de belleza y porque les servía para llevar cargas sobre la cabeza.

Creencias y prácticas religiosas

Los dioses principales (teotes), creadores del universo y de los seres humanos, constituían una pareja: el dios Tamagastad y la diosa Cipattonal. Había además dioses secundarios que representaban fuerzas de la naturaleza, animales, plantas y actividades humanas: la lluvia (Quiateot), el viento (Ehécat), el comercio (Mixcoa), el venado (Mazat), el cuy (Toste), el cacao (Cacaguat).

Las actividades religiosas eran coordinadas por los sacerdotes, grupo social cuyas funciones eran hereditarias y que concentraba el saber sobre los rituales sagrados, el calendario y la escritura. Los sacerdotes vivían en el templo y recibían las ofrendas de los creyentes para los dioses. El calendario nicarao se componía de 18 meses de 20 días cada uno; cada mes llevaba el nombre de un dios. En cada mes del año estaba planificada una ceremonia religiosa, además de otras celebraciones en fechas importantes, como eran la siembra, la cosecha, la cacería o la guerra.

Era obligatorio para todos los habitantes de la comunidad participar en esas festividades religiosas, que se realizaban frente al templo, donde había un montículo de tierra sobre el cual se colocaba la figura del dios que se adoraba y una gran piedra donde realizar los sacrificios. El sacerdote extraía el corazón de la víctima (un esclavo o cautivo de guerra) y lo ofrecía a la divinidad en una ceremonia; el cuerpo de la persona ofrendada se consumía como alimento sagrado. En estas celebraciones, que duraban todo un día, se hacían procesiones con la imagen del dios, se rezaba para implorar la ayuda divina y se danzaba con música de tambores, pitos, flautas y sonajas. También era costumbre ingerir bebidas fermentadas de maíz o de frutas.

En esas fiestas populares se organizaban juegos como el *comelagatoazte*, que era una especie de tobogán o subibaja, cuyo palo donde se montaban los jóvenes permitía girar sobre el eje y alcanzar gran velocidad con el fin de derribar al otro jugador. En la fiesta de cosecha del cacao se realizaba el juego o danza del volador, que consistía en un poste en cuya cima se insertaba un marco giratorio del que pendían cuatro mecates; de esos mecates se colgaban por la cintura cuatro jóvenes, que descendían girando en torno al poste, como mensajeros del dios Cacaguat.

En la sociedad nicarao se respetaba a las personas de mayor edad (güegües) por su experiencia y por sus conocimientos. En cada comunidad se designaba a una persona mayor para ser “confesor”, al que acudían las personas que habían cometido alguna falta a fin de recibir sus consejos y pagar una penitencia. Los nicarao creían que había una vida después de la muerte: quienes habían obedecido las normas y quienes habían muerto en la guerra o en un sacrificio religioso iban a vivir con los dioses; quienes habían hecho mal iban al inframundo, a un lugar tétrico llamado Migtanteot.

Conclusiones

Hace cuatro mil años Ometepe estuvo poblada por grupos chibcha provenientes de Sudamérica que manejaban las técnicas básicas de agricultura, cerámica, caza y pesca. Estos primeros pobladores se asentaron cerca del lago, construyeron viviendas con materiales locales y formaron pequeñas comunidades vinculadas por lazos de parentesco.

Las razones del poblamiento y la permanencia de estos grupos fueron la fertilidad de los suelos volcánicos, la abundancia de peces, tortugas y otros animales comestibles, y la seguridad que brindaba la isla frente a eventuales incursiones de otros grupos que transitaban por Centroamérica.

Durante cientos de años los grupos indígenas fundadores de la sociedad ometepina fueron multiplicándose y desarrollando sus comunidades de forma autosuficiente; vivían en comunidades pequeñas y mantenían sus formas de vida como agricultores, pescadores y cazadores. Los principales factores que afectaron su desarrollo fueron los fenómenos naturales, tales como erupciones volcánicas, deslaves, terremotos, huracanes y sequías. Durante ese largo periodo tuvieron intercambios comerciales con otros pueblos que habitaron en la región de Nicoya, y asimilaron nuevas ideas, prácticas y técnicas de producción. Sin duda el carácter insular de Ometepe, con las dificultades históricas de comunicación y transporte, ha reducido el impacto de culturas externas y ha favorecido la autonomía de sus comunidades indígenas y el desarrollo de una identidad particular.

Ometepe, por su ubicación geográfica, ha recibido en los siglos previos a la conquista española migraciones y aportes culturales de pueblos que habitaban en Suramérica (chibcha) en su poblamiento inicial y de otros pueblos (chorotega y náhuatl) provenientes de Yucatán y de otras regiones de México. Varios arqueólogos han ubicado la isla de Ometepe dentro de un área arqueológica llamada la Gran Nicoya, ubicada entre el golfo de Fonseca y la península de Nicoya, donde sus habitantes compartieron durante dos mil años una serie de rasgos culturales comunes. Es una región con una identidad propia y diferenciada de los pueblos mesoamericanos del norte y de las culturas de Suramérica (Lange et al., 1992).

La influencia de los chorotega y los nicarao en Ometepe no trajo un cambio radical para las comunidades isleñas, sino más bien fue un proceso de adaptación y enriquecimiento de ambas culturas. Como señala el arqueólogo Federico Lange, la migración de estos grupos desde México fue un proceso que duró varias décadas, durante las cuales estos migrantes fueron perdiendo algunas tradiciones y adaptándose a nuevos contextos. Así pues, en la región del Pacífico de Nicaragua no se observan muchos de los rasgos propios del área cultural mesoamericana, como la arquitectura monumental de las pirámides, las grandes ciudades, la agricultura intensiva de riego, la diferenciación de las clases sociales, los grandes ejércitos y la formación de un imperio que subordinaba a los pueblos de una gran región (Lange et al., 1992).

Sin embargo, esas características propias de la cultura azteca, maya o inca no significan que esos pueblos americanos fueran “superiores” o más

“desarrollados” que la sociedad indígena isleña, como señala Lange: “El relativo aislamiento de estas sociedades menos complejas, su autosuficiencia económica y su habilidad para resistir las influencias externas, son indicadores incuestionables de éxito” (Lange et al., p. 278).

Hay que reconocer el nivel de desarrollo alcanzado por la cultura indígena de Ometepe, que logró satisfacer las necesidades de sus habitantes, multiplicar su población hasta ocupar toda la isla, producir obras de arte y vivir en armonía con el medio ambiente durante 3,500 años, hasta que ocurrió la catástrofe demográfica provocada por la invasión española.



Petroglifo. Ometepe

CAPÍTULO 2

La sociedad isleña durante la Colonia (1524-1821)



Indigenas trabajan en molienda de caña de azucar

En este capítulo se presentan las transformaciones radicales causadas por la intervención española en Nicaragua y su subordinación durante tres siglos como colonia de un vasto imperio que abarcaba gran parte del continente americano.

Existen diversas fuentes de información sobre este periodo, ya que el gobierno español llevaba registros periódicos de la población y de la economía de sus colonias. Se cuenta así mismo con el testimonio de visitantes a Ometepe, como fue el obispo Morel en 1752, y con valiosas investigaciones históricas de esta etapa.

En este capítulo se expone la primera etapa del encuentro entre indígenas y españoles, así como el proceso de la conquista militar de los territorios y la subyugación de los indígenas debida a la superioridad tecnológica de la fuerza invasora. En segundo lugar se presentan los cambios demográficos, ya que en Ometepe, como en el resto del país, la población indígena fue diezmada en pocas décadas por las enfermedades, los trabajos forzados y las hambrunas.

En la siguiente parte se abordan los cambios en la economía isleña vinculados a la apropiación de tierras por parte de los conquistadores para dedicarlas a producir rubros comercializables en el mercado regional y europeo, a expensas del trabajo forzado de los indígenas. Sin embargo, las comunidades indígenas mantuvieron en común buena parte de sus tierras y sus cultivos para la sobrevivencia familiar y el mercado local. Se aborda también el tema de las autoridades españolas que regían en Ometepe durante estos tres siglos y su conflictiva relación con los líderes indígenas y con la población local.

Se expone además la influencia religiosa de la Iglesia católica a través de los sacerdotes franciscanos asentados en la isla. Al mismo tiempo, las creencias y rituales indígenas se mantenían de forma secreta o camuflada bajo el culto a los santos patronos. Por último se aborda el tema del mestizaje de la población, resultado de la fusión de españoles, indígenas y africanos, así como la estratificación social establecida en la Colonia por criterios de color y riqueza.

1.- La conquista

En 1523 desembarcó en Nicoya una expedición española procedente de Panamá, al mando de Gil González. Esta misión de carácter exploratorio fue recibida pacíficamente por las comunidades chorotega que habitaban en la zona, quienes les obsequiaron piezas de oro y aceptaron el bautismo católico. Luego la delegación española se dirigió al territorio del pueblo nicarao en el istmo de Rivas, donde se reunieron con el cacique Nicarao y con los jefes locales para plantearles a través de un traductor el “requerimiento” formal para que aceptasen ser súbditos del rey de España. En su parte medular el documento decía:

34

Vos rogamos y requerimos que reconozcáis a la Iglesia por señora y superiora del mundo y al Sumo Pontífice, llamado papa, y al Rey y a la Reina Doña Juana como a señores y reyes de estas islas y tierra firme, y consintáis que estos padres religiosos os declaren y prediquen. Si así lo hicierdes dejaremos vuestras mujeres, hijos y haciendas libres para que hagáis lo que quisierdes. Y si no lo hicierdes, nosotros os haremos guerra y os sujetaremos al yugo y obediencia de la Iglesia y de sus Altezas, y tomaremos vuestras personas, mujeres e hijos y los haremos esclavos, y tomaremos vuestros bienes... (Esgueva, 2000, p. 28).

En este primer encuentro ocurrió el famoso diálogo entre Gil González y el cacique Nicarao, quien planteó una serie de preguntas a los españoles:

Preguntó el cacique si los cristianos sabían sobre el diluvio que inundó la tierra y si habría de repetirse esta catástrofe...qué muestras de adoración rendían a su Dios los cristianos, adonde iban las almas cuando se separaban de los cuerpos...para qué querían tanto oro siendo ellos tan escasos en número (Ayón, 1993, Tomo I, p. 128).

En esa ocasión se intercambiaron regalos en señal de cortesía, los jefes nicarao aceptaron bautizarse y colocar cruces católicas en sus plazas antes que los españoles siguieran camino al territorio chorotega de Carazo para reunirse con el cacique Diriangén y su Consejo de Ancianos. Luego de conocer el “requerimiento” de los conquistadores, Diriangén le pidió un plazo de tres días para analizar la oferta de convertirse en súbdito del gobierno español. Los jefes chorotega decidieron rechazar la propuesta española y expulsarlos de su territorio. Ante el ataque de los indígenas, la expedición de Gil González tuvo que desandar su camino, y al pasar por la zona de Rivas fue combatida también por los nicarao, quienes expresaron así su rechazo al requerimiento español.

Al año siguiente llegó a Nicaragua una segunda expedición militar al mando de Francisco Hernández de Córdoba, con la misión de establecerse en esta región y someter a sus habitantes. Este grupo, fuertemente armado, exigió a los pueblos indígenas la entrega de todos los objetos de oro y plata. Los conquistadores se repartieron las comunidades indígenas y fundaron las ciudades de León y Granada. Esta invasión provocó nuevamente la resistencia

armada de los chorotega y los nicarao, quienes fueron derrotados por la superioridad tecnológica de los militares españoles, pues contaban con armas de fuego, caballos, perros, armaduras y espadas de hierro.

Al mismo tiempo, los pueblos indígenas se vieron diezmados por enfermedades desconocidas para ellos, como la viruela y el sarampión, que ellos interpretaban como efectos deliberados del poder de los conquistadores, puesto que sus curanderos no lograban sanarlos, lo que los llevó a pensar que sus dioses ya no los protegían. Los cronistas españoles narran que gran cantidad de indígenas pedían a los sacerdotes españoles el bautismo, pensando que así quedarían libres de esas pestes mortales.

2.- La catástrofe demográfica

Al momento de la conquista española se calcula que en el actual territorio de Nicaragua habitaban unos 825,000 indígenas (Newson, 1982). Se estima que en Ometepe vivían unas 10,000 personas, en 25 asentamientos⁸ con un promedio de 400 habitantes cada uno. Esta población gozaba de autosuficiencia alimentaria, dados los abundantes recursos naturales de que disponían y las habilidades que habían desarrollado en la producción agropecuaria, la pesca y la caza de animales a lo largo de 3,500 años de residir en Ometepe. Se calcula que en términos de rendimiento agrícola, una familia de cinco personas debía cultivar un área de dos manzanas en cada ciclo (primera y postrera) para asegurar su alimentación durante todo el año.

A raíz de la conquista, la población indígena tuvo un descenso catastrófico. Según las investigaciones históricas, “Hacia finales del siglo XVI la población indígena del Pacífico nicaragüense y de Nicoya había decaído en un 97%, una proporción de despoblación de 40 a 1” (Newson, 2007, p. 22). Es decir que de cada cuarenta indígenas vivos en el año 1500, sólo había sobrevivido una persona para el año 1600. Según el censo tributario realizado por las autoridades españolas en 1548, la población indígena en Ometepe había quedado reducida a 673 personas; y en el censo de 1685 solamente había 378 indígenas en la isla.

Las causas de la desaparición de la población indígena fueron básicamente cuatro:

- **Esclavitud:** muchos indígenas varones fueron capturados y vendidos como esclavos para trabajar como acarreadores en Panamá y en las minas de plata de Perú. Se calcula que unos 350,000 indígenas nicaragüenses fueron trasladados en barcos fuera del país entre 1523 y 1542. Otros fueron obligados a trabajar en la extracción de oro en los ríos de Nueva Segovia y en el traslado de maderas y resina para la construcción de barcos en El Realejo. Sin duda, la pérdida de hombres

8 Se han encontrado evidencias de asentamientos indígenas en Esquipulas, Los Ángeles, Moyogalpa, La Paloma, Sinacapa, Santa Teresa, Sacramento, Las Pilas, La Providencia, Las Mercedes, El Cairo, El Perú, Calaisa, San Miguel, Los Hornos, Chilaite, Taguizapa, Pul, Sinacapa, Sintiope, Tilgüe, Punta Gorda, Corozal, La Palma, Tichana,

- jóvenes afectó la capacidad de reproducción de la población indígena.
- **Enfermedades:** los indígenas no tenían resistencia biológica ante las nuevas enfermedades que trajeron de Europa los invasores y que se propagaron a gran velocidad: miles de personas murieron por viruela, sarampión, neumonía, gripe, fiebre tifoidea, sífilis.
- **Tributos:** los indígenas estaban obligados a entregar periódicamente a los españoles diversos bienes (p. ej., productos alimentarios, textiles) y a realizar toda clase de labores (p. ej., transporte “a lomo de indio”, labores agrícolas, construcción de viviendas y otras edificaciones). Para cumplir con esta pesada carga de impuestos, los indígenas debían trabajar sin tregua ni descanso, por lo que no podían atender sus propios cultivos, ni pescar o cazar. Esta situación redujo la alimentación de sus familias, ocasionó una grave desnutrición, y en consecuencia incrementó sus tasas de mortalidad.
- **Muertes y maltrato:** los indígenas que se rebelaron contra los invasores murieron en combate, o fueron colgados en la picota, o acabaron destrozados por perros (un método de tortura y asesinato que se conocía como “aperreamiento”). A quienes no obedecían a los conquistadores o no pagaban los impuestos se les condenaba a recibir azotes o al encierro. Por tales motivos, algunos indígenas migraron a las zonas montañosas del centro-norte del país, donde los españoles no tenían control militar. En la isla se escondieron en la zona boscosa del volcán Maderas.

Por las razones antes mencionadas, la capacidad de la población indígena para producir alimentos se vio gravemente disminuida. En 1528, a sólo cinco años de la invasión española, se produjo en Nicaragua una gran mortandad por hambre, principalmente entre niños y ancianos. Este problema se repitió en años posteriores, razón por la cual el gobierno español prohibió en 1542 la esclavitud de los indígenas y el tributo en forma de trabajo durante la época de siembra y de cosecha agrícola. Las llamadas Leyes Nuevas, aprobadas en 1542, establecieron una serie de regulaciones para proteger a la población indígena, evitar los abusos de los conquistadores y recuperar para el gobierno español el control de las decisiones políticas en los territorios coloniales (Werner, 2009).

La promulgación de estas leyes nos muestra que había diferencias entre la visión de los conquistadores y los intereses del gobierno español. Mientras los conquistadores sólo se interesaban en sus ganancias a corto plazo mediante la sobreexplotación de los indígenas, la Corona española, con una visión de largo plazo, trataba de evitar la extinción de la población indígena, —como había sucedido en las islas del Caribe, primer territorio conquistado por España— a fin de asegurarse la mano de obra necesaria para el funcionamiento de la economía colonial durante los siglos venideros.

También influyeron en esta decisión real los informes de sacerdotes como Bartolomé de las Casas y Antonio Valdivieso sobre el maltrato sufrido por los indígenas en Centroamérica. Así mismo, pesaron los argumentos del jurista Francisco de Vitoria, famoso profesor de la Universidad de Salamanca, sobre los derechos de la población americana. Sin embargo, las Leyes Nuevas fueron

rechazadas por los conquistadores, y en gran medida no las cumplieron, bajo el lema “Acato, pero no cumplo” (Mahn-Lot, 1977).

3.- Encomiendas, tributos y reducciones

Las comunidades indígenas fueron repartidas entre los conquistadores bajo el régimen de “encomiendas”. Esto significaba que los indígenas debían obedecer a su “encomendero” o señor español, quien se comprometía a asegurar la conversión a la fe católica de los “encomendados” y el pago de tributos al rey. En una primera etapa se establecieron “encomiendas de servicio”, donde los indígenas debían prestar a sus señores los servicios que les mandaban. Luego de 1542, con las Leyes Nuevas, se cambiaron a “encomiendas de tributos”, que obligaban a los indígenas a entregar productos, pero en la práctica se mantuvieron los trabajos forzados. Las encomiendas que recibieron los conquistadores las heredaron a sus descendientes, hasta que fueron abolidas en 1718, cuando pasaron a la Corona española.

En Nicaragua se establecieron 95 encomiendas en todo el territorio del Pacífico controlado por los españoles. Los funcionarios del gobierno realizaban una tasación mediante un estudio de campo para calcular cuántos tributos debían pagar las comunidades indígenas, considerando la población en capacidad de trabajar y la producción de cada región. Esta tasación se debía actualizar cada tres años, pero en la práctica se hacía tras varias décadas (Kinloch, 2005).

En la tasación realizada en 1548 aparecen dos encomiendas en Ometepe —llamada entonces Isla de Nicaragua— una en la zona de Moyogalpa, a cargo de Juan Izquierdo, donde había 55 indios tributarios (cabezas de familia) con una población total de 226 personas. Anualmente, cada tributario debía entregar al encomendero 6 quintales (qq) de maíz, 2 de frijoles, 50 libras (lb) de algodón, 50 mantas, 36 pollos, 10 qq de sal (Werner, 2009).

La otra encomienda en la zona de Altagracia estaba a cargo de Luis de la Rocha, con 109 indios tributarios para una población total de 447 habitantes. El tributo anual por familia era de 10 qq de maíz, 2 qq de algodón, 12 qq de nances, 100 naguas, 50 lb de chile, 50 lb de pescado, 6 petates, 2 hamacas, 2 indios de servicio.

Según este censo, 25 años después de la conquista (1548) la población isleña se había reducido de unas 10,000 personas a unos 700 habitantes, de los cuales se estima que un tercio eran menores de 12 años de edad; muy pocos lograban vivir más de 40 años. La población indígena continuó disminuyendo: según se observa en la tasación tributaria hecha por las autoridades españolas en 1685, la comunidad de Altagracia tenía una población de 62 indios tributarios y un total de 192 habitantes; Moyogalpa contaba con 21 indios tributarios y 65 habitantes; también aparece una comunidad entre ambas, que se supone es Urbaite, con 39 indios tributarios y 121 habitantes (Werner, 2009).

Para establecer un mejor control de los indígenas, a mediados del siglo XVI el gobierno español reubicó a la población que vivía dispersa en las comarcas rurales, concentrándolas en nuevos asentamientos urbanos llamados

“reducciones”. Estos poblados tenían una traza cuadrangular de calles divididas en manzanas, donde se le dio a cada familia un pequeño lote para construir su vivienda. En el centro del poblado había una plaza, y en el contorno se ubicaba una iglesia y las casas de los nobles indígenas.

En el territorio de Nicaragua bajo control español, la población indígena fue trasladada a 67 poblados o reducciones. Así surgieron asentamientos indígenas como Monimbó en Masaya y Subtiava en León, que hoy son barrios citadinos pero aún conservan sus autoridades y su identidad cultural. En Ometepe los indígenas que vivían en la zona norte de la isla fueron agrupados en la reducción de Moyogalpa, mientras que las comunidades de la zona sur fueron trasladadas a las reducciones de Astagalpa y Cocinagalpa, donde se ubicaron dos grupos distintos en las costas de Taguizapa y San Miguel. Luego de las invasiones de piratas (1680), los poblados de Astagalpa y Cocinagalpa se reubicaron en el lugar que ocupa actualmente la ciudad de Altagracia, separados por una calle que atravesaba la plaza.

Este traslado forzoso a las reducciones fue traumático para los indígenas, que estaban acostumbrados a vivir en parcelas amplias y arboladas, cerca de sus tierras de cultivo y del lugar donde reposaban sus ancestros. Los españoles vivían fuera de las reducciones indígenas, en otros asentamientos donde construyeron sus viviendas, su plaza de armas con su iglesia y los edificios de las autoridades civiles y militares. Es decir, había una clara segregación física entre el grupo dominante que gozaba del poder político, militar y económico, y el grupo dominado que debía obedecer a los conquistadores y proporcionarles sustento y servicios.

Aparte de los tributos a los encomenderos españoles, los indígenas debían aportar el diezmo a la Iglesia católica, es decir, el 10% de su producción agropecuaria, caza y pesca. Además tenían la obligación de proveer los alimentos de los frailes franciscanos que residían en Altagracia y el servicio de atención personal (p.ej., servicios de aseo doméstico, cocina) de su casa y de la iglesia.

El gobierno exigía a las comunidades indígenas tributos en productos agrícolas y artesanales, que recogían los funcionarios españoles (alcalde, corregidor, juez) quienes abusaban de su poder aumentando los impuestos para provecho personal. Generalmente los funcionarios obligaban a las mujeres indígenas a hilar algodón y tejer mantas que ellos comerciaban, así mismo, debían comprar del juez o corregidor español las mercaderías que ellos les vendían.

El gobierno nombró en las comunidades indígenas un “juez de milpas” encargado de vigilar los cultivos y el trabajo realizado: “su presencia llegó a ser odiada y temida por los indios. Los jueces, además de cobrar su salario por adelantado a los indios, se instalaban en sus pueblos y les obligaban a darles alimentos y servidores, al igual que les apremiaban a adquirir machetes, cuchillos y otras mercaderías con las cuales comerciaban” (Fonseca, 1993, p. 111).

Aparte de eso, las comunidades indígenas debían pagar tributo en trabajo, es decir, aportar su mano de obra (tequio) en las tareas que decidían las autoridades españolas. Este sistema, llamado “repartimiento”, obligaba a las comunidades a aportar una cuota de los hombres para labores en las haciendas



Fortaleza I. Concepcion. El Castillo. Río San Juan.

y en las casas, así como para reparar caminos o edificios públicos. Este aporte era rotativo, una cuarta parte de los trabajadores indígenas debía desempeñar esos trabajos durante una semana, y luego eran sustituidos por otro grupo.

Los indígenas no podían decidir qué trabajo realizarían, sino que un juez los distribuía entre los españoles que tenían derecho a su trabajo y en las tareas que estos querían. Según las Leyes Nuevas, los españoles debían pagarles en moneda a los indígenas y aportar las herramientas necesarias, pero estas normas no se cumplían. Este sistema de trabajo forzoso tuvo un efecto negativo en la alimentación de las comunidades indígenas, porque les redujo el tiempo y la mano de obra de que disponían para sus actividades de subsistencia (Fonseca, 2000).

Hay que señalar que los indígenas de Ometepe aportaron mano de obra como trabajo forzoso durante casi veinte años (1667-85) para construir el castillo de la Inmaculada Concepción sobre el río San Juan, a fin de proteger estos territorios de las invasiones de los piratas ingleses, franceses y holandeses. Desde 1761, estos filibusteros merodeaban en la desembocadura del río San Juan, cuyas aguas remontaron varias veces con el apoyo de sus aliados misquitos para saquear las colonias españolas. La primera invasión pirata la hizo el corsario holandés Juan David, con un grupo de noventa hombres que atacaron Granada en la madrugada del 30 de junio de 1765, saqueando varias casas y templos; las autoridades hicieron sonar las campanas a modo de alarma, lo que provocó que los piratas se retiraran a la isla de Ometepe con varios prisioneros y un botín de 40,000 escudos (Ayón, 1993, Tomo I, p. 82).

En los años siguientes hubo otros ataques que causaron el despoblamiento de Granada y grandes daños en la isla, como indica el siguiente testimonio de un visitante:

En 1681, la isla de Ometepe presentaba un triste espectáculo: las tres iglesias, muy ricas antaño, se hallaban en ruinas y sin bienes como consecuencia del saqueo de los piratas. Solo quedaban cien familias. Los hombres sanos trabajaban desde hacía catorce años en el castillo del río San Juan adonde iban en sus piraguas (Romero, 1998, p. 123).

Muchas veces las comunidades indígenas no podían pagar los tributos en productos y en trabajo que se les imponían, debido a las malas cosechas o a las enfermedades que padecían, por lo que enfrentaban severos castigos, según muestran las fuentes históricas:

El 16 de enero de 1732, los alcaldes, caciques y cobradores de San Jorge de Nicaragua se hallaban prisioneros en Granada por deber rezagos de 260 pesos de los años 1726 a 1731. Los prisioneros alegaban que se debe a la disminución del número de tributarios provocada por las epidemias y a la plaga de chapulín (Romero, 1988, p. 125).

4.- Propiedad de las tierras y producción agropecuaria

Las comunidades indígenas mantuvieron sus formas colectivas de propiedad de la tierra y los cultivos agrícolas realizados antes de la conquista, básicamente para el propio consumo y para el pago de tributos. Por su parte, los españoles y los criollos⁹ ricos implantaron la propiedad privada o individual de sus tierras, cultivos y ganados, para fines de comercialización.

Las comunidades indígenas poseían ejidos, que eran las tierras colectivas asignadas a cada pueblo para que las familias tuviesen solares donde construir sus viviendas. Los ejidos abarcaban una extensión de una legua (5,500 metros), medida a partir del centro de la plaza hacia los cuatro costados del poblado. En las tierras ejidales se cultivaban las “milpas de la comunidad”, que servían para reserva alimentaria y para pago de tributos; una parte se vendía para recoger fondos para la comunidad, que se depositaban en las “cajas comunales”. Las comunidades mantuvieron su identidad étnica y sus prácticas de ayuda mutua durante la época colonial. Por otro lado, adoptaron algunas tradiciones católicas como el “compadrazgo” en el bautizo de los niños, como una forma de seguro social en caso de muerte de sus padres.

Además de los ejidos, las comunidades indígenas tenían las “tierras del común”, que utilizaban para cultivar y para criar ganado. Cada familia recibía una parcela para su producción agropecuaria, y a veces se alquilaba una parte de esas tierras a españoles o mestizos. Estas tierras eran una propiedad histórica que las comunidades indígenas ocupaban desde tiempos inmemoriales, pero que apenas en el siglo XVIII lograron legalizar con un título de propiedad otorgado por el gobierno español, debido al reclamo de los indígenas que sufrían la invasión de sus tierras por una creciente población mestiza a finales del periodo colonial.

9 Se denominaba criollos a los hijos de españoles nacidos en América.

No se halló información sobre la extensión de las “tierras del común” de las comunidades indígenas de Ometepe. Sin embargo, en el caso de San Jorge sus tierras comunales tenían en 1778 una extensión de 86.5 caballerías, es decir 5,536 mz (una caballería es igual a 64 mz). En esa fecha había en San Jorge 134 indígenas tributarios, una cantidad similar a las comunidades de Altagracia, lo que significa que cada familia tenía derecho a utilizar 103 mz de las tierras comunales.

Vemos que las comunidades indígenas lograron mantener hasta fines de la época colonial una cantidad considerable de tierras colectivas, lo cual despertaba la codicia de muchos criollos y mestizos que trataban de arrebatarlas. Una parte de las tierras indígenas se mantenían en descanso, porque se cultivaba una parcela durante tres o cuatro años, y luego de limpiaba otra área con el sistema de roza y quema para dedicarla a la siembra. Además se mantenía un área de bosque comunitario que servía para obtener diversos productos (leña, madera, frutales, cera, miel) y para la caza de animales silvestres (venados, guardatinajas, dantos, pizotes, iguanas, garrobos, conejos, monos).

Otra parte de las tierras comunitarias se destinaba a la crianza de ganado de las “cofradías” que eran organizaciones religiosas indígenas dedicadas al culto de los santos y a otras actividades de la Iglesia católica que se financiaban con la venta del ganado y sus productos. Generalmente los sacerdotes controlaban estas organizaciones y manejaban sus recursos. La Iglesia católica adquirió bastantes tierras durante la Colonia, por donaciones de feligreses y también por compra. Una modalidad era la “capellanía”, por la cual el dueño regalaba una finca a la parroquia o a una orden monástica para financiar misas o para mantener al sacerdote mediante su alquiler o su producción (Fonseca, 1993).

Las comunidades indígenas mantuvieron sus cultivos tradicionales: maíz, frijol, chayote, ayote, chile picante, chile dulce, achiote, cacao, algodón, tabaco, henequén, además de frutos tales como níspero, zapote, jocote, aguacate. Así mismo, mantuvieron sus técnicas tradicionales de siembra con espeque en dos ciclos durante el periodo de lluvias. Las comunidades adoptaron de los españoles la crianza de ganado vacuno, ganado porcino y ganado aviar, además de nuevos cultivos como caña de azúcar, plátano, mango y cítricos.

Por su parte, los españoles implantaron la propiedad individual de las tierras que dedicaban principalmente a la producción de rubros de exportación, como el cacao, el añil y la ganadería. Las haciendas de los españoles utilizaban mano de obra indígena, ya fuese forzada mediante el “repartimiento”, o contratada por un salario mínimo, o con el permiso de cultivar dentro de la hacienda una parcela para autoconsumo.

Desde el inicio de la conquista, todas las tierras de las colonias eran propiedad de la Corona española, pero los españoles podían adquirirlas por compra al rey o por el pago de una “composición” que reconocía la ocupación de una tierra. En muchos casos, los encomenderos se apropiaron de las tierras de los indígenas que tenían como “encomendados”.

Durante los tres siglos del periodo colonial, en Nicaragua se observa un proceso de apropiación y concentración de las tierras en pocas familias. En la región de Rivas, donde predominaba el cultivo de cacao para exportación, en 1751 se registraron 294 fincas, de las cuales 30 haciendas concentraban más de

la mitad (54%) de todas las plantas de cacao en producción. También había fincas dedicadas a la ganadería vacuna, a la producción de caña de azúcar y a la producción de añil, el colorante azul que se exportaba para la producción textil (Romero, 1998).

En la visita a la isla de Ometepe que hizo el obispo Pedro Agustín Morel en 1752, registró que había 23 haciendas de cacao y 15 hatos de ganado propiedad de criollos y mestizos en la zona de Altagracia, donde vivían 161 familias. Mientras que en el poblado de Moyogalpa sólo vivían 22 familias de mestizos, ya que los indígenas se habían extinguido (Morel, 1967).

En la zona del Maderas se había establecido a principios del siglo XVIII un grupo de “indios montañeses” originarios de Matagalpa que dieron a su poblado el nombre de San Francisco de las Maderas. Sin embargo, pocos años después se regresaron, debido a los excesivos tributos que les exigían las autoridades españolas de la isla (Romero, 1998). Cuando el obispo Morel visitó Ometepe en 1752, le informaron que en el volcán Maderas vivía un grupo indígena de “Caribes” que sumaban diez familias y 39 personas, quienes migraron de las islas de Solentiname en 1748. Según la arqueóloga Suzanne Baker:

Algunos indicios de una población hostil en ese lugar sugieren que el Maderas podría haber sido un refugio donde parte de la población original pudiera haberse replegado ante las embestidas de nuevas poblaciones y donde continuaron las costumbres religiosas y la protección de sitios tradicionales hasta el establecimiento de haciendas en el siglo XX (Baker, 2013, p. 74).

Las comunidades indígenas de la isla sufrían una situación penosa, según narró el obispo Morel cuando estaba en Rivas: “Informaron que un pueblo de indios y ladinos situados en la isla de Ometepe no tenían juez eclesiástico y que se necesitaría de pronto recursos para vindicar los naturales de las vejaciones que de algunos años a esta parte experimentaban”. Por esta razón los funcionarios españoles no querían que el obispo cruzara a la isla, pero los indígenas le insistieron, y cruzó con ellos en canoa hasta Moyogalpa, donde estuvo unos días y luego siguió en bote hacia Altagracia. Al finalizar su visita, el obispo orientó al vicario de Rivas que atendiese las demandas de los indígenas isleños (Morel, 1967).

El obispo narra que en la isla los suelos eran fértiles y se cultivaba todo tipo de productos, también se tejían baúles y muebles de junco que se vendían en Granada. Refiere Morel que los indígenas isleños “eran buenos navegantes, más robustos y capaces que los de tierra firme”. Al concluir su recorrido por los pueblos indígenas de Nicaragua, expresó satisfacción por el buen trato recibido y criticó los prejuicios de los españoles:

En suma, no sé si darían pueblos más dulces y reverentes hacia su Prelado. Hago estas observaciones para desvanecer las injusticias que por lo común se les hace: se les trata de indómitos, libertinos y maquinadores contra la dignidad, todo lo contrario he experimentado (Morel, 1967, p. 35).

5.- Autoridades españolas e indígenas

El territorio de Nicaragua, Nicoya incluida, estaba bajo la autoridad política y militar de un gobernador español que residía en la ciudad de León y dependía de la Audiencia de Guatemala. Los corregidores eran funcionarios españoles encargados de proteger los bienes de la Corona, recoger los tributos y aplicar las leyes en el territorio que les correspondía. En el siglo XVI había en Nicaragua tres corregidores, aumentaron a cuatro en el siglo XVII y fueron nombrados subdelegados en el siglo XVIII (Romero, 1998).

Hasta el siglo XVIII, la región de Rivas y la isla de Ometepe se encontraban bajo la autoridad del cabildo ubicado en la ciudad de Granada. En 1717 se le otorgó a Rivas —llamada Villa de la Purísima Concepción de Rivas o Villa de Nicaragua— rango de ciudad y se estableció un cabildo con una jurisdicción de dieciocho leguas en dirección este-oeste y seis leguas en dirección norte-sur, incluyendo la isla de Ometepe.

En la zona de Rivas en 1753 vivían 4,534 personas, según el obispo Morel. En esos años la población rivense creció rápidamente, a la par del auge económico provocado por la producción y exportación de cacao, añil y ganado. Según el censo realizado dos décadas después (1776) la población de Rivas había aumentado a 11,908 personas, de las cuales 1,538 eran españoles, 554 mulatos, 7,152 mestizos, 2,664 indígenas, sin contar las personas no residentes que estaban de tránsito (comerciantes y trabajadores temporales). De esta forma, a fines del XVIII Rivas era una zona tan relevante como Granada y León en cuanto a la concentración de población y la importancia económica (Romero, 1998).

El cabildo o ayuntamiento era la máxima autoridad de gobierno y de justicia en el territorio de Rivas. Estaba compuesto por dos alcaldes ordinarios, el alférez real, el aguacil mayor y dos regidores, todos ellos españoles o criollos elegidos por las personas más ricas y poderosas de la región, como era la familia De la Cerda.

Las fuerzas armadas tenían la función de hacer cumplir las leyes y las decisiones de las autoridades españolas, mantener el orden público y defender el territorio colonial. En Rivas las milicias estaban dirigidas por un cuerpo de oficiales españoles o criollos bajo el mando de un comandante, y conformadas por siete compañías de infantería de cien soldados cada una, y dos compañías de caballería con igual número de hombres, en su mayoría mestizos (Morel, 1967).

En Altagracia estaba radicada una compañía de infantería compuesta por ladinos y otra compañía de “indios flecheros” bajo el mando de un juez español nombrado por el alcalde de Rivas. Este juez era la máxima autoridad española en Ometepe, y tenía amplias funciones, tales como la asignación del trabajo a los indígenas, la recolección de tributos, la mantención del orden y la resolución de conflictos. Se observa que existía una fuerte presencia militar en Rivas y en Ometepe en una época en que no había invasiones piratas, por tanto, su principal función era mantener el orden colonial, asegurando el pago de tributos y la obediencia de la población a las autoridades.

Las comunidades indígenas tenían sus propias autoridades, organizadas en un cabildo indígena conformado por miembros de la clase noble, llamados “caciques y principales”. Esta posición social era de carácter hereditario, ya que existían desde la época prehispánica y eran reconocidos por las autoridades españolas siempre que colaboraran con ellas. En recompensa, las autoridades les permitieron algunos privilegios, como tener armas de fuego, montar a caballo y usar ropa al estilo español (Kinloch, 2005).

Sin embargo, los caciques tenían una función social muy difícil. Por un lado, debían obedecer a las autoridades españolas y hacer cumplir el pago de tributos; por otro lado, recibían los reclamos de sus comunidades indígenas y debían defender sus intereses para ser reconocidos como sus líderes. Como señaló el historiador Germán Romero: “Esta aristocracia era un elemento de enlace entre el mundo dominante y el mundo dominado, y su situación era precaria e inestable en la medida en que se inclinaba de un lado o de otro” (Romero, 1998, p. 167).

En Altagracia había un cabildo indígena compuesto por el cacique que era la máxima autoridad, además había dos alcaldes y cuatro regidores. El cabildo indígena tenía a su cargo la gestión de las tierras ejidales y comunitarias, las milpas comunitarias y las cajas comunitarias; además se encargaba de recoger los tributos para los españoles y de organizar semanalmente los grupos de trabajadores. También resolvía los conflictos que surgían en la comunidad y promovía la participación de los miembros en las actividades de la Iglesia católica.

6.- La Iglesia católica y la religiosidad popular

La provincia eclesiástica de Nicaragua estaba dirigida por un obispo español nombrado por la Audiencia de Guatemala, ya que la Corona española tenía el “derecho de patronato” otorgado por el papa al rey español para el control de la Iglesia católica en las colonias americanas. El territorio de Nicaragua estaba dividido en veinticuatro parroquias, cuatro de ellas a cargo de la orden franciscana. La región de Rivas dependió del párroco de Granada hasta 1732, cuando se estableció una parroquia propia dirigida por un vicario e integrada por siete sacerdotes.

Desde el inicio de la conquista, las órdenes religiosas (franciscanos, dominicos, agustinos, mercedarios y jesuitas) desempeñaron un papel muy importante en la conversión al catolicismo y en mejorar las relaciones de los conquistadores con la población indígena; aprendieron las lenguas nativas y de ese modo podían resolver la convivencia en las comunidades indígenas. Los sacerdotes tenían además la misión de defender a los indígenas ante los abusos de los españoles; a ese respecto, en Nicaragua se destacó la labor del obispo Antonio Valdivieso, quien fue asesinado en León por el gobernador Pedrarias Dávila por tratar de evitar la esclavización de los indígenas.

Los franciscanos fueron los primeros frailes en establecerse en Nicaragua, según el historiador J. E. Arellano. Fray Toribio de Benavente, conocido por los indígenas como Motolinía (“el pobrecito”) fundó en 1531 un convento en

Granada, y fray Pedro de Betanzos fundó en 1550 un convento en San Jorge¹⁰ y estableció una residencia en Altagracia. En 1856 la orden franciscana tenía en Nicaragua doce conventos y sesenta y siete frailes (Arellano, 1986).

Los franciscanos aprendieron la lengua náhuatl, elaboraron un diccionario y tradujeron el catecismo para que pudieran comprenderlo los indígenas. Como explica la historiadora Marianne Mahn-Lot: “Los religiosos eran buenos pedagogos, apelaban a las facultades imaginativas de los indígenas utilizando las tradiciones musicales y pictóricas de los indios, a las melodías indias adaptaban la letra de cánticos españoles y viceversa” (Mahn-Lot, p. 88).

Los franciscanos se ganaron la confianza de la población indígena con sus costumbres austeras, la convivencia en sus comunidades, el manejo de las lenguas nativas y la enseñanza del castellano. En su historia de la Iglesia católica en Nicaragua, Edgard Zúñiga señala: “La Orden Franciscana impregnó con su propia espiritualidad el alma del pueblo nicaragüense. No solamente las Purísimas, sino los Nacimientos, los Vía Crucis y el rezo del Ángelus” (Zúñiga, 1981, p. 221).

Por otro lado, los curas se empeñaron en erradicar las creencias “paganas” de los indígenas, así destruyeron sus templos, estatuas y libros sagrados, persiguieron a sus chamanes y prohibieron sus ceremonias. Los indígenas enterraron las estatuas y símbolos religiosos para evitar su destrucción. Siglos más tarde, se descubrieron varias estatuas en fincas de Altagracia, algunas fueron trasladadas a Granada, y actualmente están en el museo del antiguo convento de San Francisco; otras estatuas se encuentran en el patio de la iglesia de Altagracia y en el museo local. Así mismo, los sacerdotes cambiaron los nombres náhuatl de los lugares, como por ejemplo, en 1772 el volcán Omeiateyte fue bautizado Concepción por el fraile franciscano José Fernández.

Sin embargo, las creencias y prácticas tradicionales no desaparecieron; en muchos casos se fusionaron con las creencias tradicionales de la fe cristiana. Un caso muy conocido en México es la aparición de la Virgen de Guadalupe en el monte Tepeyac, donde los indígenas habían rendido culto centenario a la diosa Tonantzin, madre de Quetzalcóatl, lo cual explica las masivas peregrinaciones de las comunidades indígenas lideradas por los sacerdotes católicos, supuestamente en devoción a la Virgen María.

En Nicaragua se observa que muchas fiestas patronales del santoral católico ocurren en los meses de cosecha agrícola del ciclo de primera (julio-agosto) o de postrera (noviembre-diciembre), que eran los días en que los indígenas celebraban a sus deidades de la tierra, del maíz y de la lluvia. Según explica Arellano: “Los misioneros convirtieron los ritos idolátricos frente a los templos indígenas, en fiestas populares dedicadas al patrono de cada población” (Arellano, 1986, p. 43).

Así sucedió en Ometepe, según el estudio realizado por Silva Monge sobre las fiestas patronales de San Diego en Altagracia:

rendían culto a una deidad llamada Quiateot a quien hacían rituales para que concediera lluvias y buenas cosechas, realizaban un baile

10 Según Edgar Zúñiga, el convento de San Jorge se fundó más tarde, en 1576 (Zúñiga, 1981).



Obispo Antonio Valdivieso 1495-1550

con cogollos tiernos llevando con sus manos levantadas al son de tambores que llamaban ‘tepenastle’ y ‘tuncul’. También lo hacían cuando las plantas de maíz eran atacadas por los zompopos (Silva, 2013, pp. 27-28).

Luego de la conquista, los franciscanos que llegaron a Altagracia introdujeron en esas fiestas a San Diego, que era el santo protector de los agricultores.

El cronista Fernández de Oviedo relata un diálogo que sostuvo con un cacique del pueblo nicarao quien declaraba ser un creyente cristiano:

El fraile le pregunta ¿Quién ha creado el cielo y la tierra? El cacique responde: Tagamastad y Cipotoval, un hombre y una mujer. El fraile dice: ¿Cómo sabes esto? El cacique responde: nuestros antepasados nos lo han enseñado y yo les recomiendo a mis hijos que lo recuerden y se lo digan a sus hijos y a sus nietos (Mahn-Lot, 1977, p. 93).

Hay que reconocer que el trato personal de los frailes con los indígenas no siempre fue cordial, como muestra el siguiente testimonio:

En 1769 el cura de Ometepe fue acusado por los indios de haber apaleado a dos de ellos. El cura, Don Pedro León Vello, reconoció que los había castigado para ‘apartarlos de sus vicios y embriagueces en lo que están muy relajados’ (Romero, 1987, p. 440).

Los estudios históricos muestran que la mayoría de los sacerdotes pertenecían a la clase dominante, compuesta por españoles y criollos; por tanto, tenían relaciones de parentesco o amistad con las autoridades de gobierno, así como con terratenientes y grandes comerciantes, quienes menospreciaban a los indígenas, mestizos y mulatos. Como explica la historiadora Francis Kinloch “La mayoría de los misioneros justificaban la conquista española como un medio necesario para evangelizar y civilizar a los indígenas, a fin de que pudieran alcanzar la salvación eterna” (Kinloch, 2005, p. 77).

En la época colonial los sacerdotes gozaron de una situación económica privilegiada, ya que contaban con varias fuentes de recursos: el diezmo, el aporte de alimentos y servicios personales que les suministraban los indígenas, las tierras en donación o en “capellanía”, el manejo de los recursos de las cofradías. Además, algunos sacerdotes se dedicaron a negocios privados, como fue el caso de Antonio de Grijalba, párroco de El Realejo, quien tenía en 1621

una hacienda con mil vacunos, dos obrajes para producción de añil y treinta esclavos (Kinloch, 2005, p. 78).

A inicios del siglo XIX, cuando se desencadenaron las luchas por la independencia en Nicaragua y en América Latina, los religiosos se dividieron entre aquellos sacerdotes del “bajo clero” que apoyaron a los grupos sociales que buscaban la emancipación, y otros que defendían el orden colonial, especialmente la jerarquía católica de origen hispánico (Arellano, 1986).

7.- Mestizaje y estratificación social

En Nicaragua, como en toda América Latina, durante la época colonial ocurrió un proceso de cruzamiento de grupos sociales que provenían de distintos lugares y que poseían diferentes características étnicas o raciales. Este fenómeno de mezcla de grupos sociales provenientes de España, África y América es lo que se ha llamado “mestizaje”.

La mayoría de los conquistadores españoles que vinieron a Nicaragua se unieron con mujeres indígenas, produciendo así el nuevo linaje de los llamados mestizos o “ladinos”. En algunos casos las mujeres fueron hijas de caciques indígenas entregadas con el interés de congraciarse y emparentarse con los conquistadores, por ejemplo la famosa Malinche en México, pero la mayoría de las mujeres indígenas fueron sometidas a la fuerza por los españoles.

Hay que señalar que fueron escasos los matrimonios legales entre españoles e indígenas, como señala un estudioso del tema: “No puede haber duda de que el concubinato y la relación sexual casual explican la mayor parte del cruzamiento ocurrido durante la conquista. Y la poliginia¹¹ era más que frecuente” (Moerner, 1969, p. 36).

Los primeros mestizos en el siglo XVI fueron, en su mayoría, reconocidos por sus padres e integrados al grupo dominante como parte de una política de la Corona española. El emperador Carlos V ordenó en 1533 que los hijos de españoles con indígenas recibieran educación en castellano. Sin embargo, con el correr del tiempo la población mestiza fue multiplicándose hasta convertirse a finales de periodo colonial en el grupo social más numeroso del país. En esa época, los mestizos no eran aceptados e integrados por el grupo español ni tampoco por los pueblos indígenas, y se convirtieron en un sector social intermedio que carecía de protección legal y de seguridad económica.

Otro importante grupo social que llegó a Nicaragua era de origen africano. En su mayoría eran esclavos comprados por los españoles para sustituir a los indígenas, cuya población había disminuido drásticamente. A pesar de las prohibiciones legales, muchos africanos se juntaron con mujeres indígenas, formando así un nuevo grupo social, los llamados zambos. Por otro lado, los españoles se unieron con esclavas africanas y generaron otro grupo social: los mulatos.

La diversidad de categorías étnicas —llamadas entonces “ladinos” o “castas”— fue multiplicándose a medida que todos estos grupos sociales tenían

11 Poliginia es el estado del hombre que tiene varias esposas a la vez.

relaciones sexuales entre sí. En los registros parroquiales donde los sacerdotes inscribían la respectiva fe de bautismo se distinguían las siguientes categorías: español, mestizo, mulato, zambo, indio y negro. En los censos gubernamentales se consignaban cuatro grupos; por ejemplo, en la región de Rivas en 1776 se registraron 11,908 habitantes, de los cuales 60% eran mestizos, 22% indígenas, 13% españoles y criollos y 5% mulatos (Romero, 1988).

La sociedad colonial estaba estructurada de forma piramidal conforme al color de la piel. Se trataba de una sociedad racista donde se discriminaba a las personas que no tuvieran una piel clara. Este sistema jerárquico de estratificación social fue llamado “pigmentocracia”, porque el grupo español de tez blanca ocupaba la posición superior y los otros grupos ocupaban lugares inferiores en la escala conforme al matiz de su piel (Lipschutz, 1944).

Para justificar su preponderancia, los colonizadores propagaron una serie de prejuicios contra los grupos explotados, particularmente contra los indígenas:

Uno es afirmar que los indios son haraganes, que no trabajan si no se les obliga. Otro que son inclinados al vicio, especialmente a la embriaguez... que los indios no padecen pobreza... el indio es desconfiado y malicioso, rechaza los beneficios de la civilización, es abusivo cuando se le da trato amistoso (Martínez Peláez, 1979, p. 236)

Estos prejuicios fueron reproducidos por los grupos dominantes luego de la independencia, práctica que continúa hasta nuestros días.

Como observamos en el siguiente gráfico, en la cúspide de la pirámide social se ubicaba el grupo dominante: los españoles nacidos en España; le seguía el grupo de criollos, hijos de españoles nacidos en América. A continuación se ubicaban los mestizos de español e indígena; luego el grupo de mulatos y zambos, y por último, en la posición inferior, estaban los esclavos negros y los indígenas (salvo los caciques y los nobles).

Gráfico 1: Sistema de estratificación social durante la Colonia



El grupo dominante, compuesto por españoles y criollos, se reservaba los cargos de gobierno y de la Iglesia, poseía latifundios y encomiendas, se beneficiaba del trabajo forzoso y los tributos de los indígenas y monopolizaba el comercio mayorista. Los otros grupos sociales carecían de esas oportunidades: debían vivir en asentamientos separados del grupo dominante y vestir la ropa distintiva de cada categoría étnica. Los mestizos, mulatos, zambos y negros tenían restringido por ley el acceso a la propiedad de la tierra, no podían ordenarse como sacerdotes, ni estudiar en los escasos centros educativos que existían. Tampoco se les permitía contraer matrimonio con personas del grupo dominante ni ocupar cargos en instituciones del Estado, salvo como soldados en las milicias.

El numeroso grupo de mestizos y mulatos realizaba diversos trabajos para su subsistencia: algunos eran contratados como jornaleros en las fincas de criollos y españoles; otros ejercían oficios varios (carpintero, herrero, albañil, artesano, mercader ambulante) y una buena parte estaba integrada a las fuerzas armadas; algunos ocuparon tierras de los indígenas o del Estado para dedicarse a la producción agropecuaria. En 1752 en la región de Rivas se registraron 180 mestizos dueños de fincas de cacao, de los cuales nueve se ubicaban en Ometepe, quienes tenían un promedio de 2,000 árboles cada uno (Romero, 1987 p. 312).

A finales de la época colonial, el enriquecimiento de algunos mestizos y mulatos les facilitó su ascenso social a pesar de la discriminación racial que sufrían por parte de españoles y criollos. El poder del dinero les permitió “blanquear” sus antecedentes familiares, comprar tierras y cargos en los cabildos municipales, vivir en barrios antes reservados para españoles y en comunidades indígenas, acceder a las universidades y a los seminarios religiosos. El ascenso social y económico de este grupo mayoritario fue un factor importante en el cambio del régimen político colonial español a inicios del siglo XIX.

Conclusiones

Luego de 3,500 años de habitar en Ometepe y desarrollar su cultura, las comunidades isleñas sufrieron el terrible impacto de la conquista española. Ninguna de las invasiones anteriores de grupos dominantes, como fueron las de los chorotega y los nicarao, provocaron los efectos devastadores que tuvo la dominación española.

La superioridad militar de los españoles permitió la rápida subyugación de la población indígena, a pesar de su heroica resistencia. Parte de esa población fue esclavizada y vendida en mercados de Panamá y Perú. Las enfermedades que trajeron consigo los europeos diezmaron a la población, que carecía de resistencias biológicas y de conocimientos para enfrentarlas. A esto se sumaron los trabajos forzados y los impuestos, que afectaron la producción de alimentos de los indígenas provocando hambrunas periódicas. Así, en pocos años la población isleña de unos 10,000 habitantes se vio reducida a unas 700 personas.

En Ometepe, los conquistadores dividieron las comunidades indígenas en dos encomiendas, una en la zona de Altagracia a cargo de Luis de la Rocha

y otra en la zona de Moyogalpa bajo el control de Juan Izquierdo. En cada zona, la población fue obligada a trasladarse a nuevos asentamientos llamados “reducciones”, para facilitar su control y el pago de los tributos en productos y en trabajo. Los españoles se apropiaron de las mejores tierras y las dedicaron a la producción de rubros para el mercado regional y europeo, mientras que las comunidades indígenas mantuvieron algunas tierras para su subsistencia.

Los franciscanos se establecieron en la isla para evangelizar a los indígenas y propagar la religión católica, al tiempo que prohibían las prácticas y los símbolos religiosos antiguos. Sin embargo, las creencias indígenas continuaron transmitiéndose verbalmente y las ceremonias a sus dioses se camuflaron con el ropaje de los santos católicos, como fue la celebración a la diosa de la lluvia, Quiateot, transformada en la fiesta de San Diego en Altagracia.

Si bien la población indígena se redujo durante el periodo colonial, fue surgiendo un nuevo grupo social de mestizos, producto del cruce entre hombres españoles y mujeres indígenas. Por otro lado, la inmigración de población africana contribuyó a enriquecer la diversidad racial al cruzarse con los grupos existentes en Nicaragua. En la estratificación social establecida por los españoles conforme al color de la piel, esos grupos sociales ocupaban las posiciones inferiores y eran excluidos de los puestos de poder.



CAPÍTULO 3

Ometepe en el siglo XIX



Baile del Zompopo. Fiesta de San Diego. Altagracia

Introducción

Este capítulo presenta los cambios ocurridos en Ometepe dentro del contexto nacional durante el siglo XIX, marcado por el conflictivo proceso de formación del Estado nacional y por la creciente integración a la economía capitalista mundial.

Existen diversas fuentes de información sobre este periodo. Por un lado, los numerosos estudios sobre la historia de Nicaragua desde fines del XIX hasta el presente; por otro lado, los valiosos testimonios de extranjeros que visitaron Ometepe y los documentos de gobierno que se pueden consultar en la Biblioteca Virtual Dávila Bolaños (BVDB).

En la primera parte se aborda la situación política luego de la independencia de España, caracterizada por las pugnas de poder entre distintos grupos. La isla de Ometepe pasó a formar parte del Departamento Meridional, cuya capital era la ciudad de Rivas; los ciudadanos habilitados para ello participaron en los procesos electorales. En 1853 se crearon los municipios de Moyogalpa y Altagracia, cuyas autoridades eran nombradas por el prefecto de Rivas. Es interesante conocer la participación de los isleños en la lucha contra la intervención filibustera de William Walker, y así mismo, la utilización de la isla como lugar de reclusión de políticos opositores durante los treinta años de gobiernos conservadores (1857-1893).

En la segunda parte se describe la evolución económica de Ometepe, que no presenta mayores cambios en la primera mitad del siglo. Con la apertura de la ruta de tránsito a California por el río San Juan y Rivas, crece la oferta de empleo para los marinos isleños y crece también la demanda de alimentos para los viajeros que atraviesan la región. En la segunda mitad del siglo, Ometepe entró en la dinámica económica nacional generada por el cultivo del café, que ocasionó la apropiación de tierras de las comunidades indígenas y su retorno al trabajo forzado.

En la última parte se describen diversos aspectos de la vida social y

cultural de Ometepe, en los cuales predomina la continuidad de las estructuras coloniales. Así sucede en la estratificación social, en las características de la familia patriarcal y en la influencia cultural de la religiosidad popular.

1.- La situación política

Las luchas por la independencia de España y los cambios políticos ocurridos en Centroamérica durante la primera mitad del siglo XIX tuvieron un eco lejano en la remota isla de Ometepe, en una época en que los medios de comunicación eran escasos. Ciertamente, la población isleña resentía la dominación colonial, al igual que toda Nicaragua, ya que sufría el pago de impuestos al gobierno español, así como el sometimiento a las leyes y decisiones de funcionarios que discriminaban a la población local.

El debilitamiento del poder español ocurrido cuando Napoleón Bonaparte invadió España en 1808 y sustituyó al rey Fernando de Borbón por su hermano José Bonaparte, constituyó una coyuntura favorable para los movimientos independentistas en América. A fines de 1811 se produjo un levantamiento público en Rivas y en otras ciudades del país demandando la destitución de las autoridades españolas, la rebaja de impuestos, la abolición de la esclavitud y la liberación de prisioneros. Este movimiento fue reprimido duramente por el ejército español, y los líderes independentistas fueron castigados severamente con la cárcel o la muerte (Kinloch, 2005).

Diez años después (1821) México declaró su independencia de España, y Centroamérica se sumó a este movimiento autonomista luego de una negociación pacífica entre los grupos de poder. Tras un breve periodo de integración con México, se conformó la República Federal de Centroamérica, compuesta por Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Sin embargo, esta federación tuvo corta vida (1823-1838) debido a las rivalidades de poder entre las regiones y los caudillos, las disputas económicas entre los comerciantes de Guatemala y de las provincias, sumado a las contradicciones ideológicas entre liberales y conservadores (Pinto Soria, 1993).

Al desarticularse la federación, surgió Nicaragua como Estado independiente y se aprobó la Constitución Política de 1838, que trataba de armonizar los intereses de los grupos de poder que existían en el país. No obstante, muy pronto afloraron las rivalidades entre las elites de León y de Granada por el control del gobierno nacional, lo que ocasionó un periodo de luchas que sumieron al país en la anarquía. La población de Ometepe se mantuvo ajena a esas luchas de poder, como sucedió también en muchas zonas rurales del país. Según el testimonio de George Byan al visitar Nicaragua en esos años, la mayoría de la población no deseaba involucrarse en esas luchas de poder entre las elites urbanas, y sólo por la fuerza eran reclutados en los ejércitos liberales o conservadores (Burns, 1993).

En la Constitución de 1838 se establecieron cuatro departamentos: Oriente (Granada, Managua, Masaya, Jinotepe y Chontales); Meridional (Rivas); Occidente (León y Chinandega); y Septentrión (Segovia y Matagalpa). La isla de Ometepe, llamada entonces isla de Nicaragua, era parte del



Pescando con atarraya

Departamento Meridional, dirigido por un prefecto o jefe político que tenía amplias atribuciones y era designado por el gobierno nacional, al igual que el comandante militar, el gobernador de policía y el fiscal de hacienda, quienes tenían delegados en la isla.

Por otro lado, en Rivas existía el ayuntamiento o cabildo municipal, conformado por una junta encabezada por el alcalde, quienes representaban a los sectores locales criollos más influyentes (comerciantes, hacendados, profesionales). El gobierno municipal tenía amplios poderes, tales como el cobro de impuestos, la administración de justicia, la organización de milicias y el control de tierras. En esa época, los gobiernos locales se oponían al creciente poder de las autoridades nacionales que establecieron nuevos impuestos para costear sus gastos y formaron destacamentos militares en los departamentos.

En 1849 ocurrió en Rivas una sublevación contra el comandante Fermín Martínez, organizada por el alcalde y líderes locales con amplio apoyo popular. Esta sublevación tuvo su origen en los nuevos impuestos del gobierno nacional a productos tales como el aguardiente y el tabaco. El levantamiento fue reprimido y los impuestos se mantuvieron, porque aportaban gran parte de los ingresos del gobierno central. En esta coyuntura insurreccional, las comunidades indígenas del departamento se movilizaron para recuperar las tierras usurpadas por hacendados criollos, como menciona el historiador Rafael Casanova: “En Rivas, las comunidades indígenas de La Puebla, San Jorge y otras parcialidades, exigieron la devolución de sus tierras comunales”. Esta movilización indígena tuvo éxito en algunos casos, como fue la recuperación de los títulos ejidales del barrio La Puebla (Casanova, 1995, p. 140).

En la ley electoral de 1838 se establecieron dos cantones en la isla: Moyogalpa y Altagracia (llamada entonces Ometepe) donde los ciudadanos —

hombres mayores de veinte años con propiedad o profesión— podían elegir a once “electores primarios” en la isla. Estas personas se reunían con los noventa electores del Departamento Meridional para escoger a los delegados a la Cámara de Representantes y al Senado nacional, así como su candidato para el cargo de “Supremo Director del Estado”. En la práctica, las elecciones eran controladas por grupos de poder que imponían sus candidatos mediante la fuerza o el fraude (Esgueva, 2011, Tomo I, pp. 120-123).

La situación de los indígenas continuó sin mayores cambios luego de la independencia, que en la práctica significó la sustitución de los españoles por los criollos en los cargos gubernamentales. Las comunidades indígenas mantuvieron su propia organización, que constaba de una junta directiva encabezada por el “alcalde de vara” y nombrada por el Consejo de Ancianos, como era la tradición de los antiguos pueblos nicarao y chorotega. Luego de la independencia continuó el régimen de repartimientos de las comunidades indígenas para realizar trabajos públicos, tales como reparar caminos, mantener la iglesia y limpiar pozos, pero se abolieron los trabajos forzosos para la elite de poder. En esos años, en muchos lugares del país estallaron conflictos entre las comunidades indígenas y las juntas municipales de criollos y mestizos que querían escoger a los alcaldes indígenas, apropiarse de tierras comunitarias e imponer nuevos impuestos (Dore, 2008).

A mediados del siglo XIX, Ometepe fue uno de los escenarios donde se desarrolló la guerra de liberación contra William Walker, quien se había proclamado presidente de Nicaragua en 1856. En la isla ocurrieron varios levantamientos armados contra los delegados de Walker, como informa el historiador Bolaños Geyer: “Mas de 100 indios capitaneados por el sacerdote presbítero Francisco Tijerino atacaron a los filibusteros que estaban en Moyogalpa y fueron repelidos” (Bolaños Geyer, Tomo IV, p. 136).

A inicios de 1857, luego de las derrotas sufridas en Granada y Rivas, Walker trasladó en barco a los soldados heridos de su ejército a Moyogalpa, para que se recuperasen. Los pobladores huyeron ante la llegada de los filibusteros, quienes fueron atendidos por Charles Myers, maderero estadounidense que trabajaba para la empresa de tránsito que llevaba pasajeros desde Greytown hasta San Juan del Sur. En la isla los filibusteros fueron atacados por fuerzas legitimistas opuestas a Walker; más de cincuenta soldados fueron abatidos y enterrados en fosas comunes en las afueras de Moyogalpa.

En 1853 se crearon los municipios de Altagracia y Moyogalpa, con sus cabildos respectivos y sus juntas municipales dirigidas por un alcalde; estos alcaldes eran designados por el prefecto del Departamento de Rivas. En 1962 se establecieron los límites territoriales entre los dos municipios, trazando la línea divisoria desde la Punta Chilaita hasta San José del Sur. En 1869, el prefecto de Rivas creó la Comisaría de Alcabala en Ometepe, y nombró a Apolonio Mena como responsable de recoger los impuestos de los monopolios estatales sobre el aguardiente, el tabaco, la pólvora y el papel sellado. Sin embargo, en 1872 Mena fue destituido por autorizar un contrabando de tabaco. También en 1869 el gobernador de Policía estableció un destacamento en Ometepe conformado por un cabo y tres policías para velar por el orden público y el cumplimiento de las leyes. En 1870 los gobiernos municipales decretaron para todos los hombres

de 16 a 50 años el trabajo obligatorio para la construcción del camino entre Altagracia y Moyogalpa (Acuerdos de Gobierno, BVDB).

Por su ubicación remota, Ometepe fue utilizada como lugar de confinamiento¹² de disidentes políticos liberales durante los treinta años del régimen conservador (1857-1893) que mantuvo una estabilidad política y facilitó el crecimiento económico. En 1875, el presidente Pedro J. Chamorro y Alfaro castigó con la pena de confinamiento en Ometepe a los liberales leoneses Pío Castellón, Pascual Fonseca, Serapio Orozco, Dolores Rodríguez y Pascual Salamanca, por “subvertir el orden público”. En 1877, fueron confinados en la isla los líderes liberales Ildefonso Montalván, Dionisio Suazo y Simón Delgado, acusados de intento de rebelión armada contra el gobierno (Acuerdos de Gobierno, BVDB).

Estas medidas reflejan la intolerancia política que predominaba en el país entre los líderes políticos, así como el talante autoritario de los funcionarios públicos que concentraban en sus manos el poder gubernamental. El historiador Bradford Burns al estudiar la situación del país en esos años, expresó: “Los nicaragüenses estaban acostumbrados al ejercicio personalista y patriarcal del poder político, además tendían a confundir los asuntos familiares con los del estado” (Burns, 1993, p. 30).

2.- La economía isleña

Es preciso recordar que las actividades productivas y el comercio en Nicaragua y Centroamérica sufrieron una fuerte caída durante la primera mitad del siglo XIX, debido, en gran parte, a las guerras que asolaron la región, ya que los trabajadores eran reclutados como soldados y los propietarios obligados a aportar fondos y recursos a los grupos armados. Así lo expresó el diplomático estadounidense George Squier al visitar en 1849 una hacienda de cacao en Granada: “El mayordomo se quejó amargamente de la situación política. Era ya tiempo de recolectar el cacao y no se encontraba un solo hombre, unos trabajadores andaban en la revolución, otros habían sido reclutados y otros para no correr la misma suerte andaban de huida en el monte” (Squier, 1980, p. 38).

La situación económica de Ometepe no presentó mayores cambios en la primera mitad del siglo XIX, ya que su aislamiento geográfico le permitió mantenerse al margen de las luchas políticas. En la isla continuaron las principales actividades productivas de la población: agricultura, ganadería, pesca y caza para el consumo local. En algunas fincas se cultivaba cacao para comercializarlo en los mercados de Granada y Rivas, además de que se utilizaba como moneda para la compra-venta de productos¹³, aunque el trueque era frecuente en los mercados locales.

En 1867 se registraron en el Departamento de Rivas 122 haciendas de cacao, con un total de 2,309,000 árboles; un 52.6% de las plantas estaba

12 Confinar es desterrar a alguien dándole un lugar de residencia obligatoria del que no puede salir.

13 A mediados de siglo XIX cuatro granos de cacao equivalían a un centavo de dólar.

concentrado en 26 haciendas, propiedad de familias de terratenientes y comerciantes, como fueron los Carazo, Lacayo, Maliaño, Sacasa. En 1870 se registraron en Rivas 151 obrajes de añil con una producción de 225,000 libras anuales, destinadas para la exportación a Europa, donde se utilizaba para teñir textiles. La ganadería vacuna y equina era otro rubro tradicional de producción en este departamento, así mismo el cultivo de granos básicos, caña de azúcar y café (Avendaño, 2005).

Dada la escasa población en Ometepe, las tierras resultaban abundantes, igual que en otras regiones de Nicaragua¹⁴. Gran parte del territorio isleño permanecía ocioso, ya que constaba de bosques, tacotales y haciendas con pocas cabezas de ganado. Las familias isleñas disponían de alimentos suficientes debido a la fertilidad de las tierras, además de la abundancia de animales de presa, frutos silvestres y peces en el lago. El viajero Paul Levy señaló que “Nicaragua presenta ese fenómeno de un país en que los víveres son abundantes y baratos, y el jornal relativamente caro” (Levy, 1976, p. 29).

La propiedad de las tierras en la isla se encontraba dividida entre diferentes grupos sociales: una parte estaba ocupada por grandes haciendas, propiedad de criollos y mestizos ricos, dedicadas a la ganadería extensiva y al cultivo de cacao; otra parte eran fincas pequeñas, propiedad de mestizos, donde se cultivaban granos básicos y cacao; por otro lado estaba la propiedad colectiva de las comunidades indígenas, dedicadas a producir básicamente para su subsistencia. También había algunas propiedades en manos de la Iglesia católica y de las cofradías religiosas.

En el municipio de Altagracia las comunidades indígenas tenían la propiedad colectiva de tierras tradicionalmente reconocidas desde inicios de la Colonia española. Una parte pertenecía a las familias integrantes de la comunidad, para su subsistencia; otra parte eran áreas comunitarias que se cultivaban con el trabajo voluntario de sus miembros para obtener ingresos, mismos que se depositaban en las “cajas de comunidad”; había una zona de bosque comunitario que proveía madera, frutos y animales; también había tierras que se rentaban a mestizos para obtener ingresos. Por otro lado, estaban las tierras y el ganado de las cofradías, que servían para costear actividades religiosas y proyectos comunitarios.

La población residía en los pueblos o villas, donde tenían sus viviendas con un amplio solar; diariamente caminaban a sus parcelas para atender los cultivos y regresaban después del mediodía. Se mantenían los métodos de cultivo tradicionales basados en la roza y quema de una zona de bosque que se utilizaba durante tres años, tras los cuales se dejaba en descanso o barbecho por igual periodo.

En 1848 se descubrió oro en California, por lo que el río San Juan se utilizó para el tránsito de aventureros que iban a buscar fortuna, primero vía Granada-El Realejo, y luego vía La Virgen-San Juan del Sur. El transporte estaba a cargo de una empresa estadounidense propiedad del comodoro Cornelio Vanderbilt, quien recibió una concesión del gobierno de Nicaragua. La concesión le

14 Según el Censo Nacional de 1863, la población de Nicaragua era de 153,000 habitantes.

permitía al empresario aprovechar sin costo alguno la madera que necesitaran las calderas de sus barcos de vapor, lo que ocasionó el despale en la ribera del río San Juan y en Ometepe. Entre 1848 y 1869 transitaron 67,694 personas, lo que dio lugar a un auge económico en la región sur. Muchos isleños que eran marineros experimentados consiguieron empleo en las embarcaciones; otros, dedicados a la agricultura, abastecieron de alimentos a los viajeros (Lanuza, 1983).

Los terrenos baldíos cuya propiedad no estaba legalmente establecida se consideraban tierras del Estado. En 1859 el gobierno autorizó la venta de esas tierras (hasta diez caballerías ó 640 mz) a cualquier persona que las solicitase y pagase un precio acorde con la calidad de los suelos¹⁵, una suma que era inalcanzable para la mayoría de la población. Esta política permitió que la gente rica se apropiara de muchas tierras que estaban en posesión de campesinos indígenas o mestizos, pero que carecían de título legal o de una delimitación clara de sus linderos (Lanuza, 1983).

En la segunda mitad del siglo XIX, los gobiernos nacionales emitieron varias leyes, aprobadas por diputados conservadores y liberales, para promover la propiedad privada de las tierras y el cultivo de productos para el mercado internacional, especialmente café, brindando facilidades a inmigrantes europeos y a empresarios nacionales. La elite gobernante creía que Nicaragua debía imitar el modelo de desarrollo capitalista y las instituciones políticas de Europa y Estados Unidos para progresar hacia la civilización y así superar el atraso que atribuían a la población indígena y negra. Así lo expresó en 1853 el “director supremo” Fruto Chamorro: “Los indios son el sector social más atrasado y reacio al progreso. La educación y el ejemplo de la elite les podría hacer cambiar, pero debe ser un proceso gradual” (Burns, 1993, p. 33).

Mediante diversas leyes agrarias los gobiernos trataron de acabar con la propiedad colectiva de las comunidades indígenas, obligándoles a poner en venta una mitad de sus tierras y a distribuir a título individual la otra mitad. Igualmente se decretó la subasta pública de las tierras que poseía la Iglesia, las cofradías y los ejidos municipales. La historiadora E. Dore en su estudio sobre el Departamento de Granada comprobó que en esos años “El éxito de las solicitudes de grandes concesiones de tierra dependía del poder, la riqueza y el clientelismo. La oligarquía creó sus dominios agrarios violando los derechos de propiedad comunal de los campesinos indígenas y ladinos pobres” (Dore, 2006, pp. 126-127).

Amparados en estas leyes y en sus vínculos políticos, un grupo de criollos y mestizos ricos del municipio de Moyogalpa se apropiaron de tierras indígenas en el municipio vecino:

En el siglo XIX los mestizos colonizan la otra parte del volcán Concepción dividiendo grandes propiedades en medio de las zonas indígenas para practicar una ganadería extensiva y vivir de la renta de

15 Los precios de una caballería (64 mz) oscilaban entre 50 pesos para ganadería, 100 pesos con suelos buenos para agricultura y 150 si tenía acceso a agua. El jornal que ganaba un peón era de un real en 1849, y de tres reales en 1871 (8 reales = 1 peso, al precio de la época).

la tierra, el alquiler o por aparcería ceder parcelas para los granos a los minifundistas indígenas (Dévé, 1985, Tomo I, p. 50).

Estas políticas generaron malestar y protestas entre la población afectada, que opuso resistencia de diversas formas, particularmente de los indígenas, que representaban en 1870 un 55% de la población total de Nicaragua, según el geógrafo francés Paul Levy. Así, en Ometepe la comunidad indígena expulsó a un alemán de apellido Woiniger, quien pretendía apoderarse de sus tierras para cultivar algodón y que maltrataba a sus trabajadores. En Matagalpa hubo una violenta rebelión indígena contra la privatización de sus tierras y los trabajos forzosos para instalar el telégrafo.

En 1885, frente a la ocupación progresiva de sus territorios a manos de los terratenientes, la comunidad indígena de Urbaite-Las Pilas pagó al gobierno municipal de Altagracia por un título de propiedad de 1,690 mz, a fin de asegurar la posesión de una parte de sus tierras ancestrales. La propiedad comunitaria de esa tierra era administrada por una directiva compuesta por líderes indígenas reconocidos. Las tierras de cultivo se distribuían en parcelas a las familias para su sustento, y se mantenían áreas de bosque, como La Cabuya, para uso colectivo, por ejemplo, obtener madera para construir casas y leña para cocinar (Morales Alemán, 2003).

Al expandirse el cultivo del café en la segunda mitad del siglo XIX, los hacendados granadinos invirtieron en plantaciones de café en las laderas del volcán Mombacho, en laguna de Apoyo y en las faldas del volcán Concepción en Ometepe (Cruz 2003). El cultivo de café aumentó rápidamente en Rivas: de 33 fincas con 470,000 plantas en 1867 a 650,000 plantas en 1895, una parte del cual se cultivaba en Ometepe en razón de sus condiciones topográficas y climáticas favorables (Avendaño, 2005).

Por otro lado, los gobiernos nacionales establecieron el trabajo obligatorio de las familias campesinas en las fincas cafetaleras, debido a la escasez de mano de obra, ya que la mayoría tenía acceso a tierras para sus propios cultivos, y coincidía la época de cosecha del café con las milpas de postrera. Para los campesinos que no iban a trabajar a las haciendas o que huían de ellas, las leyes estipulaban sanciones tales como multas, cárcel o alistamiento en el ejército; además otorgaba a los patrones el poder de arrestar y castigar a sus peones.

Otro método utilizado en esa época para reclutar trabajadores para las fincas cafetaleras era el “enganche”: un adelanto de salario — que solía entregarse en las fiestas religiosas— acompañado de la firma de un contrato o “matrícula” que obligaba al campesino, a su mujer y a sus hijos a trabajar para el patrón a fin de saldar esa deuda. Por lo general el monto de la deuda se incrementaba con el costo de la alimentación, la ropa y cualquier “socorro” que otorgaran los hacendados a los peones, lo cual los mantenía sujetos en un sistema continuo de “peonaje por deudas”. Gran parte de los trabajadores en las fincas cafetaleras eran mujeres y niños, mientras que los hombres volvían a sus parcelas para la cosecha de postrera (Dore, 2006).

Los jueces de agricultura y las fuerzas armadas tenían a su cargo hacer cumplir esas leyes, pero carecían de personal y recursos para cubrir todo el territorio del país, por eso muchos hacendados tenían sus propios guardias



Leyenda de Chico Largo. Pintura de C. Vargas. Museo Altaigracia. Foto G. Serra

armados para perseguir a los peones que huían y castigarlos severamente. Si los campesinos acudían al juzgado local para reclamar esta injusta situación, pocas veces obtenían una decisión favorable, ya que los jueces eran criollos y mestizos que protegían los intereses de su clase social (Dore, 2006).

Ometepe se encontraba en la ruta comercial que unía Granada con San Juan del Norte (llamado entonces Greytown), a través de lago Cocibolca y el río San Juan. Gran parte del comercio por esta vía se dirigía a Inglaterra y Estados Unidos, adonde se exportaban productos como añil, cueros, maderas y cacao, y de donde se importaban manufacturas de todo tipo. En esa época Inglaterra controlaba el territorio del Caribe a través del gobierno de la Mosquitia, que era su “protectorado” y tenía interés en construir un canal interoceánico a través del río San Juan, al igual que otras potencias, como Francia y Estados Unidos.

En la segunda mitad del siglo XIX, mejoraron las comunicaciones y el transporte con la isla de Ometepe, gracias a la estabilidad política y a las inversiones que hizo el Estado en caminos para carruajes, los primeros ferrocarriles, el servicio de correo y el telégrafo. En Ometepe el correo postal comenzó a funcionar cuatro veces por mes a partir de junio de 1878. En el lago Cocibolca y río San Juan operaban varios vapores de la Compañía de Navegación propiedad de E. Hollenbek, empresa que fue más tarde adquirida por Alfredo Pellas. En 1882 este empresario compró en Estados Unidos el vapor Victoria, que recorría periódicamente los puertos de Granada, San Jorge, Moyogalpa, San Carlos, San Ubaldo y Puerto Díaz. El Victoria tenía 136 pies de largo, 28 pies de ancho y 6 pies de calado, con capacidad para 75 pasajeros en primera clase y 75 en segunda, además de 150 toneladas de carga. En 1905 el Victoria fue vendido al gobierno y continuó brindando el servicio

de transporte en el gran lago durante muchos años, hasta su incendio en el puerto de Moyogalpa el 26 de julio de 1954 (Cárdenas, 1964).

Fueron varios los viajeros que llegaron Ometepe a mediados del siglo XIX y dejaron un valioso testimonio escrito de la realidad que observaron. En 1850 el periodista alemán Julius Froebel llegó al puerto de Altagracia procedente de Granada y quedó sorprendido de la abundancia de peces: “En cierto lugar del lago había tantos peces que, con solo una redada que tiró un muchacho, cogió suficiente para la comida de toda la familia”. En su recorrido por tierra de Altagracia a Moyogalpa, el visitante observó que la mayor parte del territorio “es pura montaña con algunos potreros y parajes cultivados que parecen jardines. Abundan los animales de caza como venados, pavones, monos y tigres” (Froebel, 1978, p.52).

En 1863 el inglés Frederick Boyle visitó Ometepe y observó lo siguiente:

A pesar de que el 90% de la población actual de Ometepe está compuesto de indios de sangre pura, se vienen asentando europeos, mestizos o negros en la isla dondequiera que les plazca y los nativos se ven impotentes para hacer valer sus justos reclamos (Boyle, 1868).

Boyle menciona que en Moyogalpa se había afincado una secta de Estados Unidos llamada “Los amantes libres” que tenían la propiedad de su tierra en común. Estaba formada por hombres y mujeres mayores de 40 años, sin embargo, luego de la muerte de su líder se desarticuló *rápidamente* (Boyle, 1868).

El médico estadounidense J. F. Bransford visitó la isla en 1976 para realizar estudios arqueológicos. En ese entonces el autor calculó que la población isleña era de unos tres mil habitantes, que en su mayoría vivían en Altagracia. Los cultivos principales eran maíz, frijol, arroz, caña de azúcar, café, algodón, añil, tabaco, sandía y frutas tropicales. En su informe Bransford señala que:

La mayoría de los habitantes está compuesta de indios de sangre casi pura, algunos mezclados con españoles y otros de ascendencia africana. Aquellos de raza mixta son más numerosos en Moyogalpa, adonde han venido de tierra firme en años recientes. Los indios son por lo general de baja estatura, de frente estrecha, con piel cobriza oscura y pelo grueso y espeso. En el Maderas hay algunos de estatura imponente, muchos hombres de más de seis pies, y las mujeres más grandes. Me inclino a creer que éstos son los descendientes que quedan de una tribu más antigua que habitaba la isla (Bransford, 1881).

En 1882 visitó la isla el biólogo y arqueólogo sueco Carl Bovallius, quien calculó la población de Altagracia en 2,500 habitantes, en su mayoría indígenas, y estimó que en Moyogalpa vivían unas 1,200 personas, casi todas mestizas. El viajero observó que “La tierra se encuentra dividida en una cantidad de haciendas generalmente mal explotadas y de huertas pequeñas donde se cultiva maíz, arroz, caña, tabaco y bananos. El costo de la vida es barato y la manera de vivir muy sencilla”. También señaló que el volcán Maderas “está cubierto de selva virgen desde la base hasta la cumbre y numerosos arroyos bajan de su

cima” (Bovallius, 1977, pp. 237-238).

El poblamiento del Maderas ocurrió a partir de 1860, cuando los habitantes de Chontales fueron afectados por una sequía prolongada que provocó una hambruna generalizada. Las primeras familias se establecieron en Balgüe y Mérida, donde a base de la técnica de roza y quema abrieron la espesa selva para cultivar los granos básicos, en una zona deshabitada donde abundaba el agua, los bosques y los animales de caza (Dévé, 1985).

El tabaco se cultivaba en la isla desde la época precolonial, para el consumo local y como materia de trueque con otras regiones. Luego de la independencia, el tabaco se convirtió en un monopolio del Estado, que controlaba su producción y comercialización imponiendo altos gravámenes. Desde 1847 el gobierno permitió a los productores isleños la siembra de plantaciones de tabaco en la isla. En 1862 autorizó a la Corporación Municipal de Moyogalpa la siembra de 100,000 matas de tabaco para financiar la construcción de la iglesia del pueblo. En 1878 se autorizó el cultivo de 500,000 plantas de tabaco en la isla a varios productores, pero sólo se permitió su comercialización a través de los puertos de San Jorge y La Virgen. Estos controles estatales eran difíciles de aplicar y no siempre eran respetados por los agricultores y comerciantes, lo mismo que sucedía con el aguardiente.

La apacible y próspera economía isleña de esos tiempos fue alterada por varias catástrofes naturales que azotaron la región: sequías (1846-1847), tormentas tropicales y huracanes (1848) y el terremoto de 1844, que destruyó muchas construcciones en Rivas y Ometepe. Se destacó en 1873 la violenta erupción del volcán Concepción, que afectó parte del poblado de Altagracia y destruyó los bosques que estaban en las laderas altas, abriendo las cárcavas que se observan hoy en su costado oeste y que facilitan los deslaves de arena en temporada de lluvias, poniendo en riesgo a las comunidades de esa zona. Otras erupciones ocurrieron en 1883, 1899 y 1902.

3.- La vida social y cultural

Clases sociales

Luego de la independencia se mantuvo en gran medida la división de las clases sociales establecida durante el periodo colonial, salvo que el lugar prominente que tenían los españoles fue asumido por los criollos acaudalados (terratenientes y comerciantes) y por los empresarios extranjeros. Por otro lado, se abrieron las puertas para el ascenso social de los mestizos, ladinos y mulatos, quienes mejoraron sus ingresos a través del comercio, la producción agropecuaria o el empleo en empresas privadas o instituciones estatales.

En la base de la pirámide social siguieron estando las comunidades indígenas, cuyas condiciones de vida se deterioraron durante el siglo XIX con la pérdida de gran parte de sus tierras, el trabajo forzoso en las haciendas y en obras públicas, y la desintegración de las cofradías. Sin embargo, las comunidades indígenas mantuvieron su cohesión social, basada en las relaciones de parentesco, la solidaridad y la ayuda mutua, las creencias y tradiciones, y mantuvieron así

mismo su propia organización, liderada por el Consejo de Ancianos que designaba a un alcalde de vara. En su visita a Ometepe en la década de 1840, George Squier observó que los indígenas mantenían ritos y creencias religiosas propias de su cultura milenaria y ajenas al catolicismo (Squier, 1989).

Para el naturalista inglés Thomas Belt, quien vivió en Chontales a mediados del siglo XIX: “Las comunidades más felices y ordenadas son aquellas que han conservado intactas sus costumbres y tradiciones. Esta es la verdad: la civilización destruida por los españoles era más beneficiosa para los indígenas que la que vino a sustituirla” (Burns, 1993, p. 59). Según el capitán inglés Bedford Pim, quien estuvo en Nicaragua en 1867, se observaban dos sectores sociales, la mayoría son “Los descalzos que conforman la clase inferior. Los calzados se consideran miembros de la elite de 10,000 privilegiados, miran a las multitudes descalzas con desprecio” (Burns, 1993, p. 37).

La familia

La familia era la institución más importante en la Nicaragua del siglo XIX. Era una organización de carácter patriarcal donde la autoridad indiscutida residía en el padre, y cuya esposa e hijos le debían obediencia, aun después de casados. Como señala el historiador Bradford Burns:

El padre era el protector y el proveedor, así como el interlocutor con el mundo exterior. El padre orientaba, imponía la disciplina, amaba, instruía y cuidaba a los miembros de la familia. En Nicaragua era frecuente escuchar el refrán: El padre representa a Dios en la tierra (Burns, 1993, pp. 31-33).

El patriarcado estaba incorporado en las leyes de la República; la Constitución de 1858 autorizaba al gobierno a “suspender los derechos de aquel ciudadano que manifestase ingratitud hacia sus padres” (Burns, 1993, pp. 31-33).

En la cultura patriarcal del siglo XIX, se consideraba que las mujeres debían dedicarse a la reproducción y al cuidado de los hijos, así como a las faenas domésticas. Las únicas actividades sociales permitidas a las mujeres eran las correspondientes a los actos religiosos. En las comunidades indígenas y en los sectores populares se mantuvo el rol de la mujer como comerciante y artesana (textil, barro). Las mujeres no tenían derechos civiles ni políticos: el padre o el marido representaban a la mujer cuando era necesario realizar contratos o demandas judiciales, y ellas no tenían derecho a participar en las elecciones de autoridades. Para poder manejar un negocio, las mujeres debían tener la autorización del marido y compartir con él las ganancias, razón por la cual había mujeres emprendedoras que preferían mantenerse solteras (Dore, 2006).

En las comunidades indígenas, la distribución de tierras colectivas para la subsistencia se otorgaba al hombre como cabeza de familia, y sólo los varones participaban en las asambleas comunitarias y podían ocupar cargos directivos. Con el proceso de privatización de las tierras comunitarias, las mujeres podían llegar a ser propietarias al enviudar o por herencia. Ya mencionamos que las

campesinas debían cumplir el contrato de trabajo firmado por su marido con los hacendados, quienes muchas veces les exigían servicios sexuales y abusaban de ellas.

Al estudiar los archivos municipales de Diriomo, la historiadora E. Dore encontró denuncias frecuentes de mujeres indígenas que habían sufrido abuso sexual por parte de los mestizos ricos del pueblo, al igual que demandas de alimentos para los hijos de esas violaciones, sin lograr respuesta justa en los juzgados locales. En algunos casos los acusados acordaban reconocer al hijo y darle alimentos hasta los diez años, cuando pasaría a la custodia del padre puesto que para entonces ya podría trabajar en sus fincas (Dore, 2006). En Ometepe no hay registros de esa época, pero se puede suponer que la situación de las mujeres era similar.

Varios viajeros dejaron observaciones sobre la vida en las comunidades isleñas a mediados del siglo XIX; por ejemplo un reportero que acompañaba a las tropas de Walker en 1857 observó que en Moyogalpa había unas ochenta casas humildes construidas con paredes de caña, piso de tierra y techo de palma o zacate, donde vivían unos setecientos habitantes. El periodista señaló que “Hay alamedas de naranjos, mangos y otros árboles frutales. Todas las casas tienen una cocina aparte hecha de cañas y paja, el fuego para cocinar se hace en el suelo entre piedras grandes, los utensilios son de barro cocido” (Harper’s Weekly, 1976, p. 56).

La religión

La Iglesia católica se había debilitado en la Nicaragua del siglo XIX. Durante las luchas por la independencia, la Iglesia se dividió entre los partidarios del nuevo gobierno y los opositores que defendían al rey. Recordemos que la Iglesia católica tenía una estrecha vinculación con el gobierno español, encargado de designar a sus obispos y sacerdotes. Después de 1821, varios de ellos regresaron a España, dejando un escaso personal en el país. En esos años se cerró en Altagracia el convento de los frailes franciscanos que habían llegado al inicio de la conquista española. Los pensadores liberales, identificados con la ciencia y el progreso, criticaban severamente a la Iglesia católica por considerarla la “oscurana medieval”, y promovían la educación pública y laica. La orden jesuita fue expulsada del país en 1881, acusada de promover la rebelión de los indígenas matagalpinos en defensa de sus tierras y sus derechos.

Por otro lado, la Iglesia perdió gran parte de sus riquezas con la confiscación de sus tierras y ganados, la suspensión del diezmo, la disolución de las cofradías. Así mismo, con el gobierno liberal de Zelaya (1893-2009) se transfirió a las instituciones estatales la potestad de realizar actos legales tales como el matrimonio y el registro de nacimientos y defunciones. Sin embargo, la religiosidad popular seguía manifestándose a través de las fiestas patronales, con su mezcla de liturgia católica y danzas indígenas. En Ometepe fueron muy destacadas y concurridas las celebraciones a Santa Ana en Moyogalpa (26 julio) y a San Diego en Altagracia (16 noviembre).

En la esfera de lo popular, diversas manifestaciones de la cultura indígena se mantuvieron en Ometepe durante todo el siglo XIX, tales como la



Iglesia católica de Moyogalpa

preparación de alimentos y bebidas, las técnicas de agricultura, la construcción de las viviendas, las artesanías de barro, los instrumentos musicales y el teatro danzante de obras como *El Güegüense*. La narración de cuentos y leyendas transmitidas oralmente era una tradición cultural que varios viajeros observaron en Nicaragua. Julius Froebel participó en esas reuniones y escribió que una noche, sentado en rueda con un grupo de indígenas,

A cada uno le correspondía un turno para contribuir con un cuento al entretenimiento colectivo. Casi todas las historias giraban alrededor de un mismo tema. Un indio tiene una esposa bonita, el cura trata de seducirla, pero el indio es demasiado listo para él y lo hace caer en una trampa (Froebel, 1978, p. 67).

Tradicionalmente, la educación que recibían los niños era impartida por sus padres, sus abuelos y por los sacerdotes, salvo en las familias ricas que podían contratar un maestro. El presidente Chamorro estableció en 1876 la educación obligatoria y gratuita, y destinó para ello un presupuesto que permitió el funcionamiento de 166 escuelas en todo el país. En 1882 el Ministerio de Instrucción Pública nombró a Francisco Rodríguez como “preceptor” de la escuela de niños ubicada en Las Pilas, municipio de Altagracia. Para 1890 el gobierno contaba con 263 escuelas primarias con 16,654 estudiantes en todo el país, cifra que aumentó durante el gobierno de Zelaya, quien creó las primeras Escuelas Normales para la formación de maestros (Kinloch, 2005).

Conclusiones

La independencia política de España fue un proceso negociado por la elite criolla en beneficio propio, que no alteró el sistema socioeconómico y cultural de la Colonia. Por su condición insular y su carácter rural, Ometepe estuvo al margen de las luchas de poder entre las elites urbanas. Sin embargo participó

activamente en la expulsión de los filibusteros estadounidenses del país.

El ascenso al poder de criollos y mestizos ávidos de apropiarse de las tierras indígenas y de intervenir en el nombramiento de sus autoridades, generó conflictos en Ometepe con las comunidades indígenas de Altagracia, al igual que en otras zonas del país. La situación se agravó en la segunda mitad del siglo, con las leyes que ordenaron parcelar y vender las tierras comunitarias indígenas, y que establecieron el trabajo forzoso en los cultivos de café. Sin embargo, la comunidad de Urbaite-Las Pilas logró mantener una parte de su territorio ancestral y legalizarlo ante el gobierno municipal.

La economía de Ometepe mantuvo su carácter agropecuario con grandes extensiones de bosques y tierras incultas, según narran los extranjeros que visitaron la isla. La mayor parte de la producción campesina se destinaba al autoconsumo y al mercado local, mientras que en las haciendas y fincas se producían rubros para el mercado externo, tales como cacao, añil, tabaco, café y ganado (cuero vacuno). Las dificultades de transporte limitaban una mayor integración de la isla a los mercados externos, aunque a finales de siglo hubo avances al establecerse el servicio de barcos de vapor.

En cuanto a las instituciones sociales, la familia patriarcal se mantuvo como la principal organización comunitaria, donde el padre era el jefe indiscutido a quien debían obediencia la mujer y los hijos. Legalmente las mujeres carecían de derechos civiles y políticos, debiendo ser representadas por su padre o su marido. La Iglesia católica se debilitó tras el retiro de muchos sacerdotes españoles y debido a las políticas liberales que afectaron sus prerrogativas coloniales; sin embargo, las creencias y las prácticas de religiosidad popular, tales como las fiestas patronales, continuaron vigentes en las comunidades de la isla.

CAPÍTULO 4

Ometepe en el siglo XX



Puerto de Moyogalpa construido en 1968. Lancha de madera K. Maria

Introducción

En este capítulo se presenta el desarrollo histórico de Ometepe a lo largo del siglo XX. Es un periodo donde ocurren cambios drásticos en el medio ambiente, la economía, la organización política, la demografía y las condiciones de vida de los isleños.

A diferencia de los periodos anteriores, existen numerosas fuentes de información sobre Ometepe en este siglo. Se destacan los censos de población realizados desde 1906 por el gobierno nacional, las investigaciones históricas sobre periodos y temas específicos, los diagnósticos elaborados por instituciones públicas y organizaciones civiles. También se cuenta con el valioso testimonio de isleños que han vivido en este siglo, entre los que se destacan los trabajos del profesor Silva Monge, y la recuperación de la memoria histórica de 96 adultos mayores de 15 comunidades, realizada por jóvenes estudiantes en 1993-1994, bajo la coordinación de la Fundación Entre Volcanes (FEV, 1995).

En la primera parte se expone la evolución y las características de la población isleña a lo largo del siglo, según la información recabada en los censos. Se observa un lento crecimiento durante la primera mitad del siglo debido a la alta mortalidad infantil, mientras que en el siguiente periodo la población se multiplica con la introducción de las vacunas, los antibióticos y las mejoras en los servicios de salud.

En un segundo apartado se presentan las transformaciones económicas que ocurren a lo largo del siglo; se distingue claramente una primera etapa de continuidad de los procesos del siglo XIX, una segunda fase de cambios drásticos a partir de 1950, provocados por el auge agroexportador, luego una tercera etapa en la década de 1980, con la reforma agraria y el control estatal de la economía, para concluir en la década de 1990 con un periodo de apertura comercial y de crecimiento del turismo.

En la tercera parte se abordan los cambios ocurridos en las instituciones políticas y en las organizaciones civiles de la isla dentro del contexto nacional.

Luego de una primera fase de inestabilidad política, a partir de 1937 se instaló el régimen liberal de los Somoza, que controló los gobiernos municipales hasta su derrocamiento en 1979. En la década de 1980 aparecen nuevas instituciones políticas y organizaciones sociales, Ometepe pasó a depender del gobierno de la región IV con sede en Granada. En la década de 1990 los gobiernos municipales fueron elegidos por la ciudadanía y surgieron diversas organizaciones civiles que desempeñaron funciones importantes en el desarrollo de la isla.

En cuarto lugar se presentan tres aspectos interrelacionados que condicionaron la vida social de los ometepinos: la educación, la salud y el medio ambiente. En las primeras décadas las condiciones de salud y educación se mantuvieron sin mayores cambios; después de la década de 1960 se observan algunas mejoras en estos servicios públicos. Por otro lado, los recursos naturales de la isla sufrieron un proceso continuo y acelerado de explotación y degradación que desembocó en una crisis productiva y alimentaria a finales de siglo.

Por último se aborda la situación de la institución familiar en Ometepe, que a lo largo del siglo mantuvo su protagonismo en la vida social y su carácter patriarcal. En particular se expone el aporte fundamental de las mujeres en la crianza de los hijos y en la economía familiar. También se aborda la situación de los niños y jóvenes en la dinámica familiar y en los espacios públicos.

1.- La dinámica demográfica

Una lenta evolución 1900-1950

La información recogida en los censos nacionales nos permite conocer la evolución de la población en Ometepe y sus características básicas. El censo de 1906 mostró que, a inicios del siglo XX, la población isleña sumaba 3,677 habitantes, de los cuales 2,300 (62.5%) vivían en el municipio de Moyogalpa y 1,377 (37.5%) en el de Altagracia.

El censo de 1920 arrojó una población total de 5,599 isleños, un 47% varones y un 53% mujeres. Desde 1906 la población isleña había crecido durante 14 años en 1,922 habitantes, es decir a un promedio de 137 personas por año. En las primeras décadas existió un rápido crecimiento de la población del municipio de Altagracia, que en 1920 alcanzó los 3,470 habitantes (62%), superando al municipio de Moyogalpa, que tenía 2,537 personas (38%).

Esta dinámica poblacional refleja una migración de campesinos pobres de Moyogalpa y de Rivas hacia la zona del Maderas, perteneciente al municipio de Altagracia, lo que amplió la frontera agrícola¹⁶ en zonas no cultivadas en tierras estatales. Un interés inmediato de los migrantes —campesinos sin tierra que trabajaban de jornaleros— era el corte de madera preciosa para su venta a las empresas estadounidenses; también les interesaba la posibilidad de obtener una parcela de tierra fértil para sus cultivos en una zona donde abundaba el agua y los animales para cazar y pescar.

16 La frontera agrícola es el límite que divide la tierra dedicada a la agricultura y el territorio que aún se mantiene como área boscosa intacta.

Cuadro 1: La población de Ometepe durante el siglo XX

Municipios	1906	1920	1940	1950	1963	1971	1995
Moyogalpa	2,300	2,129	2,537	3,291	4,318	6,152	8,758
Altagracia	1,377	3,470	4,886	6,381	8,238	7,351	17,616
Total	3,677	5,599	7,423	9,672	12,556	13,503	26,364

Fuente: Censos Nacionales del Gobierno de Nicaragua.

La realización de un censo nacional a inicios del siglo XX constituía un gran desafío, debido a los múltiples obstáculos que se enfrentaban. Así lo expresó el ministro Paulino Solórzano, responsable del censo de 1920, quien señaló las dificultades que encontraron para recoger información debido a la dispersión de la población en zonas rurales, la indiferencia de las autoridades locales y el temor de muchas personas a un reclutamiento militar (Gobierno de Nicaragua, 1929).

Es interesante observar la clasificación de los isleños por color de piel en el censo de 1920: un 81.2% de la población se categoriza como “trigueña”¹⁷ o mestiza; 7.2% de la población era “blanca”; 9.5% “negra”, y 2% “cobriza”, es decir, indígenas que vivían en el municipio de Altagracia. En el ámbito religioso, salvo 11 personas evangélicas, el resto de la población declaró ser católica.

En cuanto al estado civil, un 72.2% de las personas mayores de 10 años se declaró “soltero”, un 23% “casado” y 4.7% “viudo”, lo cual refleja que predominaba la unión libre de las parejas, sin formalizarse en un matrimonio religioso o civil. Un 42% de las personas censadas declararon ser “hijos ilegítimos”, lo cual reafirma la ausencia del matrimonio legal en muchas familias. Ese dato refleja también las relaciones que acostumbraban tener los varones con diferentes mujeres en una época en que no existían anticonceptivos. Tampoco existía ninguna exigencia del Estado en cuanto a la responsabilidad paterna.

Durante las primeras décadas del siglo XX la población isleña creció lentamente: entre 1906 y 1940 duplicó su número, pasando de 3,677 a 7,423 habitantes, es decir, un promedio de 110 personas por año. Esto obedece a la alta mortalidad infantil en esos años y a la escasa migración de personas hacia la isla. Entre 1940 y 1950 el ritmo de crecimiento aumentó a 224 personas por año, alcanzando en 1950 la cantidad de 9,672 habitantes, de los cuales 3,291 personas (34%) residían en el municipio de Moyogalpa y 6,381 (66%) en Altagracia, según el censo de 1950 (Dirección General de Estadística y Censos, 1950).

Considerando la extensión de 211.2 kilómetros cuadrados (km²) del municipio de Altagracia, su densidad poblacional era de 30.2 habitantes por km² en 1950, mientras que el municipio de Moyogalpa, con 64.8 km², tenía una densidad mayor, con 51.4 hab/km². La clasificación por sexo daba una proporción casi igual entre hombres (49%) y mujeres (51%).

17 Según el diccionario, “trigueño” se aplica a las personas cuya piel es de color moreno dorado.

Cuadro 2: Población y viviendas de Ometepe en 1950

Municipios	Población total	Población urbana	Viviendas urbanas	Población rural	Viviendas rurales
Altagracia	6,381	1,185	209	5,196	789
Moyogalpa	3,291	934	173	2,357	338
Total	9,672	2,119	482	7,553	1,127
Porcentaje	100%	21.9%	30.9%	78.1%	68.1%

Fuente: Censo Nacional de 1950.

Los datos del censo de 1950 muestran que sólo el 21.9% de la población vivía en las dos cabeceras municipales (1 de cada 5 personas), mientras que la mayoría de la población (4 de cada 5 personas) vivía en las comunidades rurales o en sus fincas. En 1950 se identificaron 17 comunidades rurales y 789 fincas en el municipio de Altagracia; y 15 comunidades rurales y 338 fincas en el municipio de Moyogalpa.

Si analizamos la relación entre la cantidad de población y de viviendas, vemos que en las cabeceras municipales vivía un promedio de 4.4 personas por casa, mientras que en comarcas rurales había 6.7 personas por casa. Esta diferencia puede deberse a una mejor condición económica de las familias que vivían en el casco urbano de Altagracia y Moyogalpa, lo que les permitía construir casas más grandes, en comparación con las familias que residían en las comarcas rurales.

En cuanto a la edad, se mantiene una mayoría de población de niños, adolescentes y jóvenes: un 39.3% tenía menos de 15 años de edad, un 27.2% entre 15 y 30 años; sólo 11.8% alcanzaban los 50 o más años de edad en el Departamento de Rivas¹⁸.

La multiplicación de la población: 1950-2000

El Censo de Población de 1963 encontró que en la isla vivían 12,556 personas, de las cuales 4,318 (34.4%) residían en el municipio de Moyogalpa y 8,248 (65.6%) en el de Altagracia. Es decir, entre 1950 y 1963 la población había crecido en 2,884 habitantes, a un promedio anual de 221 personas (Dirección General de Estadística y Censos, 1963). El incremento de población observado en la isla y en todo el país obedecía a las medidas sanitarias que se emprendieron en la década de 1950: antibióticos para combatir enfermedades infecciosas, fumigación para erradicar zancudos transmisores de malaria y dengue, y un mayor acceso al agua potable en las ciudades (Kinloch, 2005).

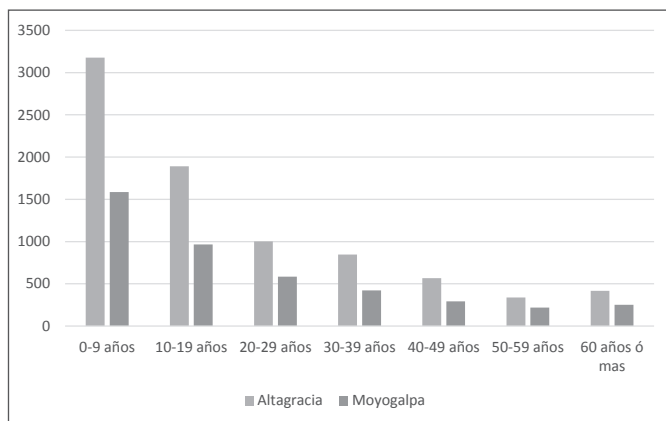
En la década de 1950 se destacó en la isla el aumento de pobladores del casco urbano de Moyogalpa, que pasó a representar en 1963 el 29% del total de habitantes en el municipio; en menor medida, el poblado de Altagracia tenía sólo un 17.7% de una población que se mantenía mayoritariamente rural

18 La edición del Censo 1950 no presenta la distribución por edades de cada municipio.

(82.3%). En ese año continuaba paralela la proporción entre mujeres (50.8%) y hombres (49.2%). En el censo de 1963 se reportaron 46 personas nacidas en otros países, de los cuales 37 eran mujeres.

La distribución etaria de la población (Gráfico 2) muestra un incremento en el rango de la niñez (0 a 9 años) que sumaba un 37.9% del total, lo cual refleja los avances de salud en cuanto a la vacunación infantil y el uso de antibióticos. También se observa un aumento relativo de las personas mayores de 50 años (9.7%).

Gráfico 2: Distribución etaria de la población en Ometepe 1963



Fuente: Censo Nacional de 1963.

En cuanto al estado civil de las personas mayores de 14 años, un 45.1% se declaró soltera, un 17.8% en unión libre, un 32% casada, de los cuales 68% se habían unido en matrimonio civil y religioso; la población restante se declaró viuda o divorciada. El número promedio de hijos en las mujeres de 15 o más años de edad era de 4.3 niños en Altagracia y 3.8 en Moyogalpa, según el censo de 1963.

El siguiente censo nacional realizado en 1971 muestra un crecimiento mínimo de la población en Ometepe, pasando de 12,556 en 1963 a 13,503 en 1971. Esto obedece a la emigración de isleños hacia otras regiones del país o hacia Costa Rica en busca de trabajo, particularmente del municipio de Altagracia, que perdió 897 habitantes en esos ocho años. En 1971 vivían 6,152 personas (45.5%) en el municipio de Moyogalpa, y 7,351 (54.5%) en el de Altagracia (Dirección de Estadística y Censos, 1971).

En cuanto a la distribución por edad, predominan las etapas de la niñez, adolescencia y juventud: dos tercios de la población (67%) tenían menos de 25 años en 1971. Igual se observa un sector significativo de personas mayores de 50 años (9.6%), con una longevidad mayor de las mujeres respecto de los hombres.

En 1985 la población de Ometepe se estimaba en 21,775 habitantes, de los cuales 10,170 se ubicaban en el municipio de Moyogalpa (46.7%) y 11,586

en el de Altagracia (53.3%). Se observa que hubo un crecimiento notable de la población isleña desde el censo de 1971 a 1985 (61.2%), lo cual puede atribuirse a varios factores: el descenso de la mortalidad infantil; el regreso, luego del terremoto de 1972, de población isleña que vivía en Managua; la inmigración de gente que huía de zonas de guerra durante las décadas de 1970 y 1980 en busca de un lugar tranquilo y aislado de los conflictos políticos. Por otro lado, había un flujo de isleños que emigraban en búsqueda de empleo a la vecina Costa Rica, debido a la situación de escasez y pobreza a fines de la década de 1980 y principios de los años noventa; se calcula que entre 1987 y 1993 salieron de Ometepe 2,707 personas (Ineter, 1994).

En 1985 la densidad poblacional era muy elevada en el municipio de Moyogalpa, con 133 hab/km², mientras que en la zona del Maderas era mucho más baja, con 31 hab/km². La tasa de crecimiento demográfico se estimaba en 4% anual, siendo mayor en Moyogalpa (7.5%) que en Altagracia (1.2 %) (Ruchs, 1985).

Durante la década de 1990 continuó el proceso de migración de campesinos pobres de otras comarcas de Ometepe hacia la zona del Maderas, en búsqueda de oportunidades de tierras. Paralelamente llegaron a esa zona inversionistas que compraron las mejores tierras costeras, con fines turísticos y de recreación, al igual que finqueros de otros departamentos que aprovecharon la necesidad de los pequeños agricultores. Igualmente se mantuvo el movimiento de emigración hacia Costa Rica, en especial de hombres jóvenes, en búsqueda de empleo y mejores condiciones de vida, acentuado durante el verano (enero-abril). Esto significó, por un lado, un drenaje de la fuerza laboral que podía haber contribuido al desarrollo local, por lo que en las comunidades quedó una alta proporción de niños y ancianos que no podían producir bienes y que dependían de las remesas. Además, esta emigración causaba una desintegración de las familias isleñas, las cuales quedaban a cargo de las mujeres.

Según el Censo Nacional de 1995, había en Ometepe 26,374 personas, de las cuales 8,758 vivían en el municipio de Moyogalpa (33.2%) y 17,616 (76.8%) en el de Altagracia. Prácticamente la mitad eran hombres (50.3%) y la otra mitad mujeres (49.7%). En la cabecera municipal de Moyogalpa vivían 3,226 personas, un 36.8% de la población municipal, mientras que en el poblado de Altagracia había 1,896 habitantes, un 10.2% del total municipal, lo que muestra el carácter más rural de este municipio (Instituto Nicaragüense de Estadística y Censos, 1995).

La densidad poblacional se mantenía alta en el municipio de Moyogalpa, 136 hab/km², mientras que en el municipio de Altagracia era de 83.4 hab/km²; aunque tenía el doble de la población del otro municipio, su extensión era tres veces mayor. La distribución por edades muestra que gran parte de la población eran niños y adolescentes: más de la mitad de la población (52.5%) tenía menos de 18 años de edad (ver Cuadro 3).

Cuadro 3: Población isleña por grupos de edad. 1995

Grupos de edad	Municipio Moyogalpa	Municipio Altagracia	Total	Porcentaje
Niños (0 a 6 años)	1,761	4,138	5,899	22.36%
Niños (7 a 13 años)	1,707	3,706	5,413	20.52%
Adolescentes (14 a 17 años)	847	1,722	2,569	9.74%
Jóvenes (18 a 30 años)	1,851	3,385	5,236	19.85%
Adultos (31 a 64 años)	2,164	3,896	6,060	22.96%
Adultos (65 a 74 años)	253	463	716	2.71%
Adultos mayores (75 y más años)	175	306	481	3.78%
Total	8,758	17,616	26,374	100%

Fuente: Censo Nacional 1995.

En cuanto al estado civil de las personas jefes de hogar, el censo de 1995 reporta que un 44.3% estaban casados legalmente con su cónyuge, mientras que un 29.7% simplemente convivían juntos, y un 11.5% declararon estar separados de su pareja por distintas razones, tales como la emigración. En uno de cada cinco hogares vivía una familia extendida, donde convivían parientes de ambos cónyuges junto con sus hijos.

La tasa de fecundidad, es decir, la cantidad de hijos nacidos vivos que tenía en promedio cada mujer, era de 3.7 niños en el municipio de Moyogalpa y 4.5 en el de Altagracia. Una de las razones que pueden explicar esta diferencia es nivel de alfabetismo y de instrucción escolar, que era menor en Altagracia que en Moyogalpa. Si comparamos el nivel de instrucción y la cantidad de hijos que en promedio tenía cada mujer en Ometepe, observamos que cuanto mayor era el nivel educativo, menor era la cantidad de hijos (ver Cuadro 4).

Cuadro 4: Promedio de hijos/hijas por mujer según su nivel de instrucción. Ometepe

Nivel de instrucción	Cantidad de hijos
Ninguno	5.1
Primaria	3.6
Secundaria	2.3
Universitaria	1.9

Fuente: Censo Nacional 1995

En cuanto a las creencias religiosas, en 1995 un 76.3% de la población del municipio de Moyogalpa se identificó como católica y un 17.6% como evangélica, mientras que un 82% de la población altagraciana era católica y

un 12.8% evangélica. Es decir, en las últimas décadas del siglo XX hubo un crecimiento significativo de la feligresía perteneciente a las Iglesias evangélicas.

El Plan Maestro de Ometepe de 1996 clasificó a la población isleña según el tipo de asentamiento donde habitaban. El Cuadro 5 muestra que un 25.6% vivía en zonas urbanas o en las cabeceras municipales que tenían más de 1,000 habitantes; un 31.3% en zonas suburbanas o en los barrios cercanos a las cabeceras; un 20.5% en comunidades con menos de 1,000 habitantes, y un 22.5% de forma dispersa en comarcas rurales. En el municipio de Moyogalpa el porcentaje de habitantes que vivía en zona urbana¹⁹ o suburbana era mayor que en el municipio de Altagracia, donde la mayor parte residía en comunidades rurales pequeñas o dispersas (Inifom, 1996).

Cuadro 5: Distribución de la población. Ometepe 1998

Tipo de asentamiento	Cantidad de comunidades	Cantidad de habitantes	Porcentaje de población
Zona urbana	2	6,695	25.61%
Barrio suburbano	9	8,182	31.30%
Comunidad rural	11	5,367	20.53%
Rural disperso	17	5,896	22.56%
Total	39	26,140	100%

Fuente: Plan Maestro de Ometepe, Inifom, 1996.

A fines de siglo, gran parte de la población isleña vivía en situación de pobreza, según sus ingresos familiares, el tipo de vivienda y el acceso a servicios de agua potable, energía eléctrica, educación y salud. Según los datos del Plan Maestro de Ometepe, en algunas comunidades isleñas el nivel de pobreza era extremo, como en Tichana, Las Cuchillas, Corozal, San Pedro, San José del Norte y Pul Arriba (Inifom, 1996).

2.- Las transformaciones económicas en el siglo XX

a) La economía isleña a inicios de siglo

En el siglo XX continuó en Ometepe el proceso de expansión de la frontera agrícola y la concentración de tierras, con el objetivo de ampliar los rubros de producción para el mercado nacional y extranjero: ganadería, caña de azúcar, tabaco, algodón, ajonjolí. Casi toda la población en edad de trabajar se dedicaba a las actividades agropecuarias. Según el Censo Nacional de 1920, la gran mayoría de los varones se identificó como “agricultor” o como “jornalero”; la mayor parte de las mujeres se ubicaron en la categoría de “oficios domésticos”;

19 Moyogalpa fue elevada a categoría de ciudad el 1 de junio de 1999, por decreto de la Asamblea Nacional.

unas pocas personas dijeron ser comerciantes, carpinteros o sastres.

El rápido avance de la frontera agrícola fue evidente en la zona del Maderas, adonde se dirigieron agricultores sin tierras del municipio de Moyogalpa porque en este municipio la densidad de población era mayor y se estaban acabando las tierras baldías. Hay que considerar que la división de la tierra entre las familias campesinas isleñas por herencia del propietario terminaba en minifundios que no permitían la sobrevivencia de sus hijos, quienes debían trabajar de jornaleros, arrendar tierras o emigrar hacia lugares con tierras baldías, como era la zona del Maderas. Ahí los campesinos fueron derribando el bosque virgen para utilizar las tierras en sus cultivos, al mismo tiempo que aprovechaban la madera para construir su vivienda o para la venta.

Esta situación fue aprovechada por inversionistas de otras partes de la isla y de Rivas, quienes compraron esas tierras ya despejadas para dedicarlas a la producción de ganadería vacuna, caña de azúcar y café. Normalmente pagaban un precio bajo porque los campesinos carecían de títulos de propiedad, pero los compradores sí pudieron legalizar esas tierras gracias a sus recursos económicos y sus vínculos políticos. Un gran inversionista que vino a la isla fue Anastasio Somoza García, presidente y jefe de la Guardia Nacional, quien comenzó en 1936 a comprar propiedades en la zona del Maderas a través de su representante Ramón Marín, utilizando diversas formas de presión y amenazas para adquirir las fincas. Como señaló Richard Millet en su estudio sobre esa época: “Somoza ofrecía pagar la mitad del valor de la propiedad, y finalmente el dueño cedía por temor al hostigamiento y los impuestos” (Millet, 2006, p. 264).

Según el inventario de propiedades del general Somoza realizado en 1951, la primera finca en la isla fue comprada en Mérida a Sofía Gómez Arauz, luego siguieron otras como la finca Ometepe, a Gilberto Miranda Sol. Las fincas fueron dedicadas a la crianza de ganado vacuno y a la siembra de café, y llegaron



Cruzada nacional de alfabetización 1980

a tener una extensión de unas 4,000 mz incluyendo las comarcas de Mérida, San Ramón, Tichana, San Pedro, La Palma, Corozal y el Istián. Luego de la muerte de Somoza en 1956, sus herederos formaron la empresa Agropecuaria Ometepe S.A. con un capital de 1,600,000 dólares, para administrar las fincas en el Maderas, que incluían más de 3,000 reses, plantaciones de café y dos beneficios, una carretera de Corozal a Mérida, muelles, lanchas y otras instalaciones (Ferrero, 2012).

Las fincas de Somoza gozaban del crédito del Banco Nacional y del Instituto de Fomento Ganadero (Infonac), además tenían asistencia técnica gratuita del Ministerio de Agricultura. El café era procesado en los beneficios ubicados en el Corozal y Mérida, y luego embarcado para la exportación. El ganado de raza brahmán que tenía en Ometepe era embarcado en el puerto de San Ramón para trasladarlo a sus mataderos (Carnic, Igosa) o era enviado hacia Costa Rica de contrabando para no pagar impuestos, aprovechando que tenía fincas en ambos lados de la frontera (Ferrero, 2012).

La crisis económica mundial de 1929 se hizo sentir en Nicaragua, que dependía de la exportación de sus productos para poder importar equipos, herramientas y bienes de consumo que no se producían en el país. Según el investigador Vargas, en la década de 1930 ocurrió una parálisis económica al caer más del 50% de los ingresos por exportaciones; esto afectó el presupuesto del Estado, que redujo los gastos en salud y educación. Otras consecuencias en el país fueron “el incremento del desempleo, el aumento de la pobreza, la concentración de la propiedad, la profundización de la brecha entre ricos y pobres” (Vargas, 2001, p. 79).

En 1938 comenzó el cultivo de plantaciones tabaco en las fértiles tierras de San José del Sur; los altos rendimientos iniciales permitieron obtener jugosas ganancias a los productores locales y a las empresas comercializadoras, al mismo tiempo que generaron fuentes de empleo. Sin embargo, las consecuencias fueron negativas para el medio ambiente, como señala el estudio de Frédéric Dévé: “En diez años el cultivo de tabaco agotó la fertilidad inicial de los suelos de la zona porque se realizaba sin utilizar fertilizantes” (Dévé, 1985, T.I, p. 52).

Durante la segunda guerra mundial (1939-1945), Estados Unidos procuró estrechar relaciones con los gobiernos centroamericanos a fin de ganarse su apoyo en la lucha contra Alemania y Japón, así como para obtener materias primas para su industria y alimentos para su población. Por esta razón Estados Unidos destinó fondos para construir la carretera panamericana y para financiar la producción y comercio de productos tales como algodón, ajonjolí, azúcar, frutas y alimentos. Como señala Víctor Acuña, “La fuerte concentración de tropas en el Canal de Panamá durante la guerra creó una fuerte demanda de alimentos ... En muchos casos, los artículos eran transportados a lo largo de las secciones abiertas de la carretera panamericana” (Acuña, 1993, p. 375).

b) Periodo de auge agroexportador 1950-1979

En la década de 1950 se expandió el tabaco en el municipio de Moyogalpa, debido al uso intensivo de maquinarias, sistemas de riego y agroquímicos, bajo la dirección de la empresa Tabacalera Nicaragüense S.A (Tanic) creada en 1952

por el Grupo British American Tobacco. La Tanic brindaba crédito y asistencia técnica a los productores, a quienes les compraba la producción según la calidad y el precio que la propia empresa establecía. También manejaba su transporte, procesamiento y comercialización para el mercado externo, obteniendo pingües ganancias.

En esos años aumentó la producción de algodón y de ajonjolí, especialmente en las planicies del municipio de Moyogalpa, gracias a la fertilidad de los suelos, el clima cálido y el bajo costo de la mano de obra. La siembra de ajonjolí durante el ciclo de primera permitió obtener buenos precios, ya que salía al mercado en una época en que escaseaba ese producto. Los rendimientos fueron altos los primeros años de cultivo en tierras nuevas, pero fueron decayendo al aumentar la erosión de los suelos y la resistencia de las plagas.

La economía isleña se dinamizó con la expansión de estos rubros de exportación: los productores pudieron obtener ingresos para invertir en sus fincas, casas y vehículos; los campesinos pobres lograron empleo siquiera temporalmente en las épocas de cosecha; también los comerciantes y transportistas tuvieron mayor demanda. Sin embargo, las mayores ganancias quedaron en manos de las empresas que comercializaban esos productos, gracias a que controlaban los precios de compra, el abastecimiento de insumos y el financiamiento. Por su parte, los dueños de fincas recibían un pago básico por la venta de sus cultivos y debían asumir los riesgos del proceso productivo (sequías, plagas) y los altibajos del mercado (ej. caída de la demanda o de los precios) además de sufrir la erosión y contaminación de sus tierras. Los jornaleros recibían apenas un ingreso básico para su sobrevivencia a costa de la intoxicación con agroquímicos, lo que tarde o temprano afectaría su salud.

Por otro lado, un alza del valor de las tierras cultivables afectó a los colonos que vivían en la finca del patrón. En las haciendas tradicionales el patrón permitía a sus trabajadores (peones o colonos) cultivar una pequeña parcela para su manutención y construir una champa para habitarla con su familia.



Plantación de tabaco en Ometepe

Muchas veces el patrón se convertía en el padrino de los hijos del trabajador, anudando así relaciones de lealtad que el hacendado utilizaba de muchas formas, por ejemplo, durante la elección de autoridades contaba con el voto del peón para su partido político. Con el auge agroexportador, los colonos fueron expulsados a fin de que toda la finca pudiera ocuparse en esos cultivos; por consiguiente, se introdujo maquinaria y sólo contrataban jornaleros para trabajos temporales.

Al mismo tiempo, el afán de concentrar tierras fértiles afectó a los campesinos que carecían de título legal sobre la parcela que ocupaban por herencia familiar, de modo que fueron despojados de sus tierras de diferentes formas por terratenientes aliados con las autoridades y apoyados por la Guardia Nacional. Era muy difícil para esos campesinos oponerse al desalojo de sus parcelas en una época en que no había organizaciones propias ni autoridades que los defendieran.

Sólo las comunidades indígenas de Altagracia lograron defender sus tierras ancestrales gracias a su organización y su identidad cultural. Como señaló Jeffrey Gould: “Desde 1937 los indígenas de Ometepe se habían visto involucrados en varios conflictos con terratenientes que no les reconocían sus derechos a sus tierras comunales”. El 15 de marzo de 1942 se produjo un sangriento enfrentamiento en Altagracia cuando la Guardia quiso sacar a los indígenas de sus tierras comunales; veinte indígenas fueron asesinados y murieron tres guardias. Algo semejante sucedió en otros lugares del país, donde las comunidades indígenas de Matagalpa, Jinotega, Boaco, León, Muy Muy y Sébaco se vieron obligadas a luchar para resguardar sus territorios ante la voracidad de los capitalistas (Gould, 1977, pp.170-171).

El Censo Nacional Agropecuario de 1963 identificó en Ometepe un total de 1,186 fincas o “unidades de explotación agropecuaria”²⁰ (UEA), de las cuales 807 (68%) se encontraban en el municipio de Altagracia, dada su mayor extensión, y 379 (32%) en el municipio de Moyogalpa. Si consideramos la superficie total de la isla (276 km²), las fincas ocupaban la mitad (51%) de la extensión territorial, lo cual se explica por la presencia de los dos volcanes con pendientes abruptas que no permiten la agricultura o la ganadería, además de los bosques que cubrían todavía en esa época gran parte del volcán Maderas.

La mayor parte de las tierras estaban legalizadas con su título de propiedad, según la declaración brindada a los encuestadores (90.8% en Altagracia y 80.3% en Moyogalpa). La mayoría de las fincas eran administradas directamente por sus dueños, sólo una parte menor de las tierras en producción eran arrendadas. En el municipio de Moyogalpa las tierras alquiladas representaban un 17.4% de la superficie cultivada y predominaba el pago del alquiler en efectivo. Mientras que en el municipio de Altagracia la superficie en alquiler era menor (5.4% de la tierra en fincas) y el pago se realizaba tanto en productos como en efectivo.

20 En 1962-1963 se denominaba UEA al terreno usado en producción agropecuaria, fuese propio o alquilado. Podía ser de más de una parcela si estaban administradas por el mismo productor y situadas en la misma comarca.

Cuadro 6: Cantidad de fincas y extensión. Ometepe 1963

Municipios	N° fincas	Extensión	Tituladas	Arrendadas
Altagracia	807 (68%)	15,632 mz (78%)	14,198 mz (90.8%)	858 mz (17.4%)
Moyogalpa	379 (32%)	4,340 mz (22%)	3,485 mz (80.3%)	757 mz (5.4%)
Total	1,186 fincas	19,972 mz	17,683 mz	1,615 mz

Fuente: Censo Nacional Agropecuario 1963.

En cuanto a los rubros de producción, el censo de 1963 muestra que existía una abundante producción agropecuaria en la isla, tanto para consumo interno como para la venta fuera de Ometepe. En el municipio de Moyogalpa se destaca una mayor producción de ajonjolí, mientras que en Altagracia se destaca la producción de arroz, maíz, café y ganado; en cuanto al tabaco, la producción y la extensión cultivada era similar en ambos municipios (50 mz c/u).

Un cultivo exclusivo de Moyogalpa era el algodón, con una producción de 3,633 qq en 1962-1963, mientras que el café era propio de Altagracia, con 3,744 qq producidos en el Maderas. También en Altagracia se identificó una producción importante de cítricos. El hato ganadero era mayor en Altagracia, con 3,296 vacunos, mientras que en Moyogalpa se contaron 1,731 reses. Es interesante observar que en 1963 el área dedicada al plátano en la isla era de sólo 120 mz, mientras que el guineo cuadrado ocupaba 798 mz; sin embargo, la plaga de la sigatoka (un hongo) hizo desaparecer el guineo cuadrado, sustituido por el plátano, por ser más resistente.

Cuadro 7: Cantidad de producción por rubro. Ometepe 1962-1963

Municipios	Maíz (q)	Frijoles (q)	Arroz (q)	Ajonjolí (q)	Tabaco (q)	Vacunos
Altagracia	11,752	2,914	12,982	885	1,280	3,296
Moyogalpa	3,642	1,858	2,007	3,159	1,435	1,731
Total	15,394	4,772	14,989	4044	2,715	4,027

Fuente: Censo Nacional Agropecuario 1963.

En las décadas de 1950 y 1960 continuó el proceso de concentración de tierras en la isla, con mayor énfasis en el municipio de Altagracia, en especial la zona del volcán Maderas, donde la mayor parte del territorio estaba ocupada por grandes haciendas ganaderas y cafetaleras²¹. En otras partes del municipio había áreas de minifundios ocupadas por campesinos pobres que trabajaban en las haciendas o emigraban en búsqueda de empleo. En el municipio de Moyogalpa la propiedad de la tierra tenía un menor nivel de concentración, ya que existía un amplio sector de pequeños y medianos productores, tal como se refleja en el Censo Agropecuario de 1971.

21 El nombre de los propietarios de esa zona ha sido detallado por H. Silva (2002 pp.73-74).

Cuadro 8: Distribución de la propiedad. Ometepe 1971

Tamaño de las fincas	Municipio Moyogalpa		Municipio Altagracia		Total	
	N° fincas	Superficie	N° fincas	Superficie	N° fincas	Superficie
Menos de 10 mz <i>Minifundista</i>	512 79.8 %	1,626 mz 20%	737 83.3%	2,013 mz 7.5%	1,249 81.8%	3,639 mz 10.4%
De 10 a 49 mz <i>Pequeño productor</i>	100 15.7%	2,013 mz 24.8%	102 11.5%	2,200 mz 8.2%	202 13.2%	4,213 mz 12.1%
De 50 a 499 mz <i>Mediano productor</i>	28 4.3%	3,551 mz 43.7%	33 3.7%	4,342 mz 16.1%	61 4%	7,893 mz 22.5%
De 500 mz y más <i>Latifundista</i>	1 0.2%	934 mz 11.5%	13 1.5%	18,329 mz 68.2%	14 1%	19,263 mz 55%
Total	641	8,124 mz	885	26,884 mz	1,526	35,008 mz

Fuente: Dirección de Planificación Sectorial Agropecuaria (Dipsa); Censo Agropecuario 1971.

Este cuadro nos muestra que en el municipio de Altagracia había 14 latifundios que concentraban 18,329 mz, es decir, 68.3% de la tierra en fincas, mientras que en el municipio de Moyogalpa sólo había un latifundio con 934 mz, que representaba un 11,5% de tierra en fincas. En ambos municipios la gran mayoría de las unidades de producción eran minifundios (81.8%) que no producían lo suficiente para garantizar la subsistencia familiar, por tanto estos campesinos pobres debían buscar otras fuentes de ingreso.

En el municipio de Moyogalpa los pequeños y medianos productores tenían un peso mayor que en el otro municipio; así vemos que los pequeños productores tenían un 24.8% de la tierra cultivada en Moyogalpa, y sólo un 8.2% en Altagracia. Los medianos productores eran el grupo con mayor extensión de tierras en el municipio de Moyogalpa, con un 43.7% del total, pero en Altagracia ese grupo sólo tenía un 16.1% de las tierras de ese municipio.

En los dos municipios había un amplio sector de campesinos sin tierra que realizaban trabajos diversos para la sobrevivencia familiar. La economía isleña era básicamente agropecuaria, había pocas fuentes de empleo en otros sectores económicos, como servicios, comercio, transporte o construcción. Una parte de esta población trabajaba de forma temporal o permanente en las fincas de medianos y grandes productores. En las haciendas se acostumbraba tener “colonos” a quienes se les prestaba una parcela para cultivar y vivir con su familia a cambio de trabajo y lealtad al patrón, pero podían ser desalojados en cualquier momento que el dueño quisiera usar esas tierras.

Algunos campesinos pobres podían cultivar en tierras prestadas por familiares o en tierras municipales; otros realizaban con el dueño un acuerdo de pagar con parte de la cosecha (aparcería). Unos pocos arrendaban una parcela si conseguían fondos para hacerlo, por ejemplo para rubros de mercado como el ajonjolí. La pesca artesanal era una fuente de alimentación, así como el corte y venta de leña era una opción de ingresos para los campesinos pobres. Muchos

de ellos trabajaban temporalmente en las cosechas de café en el Maderas y viajaban fuera de la isla a los cortes de caña de azúcar, algodón y café. Otros emigraban a las ciudades de Rivas, Granada o Managua en búsqueda de empleo y de un lugar donde vivir con su familia.

El Censo de 1971 muestra que la población económicamente activa (PEA) en Ometepe, es decir, las personas mayores de diez años, sumaba un total de 3,178 isleños, que representan un 23.5% del total. La otra parte (76.6%) el censo las califica como “población económicamente inactiva” (PEI) donde se ubicaban los estudiantes, los jubilados y las amas de casa, aunque estas trabajaban arduamente en sus hogares. Un 74% de la PEA laboraba en el sector agropecuario y la pesca, un 9.4% en servicios diversos, un 6.7% en la producción industrial o artesanal, el resto en actividades de comercio, transporte y construcción.

En cuanto a los rubros de producción agropecuaria en la década de 1970, en los dos municipios se observa un incremento notable del área dedicada al cultivo de tabaco (100 mz en 1963 a 1500 mz en 1974) y al cultivo del plátano (120 mz en 1963 a 400 mz en 1974). En el municipio de Altagracia también se incrementó el hato ganadero (3,296 cabezas en 1963 a 3,700 en 1974) y el área dedicada al café (1,073 mz en 1963 a 1,200 mz en 1974).

Cuadro 9: Principales rubros de producción. Ometepe 1971

Municipios	Maíz	Frijol	Arroz	Plátano	Tabaco	Café
Altagracia	1,200 mz	350 mz	1,400 mz	250 mz	500 mz	1,200 mz
Moyogalpa	600 mz	400 mz	~~~~~	150 mz	1,000 mz	~~~~~
Total	1,600 mz	750 mz	1,400 mz	350 mz	1,500 mz	1,200 mz

Fuente: Dipsa 1974²²

El cultivo del tabaco se destacaba por su alto nivel de tecnificación, estaba bajo el control de la Tanic y hacía uso intensivo de agroquímicos, riego por bombeo y maquinización, lo que permitía dos cosechas por año. Era una fuente importante de empleo, ya que requería unos diez trabajadores a tiempo completo por manzana; es decir, para atender 1,500 mz se necesitaban 15,000 trabajadores. Como señala Dévé:

Las tierras de tabaco eran las mejores tierras mecanizables de Moyogalpa, Los Ángeles y San José del Sur. La calidad y los rendimientos han sido elevados y les permitió a muchos de ellos entrar en la categoría de campesinos ricos hasta la crisis de rentabilidad en 1984 (Dévé, 1985, p. 31).

22 Debido a que los documentos originales se quemaron durante el terremoto de 1972, estos datos son estimaciones del Censo Agropecuario 1971 realizado por el Ministerio de Agricultura.

Señala también Dévé que esta crisis se debió a la caída de rendimientos y el alza del costo de insumos debido a la erosión de los suelos y la resistencia de las plagas, sumado a la escasez de madera para los hornos de secado.

c) Los cambios económicos en la década de 1980

Tras el derrocamiento de Anastasio Somoza en julio de 1979, el gobierno sandinista decretó la confiscación de sus bienes y los de sus allegados. En Ometepe se confiscaron más de 10,000 mz en la zona de Maderas-Istián, lo que significaba un 33% de las tierras agrícolas de la isla, que pasaron a ser una empresa de propiedad estatal (Área Propiedad del Pueblo, APP) dependiente del Ministerio de Agricultura y Reforma Agraria (Midinra). La mayor parte del ganado que tenía Somoza fue vendida, sacrificada o apropiada por los pobladores del Maderas. Los cafetales cayeron en el abandono, y los trabajadores de la finca se dedicaron a cultivar granos básicos en un área permitida.

Posteriormente, ante la demanda campesina de tierras y el fracaso económico de la empresa, una parte de esas tierras (6.946 mz) fueron repartidas a 334 campesinos dispuestos a integrarse en cooperativas (siete Cooperativas Agrícolas Sandinistas, CAS, y una Cooperativa de Crédito y Servicios, CCS), salvo la finca Mérida (5,935 mz) donde se mantuvo la empresa estatal “Pikín Guerrero”. La posibilidad de conseguir tierras atrajo al Maderas una migración de campesinos pobres de las otras zonas de la isla, continuando así un flujo histórico hacia esa zona.

En el municipio de Moyogalpa se formaron doce CCS con 433 pequeños productores que trabajaban 2,233 mz de forma individual en tierras propias o alquiladas, y se unían para gestionar crédito y asistencia técnica. También se formaron tres CAS con 46 socios y 270 mz, donde la tierra era colectiva y el trabajo organizado. Las cooperativas eran miembros de la Unión Nación de Agricultores (UNAG), recibían asistencia técnica del Midinra y crédito del Banco Nacional de Desarrollo (BND) (Dévé, 1985).

En la zona de Altagracia-Concepción no hubo mayores cambios en la tenencia de la tierra, caracterizada por el predominio de grandes y medianos productores ganaderos y plataneros, combinado con zonas de minifundio de campesinos pobres. Al inicio de la década se formaron tres CCS con 45 pequeños productores; en la segunda mitad de la década de 1980 se formaron algunas CAS en tierras confiscadas a terratenientes que habían abandonado o negociado sus fincas.

El siguiente cuadro muestra los cambios en la tenencia de la tierra ocurridos hasta 1985 a raíz de la Revolución Sandinista; vemos que se creó un área estatal (17%) y de cooperativas de producción (19%) con las tierras confiscadas, pero la mayor parte de la tierra agropecuaria (64%) se mantuvo en manos de productores individuales, cumpliendo una política nacional de economía mixta (pública y privada).

Cuadro 10: Estructura de la tenencia de la tierra. Ometepe 1985

Sector social	Propiedad de tierra	Área (mz)	Porcentaje
Área Propiedad del Pueblo (APP)	Estado	5,935	17%
Cooperativas de Producción (CAS)	Colectivo	6,561	19%
Cooperativas de Crédito y Servicio (CCS)	Individual	2,473	7%
Productores individuales	Privado	20,304	57%
Total		35,273	100%

Fuente: Midinra Ometepe, Región IV.

El acceso al crédito fue uno de los principales beneficios que obtuvieron los campesinos durante los primeros años de la Revolución, además de la alfabetización y las tierras. En 1983 el gobierno les condonó sus deudas con el BND. Así lo recuerda David Ortiz, productor de Balgüe: “A mí me daban 14 quintales de abono y dinero en efectivo, entonces yo sembraba; ya recogida la cosecha me iba al banco y pagaba; me quedaba mi arroz y mi ganancia. Pero cambió el gobierno y se cerraron los créditos.” (Zúñiga, 2000, p. 34).

Otro beneficio fue el precio máximo establecido para el alquiler de tierras, de C\$100 por manzana para granos básicos, y C\$400 para tabaco; sin embargo, esto redujo la oferta de tierras para arrendar. Los fertilizantes químicos eran accesibles porque su precio estaba subsidiado gracias a la cooperación de la URSS; igual sucedía con los tractores Bellarus que facilitaron la maquinización de las tierras, y los camiones IFA para el transporte de la producción. En la isla se construyeron dos grandes silos para el acopio de granos, uno en Las Sabanas (Altagracia) y otro en La Paloma (Moyogalpa).

Una medida muy cuestionada por los productores fue la prohibición de comerciar libremente su producción y en cambio venderla a las empresas estatales: a la Empresa Nacional de Abastecimiento (Enabas), los granos básicos; a la Empresa Nacional del Algodón (ENAL), el ajonjolí; a la Empresa



Mujeres lavando ropa. Ometepe

Nacional del Café (Encafe), el café; a la Empresa Nacional de Productos Perecederos (Enaper), la fruta. Esta medida provocó una disminución de la producción y generó un mercado libre fuera del control estatal; así mismo surgieron tensiones entre comerciantes y gobierno, como la llamada “guerra de la sandía”. Por otro lado, hubo productores que no quisieron integrarse en una cooperativa para recibir tierras, y esto provocó conflictos en la zona del Maderas. El servicio militar obligatorio para los jóvenes de 16 años, decretado en 1983, fue rechazado por muchas familias campesinas en la isla, por el riesgo de muerte y por la necesidad de mano de obra en las tareas agrícolas (Serra, 1991).

En la segunda mitad de la década de 1980, la guerra y el boicot económico del gobierno estadounidense afectaron seriamente la economía del país, provocando una carestía de todos los productos importados y una hiperinflación donde los bienes subían de precio diariamente, los billetes se resellaban una y otra vez y las familias manejaban a diario millones de córdobas para su consumo habitual. Al escasear los productos básicos y el combustible, se impuso el racionamiento de esos bienes. Las políticas de austeridad de 1988 —acompañadas de un cambio monetario obligado de los viejos córdobas a la nueva moneda hasta un equivalente máximo de USD 10,000—, perjudicaron a productores, comerciantes y personas cuyos ahorros sobrepasaban esa suma, porque los perdieron; a ello se sumó el hecho de que el costo de la canasta básica para el hogar aumentó en un 273% (Close, 2005).

A finales de la década de 1980 se entregó gran parte de las tierras de la empresa agropecuaria estatal de Mérida a cooperativas que asumieron las funciones de abastecimiento y comercio a sus socios, con apoyo de Ecodepa-Unag (Empresa Cooperativa de Productores Agropecuarios-Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos) a través de una Tienda Campesina en la zona (Santa Cruz). Esta tienda era una cooperativa de servicios; los socios debían dar un aporte mínimo y tenían derecho a comprar herramientas e insumos a bajo precio. La Tienda Campesina daba además crédito para la producción y acopiaba granos básicos (arroz, frijol). Lamentablemente, la tienda fracasó por fallas de administración, por la venta al fiado de mercaderías que nunca lograron cobrarse y también por créditos otorgados sin un proceso de selección ni garantías suficientes. Por otro lado, la Asociación de Plataneros de Ometepe (APPO) se formó en 1987 con los productores individuales del municipio de Altagracia, que contaron con el apoyo de la UNAG y del gobierno sandinista, el cual facilitó medios de transporte para comercializar la producción de plátano, pero enfrentó dificultades de distinta índole y terminó por dividirse en la década de 1990.

Durante la década de 1980 se mantuvieron en Ometepe los principales rubros de producción agropecuaria: granos básicos, plátano, ganado, sandía, ajonjolí, café, fruta y tabaco. La mayor parte de la producción (60%) era destinada a mercados fuera de la isla, mientras que el resto (40%) era para consumo local, según el estudio realizado por F. Dévé en 1985, quien hizo un cálculo del valor de la producción agropecuaria basado en fuentes oficiales.

Cuadro 11: Producto interno bruto agropecuario. Ometepe 1984

Rubro de producción	Valor en C\$	Porcentaje
Granos básicos	40,804,700	24.3%
Plátano	37,774,000	23.1%
Ganado	26,350,000	16.1%
Sandía	20,175,600	12.3%
Ajonjolí	14,100,000	8.6%
Café	12,552,000	7.7%
Frutas	7,931,800	4.8%
Tabaco	3,360,000	2.1%
Miel	240,000	0.01%
Total	163,628,100	100%

Fuentes: Midinra, Micoín, APP, ENAP.

En el sector agropecuario, Dévé distinguió las siguientes clases o categorías socioeconómicas en Ometepe:

- *Empresarios agropecuarios*: 120 familias. Medianos o grandes productores que contrataban mano de obra, obtenían crédito y producían para el mercado en rubros como ganadería, tabaco, plátano.
- *Pequeños productores individuales o cooperados*: 1,052 familias que trabajaban con mano de obra familiar, tanto para el autoconsumo como para el mercado (arroz, maíz, frijol, plátano, ajonjolí, frutas).
- *Campesinos pobres*: 914 familias. Tenían acceso a una pequeña parcela que no permitía la subsistencia familiar, por tanto, debían vender su fuerza de trabajo, o prestar o alquilar tierras.
- *Asalariados*: 620 familias. No tenían acceso a tierra y debían trabajar en fincas o en otros servicios. Muchos emigraban a otras zonas del país en búsqueda de empleo.

Unas 300 familias trabajaban en otras ocupaciones: algunos se dedicaban al comercio, la mayoría en pulperías, y un grupo reducido eran mayoristas vinculados a empresas nacionales y acopiadores de productos locales que vendían afuera. Además, estaba la población dedicada a los servicios de transporte terrestre y acuático, construcción, empleados de instituciones públicas (salud, educación, alcaldía, delegaciones del gobierno central) y de empresas (Tanic, Shell, Enacal, Enabas, ENAP).

La problemática del transporte era un factor limitante del desarrollo económico de la isla, debido al deterioro de los caminos, la reducida cantidad de vehículos y la limitada capacidad de carga de las embarcaciones. El medio más utilizado en el campo era la carreta de bueyes, que para 1985 sumaba una

cantidad de 158 yuntas; además había 30 camiones y 35 camionetas (Dévé, 1985).

En cuanto a la infraestructura y transporte lacustre en los años 80, la situación era la siguiente:

- En el puerto de Moyogalpa había un muelle construido en 1968, en el que prestaban servicio hasta el puerto de San Jorge dos lanchas en tres turnos por día, con capacidad total de 855 qq de carga y 120 pasajeros.
- En Altagracia, el puerto de Gracia de Dios tenía un muelle construido en 1979. Había servicio de transporte en lancha a Granada y a San Carlos, tres veces por semana (capacidad 500 qq y 60 pasajeros); un barco que hacía un viaje semanal a Granada y a San Carlos (capacidad 1,400 qq y 250 pasajeros). Además había seis veleros que viajaban periódicamente a Río San Juan.
- En Mérida había un muelle de donde salían dos lanchas dos veces por semana a San Jorge, que sumaban entre ambas una capacidad de 1,200 qq de carga y 180 pasajeros.

La demanda de combustibles en 1984 era de 246,219 galones (gl) de diésel, 31,460 gl de gasolina, 91,780 gl de kerosene y 150 gl de gas propano. Casi la mitad del diésel era consumido por las plantas generadoras de electricidad, y la otra parte se destinaba a la producción agropecuaria y el transporte. En ese año sólo había en la isla 20 tractores y 17 equipos de riego dedicados al cultivo de tabaco (Ruks, 1985).

d) Situación económica en la década de 1990

En esta década se mantuvo la preponderancia de las actividades agrícolas y ganaderas en la generación de empleos y de ingresos para las familias isleñas, en el contexto de un cambio drástico de las políticas gubernamentales, que redujo la intervención económica del gobierno, privatizó las empresas estatales y abrió los mercados a la libre competencia. La pobreza, el desempleo y la mortalidad infantil crecieron rápidamente, según mostró un estudio del Banco Mundial: para 1995 un 70% de la población vivía en pobreza, un 24% en desempleo abierto y 38% en subempleo, había un 28% de analfabetismo y una mortalidad infantil de 60 por cada 1,000 niños nacidos (Close, 2005, p. 225).

En Ometepe los cambios económicos tuvieron efectos contradictorios. Por un lado, el cese de los programas sociales y del crédito fácil a los agricultores agudizó la pobreza de muchas familias isleñas, incrementando la emigración hacia Costa Rica. Por otro lado, el cese de la guerra, la apertura del mercado centroamericano, el control de la inflación y el creciente flujo de turistas abrió nuevas opciones de desarrollo económico.

Sector agropecuario

En este sector se observó un crecimiento del cultivo de plátano ante la demanda de la población de Honduras y El Salvador; en 1997 se estimó un área de 4,509 mz de musáceas, de las cuales un 80% se encontraba en el municipio de Altagracia. El cultivo de café en el Maderas mantuvo un área estimada en 500 mz, que se procesaba en los beneficios de Balgüe y Corozal; una parte se exportaba a Estados Unidos. El ajonjolí alcanzó un pico de 2,000 mz en 1992, y en los años siguientes bajó a unas 400 mz anuales. La producción de sandía redujo drásticamente el área sembrada: de 1,500 mz en los años 80 a unas 150 mz en los 90, debido al cierre del mercado de Costa Rica. La producción de granos básicos disminuyó ante la escasez de crédito, destinándose en su mayor parte al consumo local (ROCO, 1999).

En el cultivo de tabaco se redujo el área sembrada y el número de productores, debido al incremento de plagas, a los bajos precios, las lluvias irregulares y el alto costo del riego, además de que la Tanic pudo reestablecer el cultivo en el norte del país al concluir la guerra. Durante la década se sembró un promedio de 75 mz en los dos ciclos (primera y postrema); el número de productores se redujo de 78 en 1990 a 36 en 1998, y gran parte de la infraestructura (74 hornos, 19 bodegas) cayó en el abandono.

En 1993 el hato ganadero se estimó en 4,000 vacunos, la mayoría de raza criolla y para doble propósito, además de unos 2,000 equinos, según el diagnóstico de Ineter. La producción ganadera mantuvo su carácter extensivo, de baja productividad y escasa tecnificación, salvo la introducción de pastos mejorados y de sementales en algunas fincas, con financiamiento del Programa Mundial de Alimentos. También la ganadería sufrió la escasez de crédito y la falta de asistencia técnica, debiendo enfrentar precios bajos para sus productos. Una iniciativa isleña de acopio de leche y procesamiento de queso no pudo competir con los bajos precios de productos provenientes de Chontales. A fines



Plantación de plátano en Ometepe

de siglo se contabilizaron 2,998 vacunos en el municipio de Moyogalpa y 2,850 en el municipio de Altagracia (INEC, 2001).

A inicios de la década de 1990 el uso del suelo isleño se distribuía en un 39.7% para agricultura, un 5.2% ganadería, un 21.4% de arbustos, un 20.5% de bosque ralo o tacotales y sólo un 8.3% de bosque denso; el resto estaba ocupado por rocas, lagunas y poblados. Ineter calculó en 1993 que una cuarta parte (25.7%) de las tierras cultivables de Ometepe estaban siendo sobreexplotadas, y por tanto, en proceso de erosión y degradación (Ineter, 1994).

En la década de 1990 la difícil situación económica de los productores agropecuarios empeoró por la falta de políticas de apoyo (crédito, asistencia técnica), los malos inviernos, la caída de rendimientos por la erosión de suelos, los altos precios de los insumos para la producción y para el hogar, los impuestos y los bajos precios pagados por su producción agrícola y ganadera. A fines del siglo XX los agricultores debieron cargar con el costo heredado de la destrucción de los suelos tras décadas de uso intensivo y maquinización, sumado a la resistencia de las plagas y malezas por el uso excesivo de plaguicidas y herbicidas.

En los años 90 surgieron conflictos por la posesión de tierras que habían sido confiscadas en la década anterior y entregadas a campesinos mediante títulos de reforma agraria que no fueron inscritos en el registro de propiedad, por lo que al caer el gobierno sandinista fueron reclamados por sus antiguos dueños. En Mérida estallaron tensiones cuando el gobierno de Violeta Barrios de Chamorro entregó tierras a miembros de la Resistencia que eran propiedad de cooperativas o del Estado y eran cultivadas por campesinos. Igual sucedió con tierras costeras propiedad del Instituto de Turismo (Intur), al arrendarlas a inversores turísticos, lo que ocasionó el desalojo de familias residentes. Otros conflictos han sido las tensiones entre socios de cooperativas durante el proceso de parcelación individual de propiedades colectivas. También influyeron en estos conflictos otros factores, como fueron las irregularidades en la titulación y medición de tierras, la falta de mecanismos de negociación pacífica, la ambición individualista de algunos, el oportunismo de los abogados y los antagonismos políticos (Álvarez, 1999).

En los años 90 las cooperativas vivieron una situación de inseguridad sobre sus propiedades, porque los títulos de reforma agraria no eran reconocidos por el gobierno ni por los bancos, y su posesión estaba siendo amenazada por los antiguos dueños y los nuevos reclamantes. Se suspendieron las políticas gubernamentales de créditos y el Banco Nacional de Desarrollo procedió al cobro de deudas pendientes. Ante esta situación, algunas cooperativas vendieron a bajo precio parte de sus tierras a nuevos inversionistas, y otra parte se distribuyó entre sus miembros; algunas mantuvieron bienes colectivos, como cafetos, bosques, pastos, camiones, bodegas, máquinas. Para el año 2000 habían quedado funcionando ocho cooperativas en el municipio de Altagracia y tres en el de Moyogalpa.

A fin del siglo XX la tenencia de la tierra en fincas se distribuía de forma muy desigual; por un lado, un 64.5% de los productores isleños tenían minifundios menores de 5 mz y ocupaban un 18.1% del área total de fincas. Por otro lado, había 21 propietarios de fincas mayores de 100 mz que ocupaban

26.7% del área total de fincas de la isla. Mientras que en el municipio de Moyogalpa no había fincas mayores de 200 mz, en el de Altagracia había siete fincas, incluyendo una con 700 mz.

Cuadro 12: Tenencia de la tierra en fincas. Ometepe 2000

Tamaño de las fincas	Municipio de Moyogalpa		Municipio de Altagracia	
	Nº de productores	Área en mz	Nº de productores	Área en mz
Menos de 5 mz	388	967.0	1065	2,488.7
5 a 10 mz	144	1,072.5	295	2,217.9
10 a 20 mz	78	1,084.5	116	1,586.9
20 a 50 mz	49	1,574.5	60	1,949.7
50 a 100 mz	11	754.0	31	1,976.2
100 a 200 mz	10	1,320.5	4	561.6
200 a 500 mz	---	---	6	2,094
Más de 500 mz	---	---	1	700
Total	680	6,733 mz	1,578	13,575 mz

Fuente: III Censo Agropecuario, INEC 2001.

En los años 90 los pequeños agricultores isleños mantuvieron el cultivo de granos básicos para garantizar la alimentación familiar (arroz, frijol, maíz) y también sembraban otros rubros para la venta al mercado (plátano, ajonjolí, sandía), según su disponibilidad de tierra y de mano de obra. Para recuperar la fertilidad de los suelos y disminuir el endeudamiento por el alto costo de agroquímicos, la Fundación Entre Volcanes (FEV) promovió diversas técnicas de agricultura sostenible, como los abonos orgánicos y verdes, el uso de insecticidas naturales, las obras de conservación de suelos y aguas (curvas a nivel, diques, barreras), la planificación de fincas y la diversificación de rubros (Serra, 1996).

Casi todas las familias campesinas criaban cerdos y aves (gallinas, patos, chompipes) que manejaban las mujeres para consumo familiar y venta ocasional. En la crianza tradicional no se usaban corrales para estos animales, que quedaban libres en el día y se recogían por la noche. En época de lluvias eran comunes las enfermedades en las aves (moquillo, búas, diarrea, morriña). Una parte de los campesinos tenían una vaca o un caballo o una yunta de bueyes. Otras especies que introdujo la FEV en los años 90 fueron ovejas pelibuey, abejas y conejos. También la FEV impulsó los huertos familiares, facilitándoles a las mujeres campesinas insumos, mallas, capacitación y asistencia técnica para mejorar la nutrición y los ingresos. En la zona del Maderas se dieron capacitaciones a las familias para el manejo de sus animales y se formaron promotores comunales de zootecnia para brindar asistencia técnica y manejar un botiquín de medicamentos veterinarios (FEV, 2000).

Fuentes de trabajo

El sector agropecuario constituía la principal fuente de empleo para la población económicamente activa de Ometepe; en el campo fueron contratados 5,338 trabajadores en el año 2000, pero el 86% eran contratos temporales que obedecían a las demandas del ciclo agrícola y de la crianza de ganado. Otras fuentes de empleo en la isla eran el turismo, los servicios, las instituciones, la pequeña industria y la pesca (INEC, 2001).

En los años 90 Ometepe se convirtió en un atractivo turístico internacional por ser una gran isla con dos volcanes en medio del lago Cocibolca, y por tener una variedad de recursos naturales (flora, fauna, volcanes, playas) y culturales (petroglifos, cerámica, estatuas, paz y hospitalidad). A nivel nacional el flujo de turistas extranjeros había crecido rápidamente desde 1990, y era el tercer rubro generador de divisas en 1996, con USD 58.7 millones. En Ometepe el ingreso de visitantes alcanzó a 23,562 personas en 1994, según datos de Inturismo. En promedio los turistas gastaban USD 11 por día y permanecían unos tres días en la isla; su principal interés eran los volcanes, las playas y los paisajes. Se ha estimado que los ingresos por turismo en Ometepe alcanzaron medio millón de dólares en 1994 (Bird, 1995).

En 1996 había en la isla doce pequeños hoteles con un total de 122 habitaciones y 267 camas; del total de cuartos, el 51% tenía baño interno y el 35% contaba con aire acondicionado. Ante el creciente flujo de visitantes resultaba insuficiente la oferta de servicios así como la calidad de los mismos. Se estima que el turismo representaba en esos años entre el 10% y 20% de los ingresos totales de la isla, generando un creciente número de empleos, aunque de carácter estacional según los ciclos vacacionales en otros países. Se destaca en esos años la labor de la FEV en la promoción del ecoturismo rural comunitario a través del alojamiento de visitantes con familias campesinas ("Pueblo Hotel"), de la formación de jóvenes guías turísticos y de la información sobre parques, servicios y circuitos turísticos (Inifom, 1996).

Una actividad común en las familias que vivían en zonas costeras era la pesca artesanal para el autoconsumo y para venta al mercado local. Entre 1994 y 1997 funcionaron dos cooperativas pesqueras que sacaban un promedio de 1,200 libras semanales para su comercialización en Managua; luego decayó la pesca con la desorganización de los pescadores, los bajos precios que pagaban los intermediarios y la escasez de peces por el fenómeno El Niño, que recalentó las aguas (ROCO, 1998).

Algunos isleños trabajaban en la elaboración y venta de ladrillos y tejas de barro en época de verano. Otros laboraban temporalmente en trillos de arroz, trapiches de caña y beneficios de café. También había fuentes de empleo en los servicios de comercio, transporte, educación, salud, construcción, hoteles, restaurantes, instituciones de gobierno, empresas privadas y organizaciones civiles. Otras actividades económicas que realizaban las mujeres isleñas eran la producción de pan, queso, cuajada, escobas, canastos, sombreros, artesanías, vestuario. A pesar de la diversidad de actividades económicas, se estimaba que el desempleo o subempleo afectaba a más de la mitad de la población, especialmente en época de verano, cuando disminuye la actividad agrícola (ROCO, 1998).

En los años 90 se redujo drásticamente el crédito en la isla; en 1992 el BND cerró su oficina de Altagracia, y en 1994 la cerró también en Moyogalpa, debido a la falta de recuperación de muchos créditos porque hubo productores que perdieron sus cosechas o no administraron bien los fondos. A nivel nacional, el BND redujo su cartera para pequeños y medianos productores, y se privatizó en 1998, arrastrando una cartera de morosidad elevada.

En esos años los bancos comerciales exigían una serie de requisitos que difícilmente cumplían los pequeños agricultores isleños, por carecer de bienes suficientes para dar en garantía o por falta de título legal de su tierra. Según el Censo Agropecuario 2001, sólo 505 (22.5%) productores agropecuarios de la isla habían recibido crédito ese año, del cual un 57.5% de los fondos provenía de ONG, un 12.5% de programas de gobierno y un 9.5% de bancos privados (INEC, 2001).

Sin embargo, en la década de 1990 surgieron fuentes alternativas de financiamiento accesible, como fueron la Asociación de Agricultores Ecológicos (AGEO) para la producción de ajonjolí, la Asociación de Plataneros de Altagracia (APA) para musáceas, la Asociación de Islas Hermanas para el cultivo de café, la Asociación de Desarrollo de Rivas (Asoderi) para plátano, ganado y comercio, la Fundación Entre Volcanes (FEV) para diversos rubros agrícolas con familias campesinas, la Empresa Cooperativa (Ecodepa) para el cultivo de arroz en el Maderas con productores de la Asociación de Arroceros, el Programa Mundial de Alimentos para tecnificar la crianza de ganado y un proyecto lechero.

En varios casos estos fondos de crédito tuvieron problemas en la recuperación de los préstamos, por varias razones: productores irresponsables, pérdidas de cosechas, bajos precios de comercialización. Esta situación condujo a un debilitamiento de las organizaciones de productores y a la desconfianza de organismos financieros para trabajar con productores isleños.

El Fondo Rotativo de Crédito de la FEV descansaba en la labor de Comités Comunales formados por personas honestas y responsables que daban información, avalaban las solicitudes, vigilaban el buen uso del crédito y ayudaban en su recuperación. Gracias a estos comités se mantuvo baja la mora y se logró el reembolso del crédito para poder financiar el siguiente ciclo agrícola. Los coordinadores de estos comités integraban la junta directiva del Fondo Rotativo, junto con el equipo técnico de la FEV. Entre 1996-1999 la FEV otorgó créditos a 166 productores y 80 mujeres en la zona de Maderas, para cultivo de 344 mz de plátano, 43 mz de arroz, 35 mz de frijol, lo que facilitó la generación de empleo, el uso de tierras ociosas y el incremento de la producción para consumo y venta. Además, se dieron créditos en especie para promover la diversificación de los rubros productivos (piña, pitaya, conejos y ovejas), los cuales se reembolsaban con productos (plantas o crías) para beneficiar a otros productores (FEV, 2000).

Al levantarse los controles establecidos en la década de 1980, el comercio floreció en la isla a través de la proliferación de pulperías en las comunidades y de vendedores ambulantes que visitaban las casas ofreciendo diversos productos. El mayor número de establecimientos comerciales se ubicaba en las cabeceras municipales de Moyogalpa (96) y Altagracia (54). Las casas comerciales mayores importaban mercaderías de Rivas o de Managua y las distribuían en las pulperías locales. Los costos de transporte lacustre y terrestre, además del cobro realizado por ENAP, impactaban en los precios de los productos, afectando la canasta básica de las familias isleñas.

Los principales productos que exportaba Ometepe eran plátano, frutas, frijol, arroz, ajonjolí, tabaco, pescado, miel. Se importaba un gran cantidad de artículos de consumo (jabón, aceite, pollo, huevos, bebidas, medicinas, electrodomésticos) y bienes para la producción (combustible, vehículos, repuestos, agroquímicos, herramientas, equipos, materiales de construcción). El rechazo a las tarifas de ENAP era generalizado en la población, porque encarecía todos los productos. También ocurrieron protestas públicas en Moyogalpa por el alza de los pasajes en las lanchas.

La comercialización de la producción agropecuaria enfrentaba serias dificultades de transporte debido a la mala condición de los caminos y de los vehículos. Los productos sufrían daños y pérdidas durante el largo proceso de traslado desde la finca hasta el mercado fuera de la isla: primero en bestias o carretas, luego en camión hasta el puerto de Moyogalpa o Altagracia, después en lancha a San Jorge o a Granada, y en el puerto se cargaba al camión hasta el mercado final.

Tradicionalmente, muchos productores tenían relaciones de amistad, parentesco o compadrazgo con los comerciantes locales, lo que facilitaba recibir préstamos (alimentos, insumos, herramientas) a cambio de comprometer la venta futura de las cosechas, o de trueque por productos. Existían intermediarios que acopiaban la producción en época de cosecha y fijaban los precios al comprar los productos en las comunidades. Los productores aceptaban las desventajosas condiciones de compra para salir de las deudas pendientes y para evitar costos de transporte y el deterioro de la cosecha. Generalmente, el precio de compra ofrecido por los intermediarios no compensaba las inversiones en mano de obra y agroquímicos que se requerían por la erosión del suelo, las malezas y las plagas. Muchas veces sólo pagaban al productor una parte del precio del producto y prometían cancelar el resto luego de realizar el producto en el mercado, pero no siempre cumplían.

Con la apertura del comercio centroamericano en la década de 1990, gran parte del plátano de Ometepe, reconocido por su calidad, se trasladaba hacia El Salvador y Honduras a través de comerciantes que ofrecían mejores precios y pago al contado. Este flujo comercial se facilitó a partir de 1998, con el servicio de ferry que permitía transportar los camiones a la isla, lo que disminuyó el deterioro del producto y agilizó su traslado. La mayor parte de la producción de plátano se comercializaba fuera de la isla (el de mejor calidad), el resto era para consumo familiar y venta local. Para muchas familias el plátano aportaba

la mayor parte del ingreso, aunque limitado al periodo de cosecha (de octubre a febrero); por esta razón las áreas con plátano se expandieron rápidamente, especialmente en la zona del Maderas, contribuyendo al despale del bosque virgen de esa área de reserva.

En esa década se implementaron algunas alternativas de comercio justo, como fue la exportación de café realizada por las Islas Hermanas de Bainbridge (EEUU) y la comercialización de ajonjolí orgánico, realizada por la Asociación de Agricultores Ecológicos (AGEO). En el Maderas se destacó el servicio comercial de Prodesma, (Proyecto de Desarrollo Sostenible del Maderas) que ofertaba 74 productos del hogar y herramientas de trabajo a precios razonables, facilitando el transporte a las comunidades. También se estableció un banco de granos que acopiaba frijol, arroz, maíz y sorgo en época de cosechas, y se guardaban en silos metálicos para su venta local en la época de verano, cuando los granos básicos escaseaban y subía su precio. Otros productos comercializados fueron café, miel, hortalizas y plátano (FEV, 2000).

Servicios públicos

El abastecimiento de agua potable en la isla estaba a cargo del Instituto Nicaragüense de Acueductos y Alcantarillado, INAA, salvo la zona del Maderas, con dos agencias en las cabeceras municipales. En el municipio de Moyogalpa el sistema domiciliario cubría el 62.5% de casas y se abastecía de siete pozos con bomba eléctrica. Algunas comunidades carecían de este servicio, por ejemplo Sacramento y San Lázaro, y otras sólo parcialmente, como La Flor y San Pedro. En el municipio de Altagracia el servicio de INAA sólo cubría un 19.2% de las viviendas. En la zona del Concepción había cinco pozos, pero no daba cobertura a varias comunidades como Urbaite, Las Pilas, Santa Teresa, Los Ramos, Tilgüe, Sintiope (ROCO, 1999).

En la zona del Maderas existían cinco acueductos manejados por Comités de Agua que fueron construidos con mano de obra local y con materiales donados por la Asociación Islas Hermanas; en las comunidades se establecieron



Ferry trajo progreso en el transporte lacustre.

puestos públicos donde los habitantes se abastecían. Es decir, a fines de siglo todavía había muchas familias isleñas sin agua potable en sus viviendas, por tanto, debían acarrearla del lago o de una fuente de agua pública, una dura labor que recaía mayormente en las mujeres y los niños y niñas.

En el sector del transporte lacustre, para fines de los años 90 en el puerto de Moyogalpa operaban seis lanchas y un ferry a San Jorge, con una capacidad total de 1200 qq de carga y 500 pasajeros. El servicio de ferry a partir de 1998 trajo un beneficio importante para la economía de Ometepe, al permitir la entrada directa de camiones con mercaderías y la salida de productos isleños; igualmente facilitó el traslado de vehículos de turismo y aumentó el flujo de pasajeros que preferían utilizar un barco más estable y seguro que las lanchas de madera. En el puerto de Altagracia se mantuvo el servicio de un barco a Granada y San Carlos dos veces por semana, además de una lancha a Granada. El puerto de Mérida se clausuró por mal estado del muelle, lo que perjudicó a las comunidades de esa zona.

En el transporte terrestre de pasajeros, existía una flota reducida de buses obsoletos que unía las dos cabeceras municipales por la vía de San José del Sur y por San Marcos; en la zona del Maderas llegaba hasta Balgüe y Mérida. Para el transporte de carga había un escaso número de camiones y camionetas que no cubrían la demanda en tiempos de cosechas, pues en su mayoría eran unidades con varios años de uso. Ante el auge turístico ingresaron a la isla algunos microbuses y un servicio de alquiler de vehículos. Los propietarios de vehículos de pasajeros y de carga formaron la Asociación de Transportistas de Ometepe (ATO). Todos los vehículos se deterioraban rápidamente por el mal estado de los caminos y enfrentaban altos costos de combustibles, lubricantes y repuestos, además de carecer de servicios mecánicos competentes en la isla.

La zona más aislada de la isla era el volcán Maderas, donde operaban siete camiones y un autobús, muy deteriorados, que debían transitar caminos en pésimo estado. No había servicios mecánicos ni gasolinera en la zona. La producción del Maderas que se exportaba fuera de la isla debía transportarse por tierra hasta el puerto de Moyogalpa o de Altagracia; igual sucedía con las mercaderías importadas y con los pasajeros.

Las carreteras de la isla eran de tierra y piedra, se deterioraban rápidamente con las lluvias ya que carecían de alcantarillas, desagües o puentes, y no había maquinaria para su mantenimiento, que dependía del Ministerio de Transporte (Mintrans). La situación se empeoró por el impacto del huracán Mitch en 1998, que destruyó caminos, cultivos y viviendas. El tránsito por los caminos era riesgoso por las nubes de polvo que levantaban los vehículos, la circulación de ganado, la falta de señales y el incumplimiento de las normas de tránsito.

El servicio telefónico estaba a cargo de las dos delegaciones municipales de Enitel (Empresa Nicaragüense de Telecomunicaciones) que tenían en las cabeceras una planta telefónica cada una. Las viviendas y oficinas con conexión telefónica sumaban 50 en Moyogalpa y 172 en Altagracia. El resto de la isla carecía de servicio telefónico, ya que la empresa fue privatizada y no quería asumir el costo de instalar teléfonos en comunidades pobres. En el Maderas sólo existían dos radiocomunicadores del Ministerio de Salud (Minsa) en los centros de salud de Mérida y Balgüe, un teléfono con antena en Santa Cruz y

otro en Mérida. En las cabeceras municipales había servicio de correo postal.

El servicio de energía eléctrica era caro y obsoleto, al no existir inversiones para su mantenimiento y ampliación. Había una central eléctrica en Altagracia con tres plantas diésel en servicio, dos en mal estado y una de emergencia, con una capacidad máxima de 850 kw. El combustible se transportaba por barco, lo que encarecía el servicio. Existía un tendido eléctrico primario y secundario de 182 km, ya obsoleto, que se interrumpía frecuentemente por los vientos y la caída de ramas.

Los frecuentes cortes de energía eléctrica afectaban el bombeo de agua potable. Según la Empresa Nicaragüense de Electricidad (ENEL), en 1998 tenían servicio domiciliario 2,250 viviendas en la isla, con una cobertura del 44% del total de casas; 1,200 (58%) en el municipio de Moyogalpa y 2,250 (34%) en el de Altagracia. En la zona de Istián-Maderas el servicio eléctrico domiciliario alcanzaba hasta las comunidades de San Ramón por el oeste y de Balgüe por el este. La mayoría de la población del Maderas debía utilizar lámparas de kerosene y candelas de cera (ROCO, 1999).

El diagnóstico realizado por Inifom-GTZ a mediados de los años 90 para elaborar el Plan Maestro de Ometepe destacó los principales problemas económicos que obstaculizaban el desarrollo de la isla:

- ✓ Limitado acceso de la población al crédito.
- ✓ Mercado cautivo de la producción, porque los intermediarios imponen los precios.
- ✓ Altos costos del transporte terrestre y lacustre.
- ✓ Caminos en malas condiciones y vulnerables ante escorrentías y deslaves.
- ✓ Inseguridad de la tenencia de la tierra en varias comunidades.
- ✓ Infraestructura turística muy limitada, servicios deficientes y caros.
- ✓ Fuerte desempleo abierto y subempleo, agudizado en época de verano.
- ✓ Deficiente servicio de energía eléctrica y agua potable (Inifom, 1996).

Al concluir el siglo XX se mantenían estas limitantes al desarrollo económico de Ometepe, aunque hubo algunas mejoras en los últimos años en el servicio de transporte acuático, la telefonía pública y la capacidad de alojamiento turístico.

3.- Instituciones políticas y organizaciones civiles en Ometepe

Primeras décadas del siglo XX

En la primera década del siglo XX continuó el gobierno liberal de Zelaya (1893-1909), que se destacó por la promoción de la educación primaria y la salud pública, y por asignar funciones a las autoridades municipales en estas áreas. Sin embargo, el nombramiento de liberales como autoridades locales no fue aceptado en el Departamento de Rivas, donde predominaba

el Partido Conservador. A esto se sumó la oposición de la Iglesia católica a las reformas liberales, que cancelaron el control que tenía la Iglesia sobre la educación, los matrimonios, los registros civiles y cementerios, el cobro del diezmo y las propiedades inmuebles. En Ometepe el rechazo fue mayor porque Zelaya decretó la disolución de las comunidades indígenas y la venta de sus propiedades colectivas, lo que generó el repudio de las comunidades indígenas de Altagracia.

Luego de la caída de Zelaya los conservadores asumieron el gobierno, anularon las reformas liberales y abrieron paso a la intervención estadounidense para sofocar las revueltas liberales y controlar la economía del país. La concesión que se hizo a Estados Unidos de un canal interoceánico mediante el tratado Chamorro-Bryan (1914) generó en Rivas la expectativa de que esa inversión podría revitalizar la economía local, tal como había sucedido décadas atrás con la ruta hacia California. Sin embargo, en Ometepe la apertura comercial del país perjudicó a muchos artesanos, entre ellos a los tejedores de sombreros y canastos, así como a los ceramistas. Como explicó Walter “los artesanos quedaron desprotegidos por la irrupción de productos baratos de origen industrial provenientes de Estados Unidos” (Walter, 2004, p. 36).

En las elecciones de autoridades locales y nacionales que se celebraron en esos años en Ometepe y en otros municipios del país, continuaron las irregularidades que caracterizaron las votaciones en el siglo XIX. Como señaló Esgueva en su extenso estudio sobre la historia de las elecciones en Nicaragua: “Los fraudes han sido demasiado frecuentes en una república democrática... La transparencia electoral no ha sido un ejemplo en la historia electoral de Nicaragua” (Esgueva, 2011, T.I, p. 16).

En la Constitución de 1911 se estipuló la elección de gobiernos municipales cada dos años; el Partido Conservador pasó a ocupar la mayoría de las alcaldías, dado su control del gobierno nacional y del sistema electoral. En 1923 se aprobó una nueva ley electoral —llamada ley Dodds por el nombre del estadounidense que la elaboró— que facilitó el control de las votaciones porque no eran secretas²³ y el gobierno designaba a las juntas electorales. Esta ley promovía un sistema bipartidista que ponía trabas al surgimiento de nuevos partidos. Como señaló Walter en su estudio sobre el régimen de Anastasio Somoza: “La ley Dodds no garantizó la prevención del fraude electoral durante los cincuenta años siguientes, el dicho nicaragüense ‘quien escruta, gana’ reflejaba una realidad innegable” (Walter, 2004, p. 43).

En las elecciones de 1924 había en el Departamento de Rivas 6,020 ciudadanos inscritos, de los cuales votaron un 72.1%; una leve mayoría (52.6%) optó por el Partido Liberal Nacionalista, seguido por el Partido Conservador (46.7%), y el resto (0.6%) por el Partido Liberal Republicano (Esgueva 2011 p.287). En las elecciones de 1932 votaron un 87.3% de los 7,926 ciudadanos inscritos; el Partido Conservador sacó la mayoría con un 54.2% de votos y luego el Partido Liberal, con 45.8%. En las elecciones de 1936 había 8,797 ciudadanos inscritos, pero sólo votaron un 47.1%, porque el Partido

23 Los votantes debían formar fila en un lugar abierto, frente a la casilla del partido al que votaban.

Conservador llamó a la abstención en rechazo al golpe de Estado de Anastasio Somoza y por la falta de garantías. En esas circunstancias, el Partido Liberal obtuvo un 69.7% de los votos emitidos en Rivas, y por el Partido Conservador sólo votó un 28.6%; es probable que de haber acudido a las urnas todos los conservadores, hubieran ganado (Walter, 2005).

Durante las primeras décadas del siglo XX, al igual que en el resto de los municipios del país, la capacidad financiera de las alcaldías de Moyogalpa y Altagracia era mínima debido a la escasez de fuentes propias y a las reducidas transferencias del gobierno nacional. Por tanto, las alcaldías no podían cumplir las competencias que por ley les correspondían. Después de la caída de Zelaya, las finanzas del Estado entraron en crisis, por tanto, se suspendieron los gastos sociales y las transferencias a los municipios. El pago de los préstamos adquiridos en EEUU por los gobiernos conservadores obligó a entregar a ese país el control de las aduanas, el ferrocarril y el Banco Nacional. “Entre 1917 y 1927 el gobierno de Nicaragua dedicó más del 43% de todos sus egresos para cubrir los gastos de la deuda pública. Un 18.7% adicional se gastó en el ejército y la policía” (Walter, 2004, p. 35).

En los años siguientes la situación de los municipios no mejoró, debido al impacto negativo que tuvo la crisis mundial de 1929, sumado a los costos de los conflictos armados ocurridos en el país entre 1926 y 1932. Además, en 1931 ocurrió en Managua un fuerte terremoto que destruyó muchas viviendas y edificios públicos. Todo ello dio lugar a que, durante la década de 1930, el gobierno se viera obligado a recortar el presupuesto, de modo tal que se suspendieron servicios públicos como la educación, las inversiones en caminos y las transferencias a los municipios.

En estas décadas las principales organizaciones civiles en Ometepe eran la Iglesia católica y la comunidad indígena de Urbaite-Las Pilas. En cada municipio había una parroquia a cargo de un sacerdote nombrado por el obispo de Granada, a cuya diócesis pertenecía Ometepe. En las cabeceras municipales funcionaban comités parroquiales integrados por feligreses que colaboraban en las actividades litúrgicas y en la reparación de las iglesias. En ocasión de las fiestas patronales se formaban en cada pueblo comités locales para organizar las actividades públicas. Por otro lado, en la década de 1920, con la introducción del béisbol, se fueron formando organizaciones deportivas en las principales comunidades de ambos municipios.

En el siglo XX continuó funcionando activamente la organización indígena de las comunidades de Urbaite, Las Pilas, Tilgüe, Sintoipe y Los Ramos. Esta organización obtuvo reconocimiento legal por parte del gobierno nacional en 1931, al aprobar sus estatutos. Según esta normativa, la asamblea de comunitarios debía elegir anualmente una junta directiva como órgano de representación y coordinación, integrada por presidente, fiscal, secretario, tesorero y cuatro vocales. La junta directiva velaba por el bienestar de las comunidades y defendía sus tierras frente al avance de terratenientes que querían usurparlas (BVDB, Acuerdos de Gobierno).

La época de los Somoza (1936-1979)

En 1937 el gobierno de Anastasio Somoza intervino los gobiernos municipales en Ometepe y en todo el país, nombró una junta compuesta por liberales y asumió el control centralizado de sus finanzas. La Constitución de 1938 facultaba al presidente el nombramiento de los Concejos Municipales cada dos años y la vigilancia de su desempeño. Se creó la Contraloría General de Cuentas Locales, con potestad de aprobar el presupuesto de ingresos y gastos municipales y de autorizar contratos y obras públicas. Se establecieron cuotas para el presupuesto municipal: un 35% para gastos administrativos, 40% para obras y servicios públicos, 10% para salud y 5% para gastos varios.

Las alcaldías de Ometepe se mantuvieron bajo el control de los liberales hasta 1948, cuando se firmó un acuerdo entre Somoza y el líder conservador Cuadra Pasos a fin de superar la crisis política del momento. Este pacto le permitió al Partido Conservador designar a los gobiernos municipales en los departamentos donde había ganado en las elecciones de 1932, como fue el de Rivas. Hay que recordar que los conservadores fueron el principal partido de oposición al régimen liberal somocista, debido a que generalmente protestaba por los fraudes electorales y amenazaba con acciones armadas, pero sus dirigentes terminaban pactando con el gobierno a cambio de cargos en las instituciones del Estado.

En Ometepe las finanzas municipales mejoraron en la década de 1940, debido a la demanda estadounidense de productos alimentarios y materias primas durante la segunda guerra mundial y los años siguientes. La economía nacional se revitalizó con el auge agroexportador de productos como algodón, azúcar, café, ganado, ajonjolí, tabaco. Esto le permitió al gobierno nacional aumentar sus ingresos y disponer de recursos para sus inversiones y programas; también mejoraron los ingresos de las alcaldías isleñas. Las instituciones del Estado aumentaron rápidamente su personal, pasando de 9,837 empleados en 1945 a 15,772 en 1956; en ese periodo se duplicó el personal que trabajaba en educación y se triplicó en el área de salud. Esto repercutió en los municipios isleños, que vieron incrementados los servicios de educación y salud, así como las transferencias del gobierno central.

Sin duda la ampliación del empleo estatal benefició principalmente a los simpatizantes del partido de gobierno, como señala un estudio sobre el régimen de Somoza: “Para conseguir un empleo público se requería una recomendación de una autoridad. La persona beneficiada con un cargo público debía apoyar al régimen o al menos, abstenerse de criticarlo” (Walter, 2004, p. 149).

Los programas del gobierno no beneficiaban por igual a toda la población, ya que los líderes locales del Partido Liberal estaban a cargo de la distribución de los programas sociales del gobierno. Como señala Walter:

En la práctica los miembros del partido recibían un trato preferencial en la distribución de asistencia económica y social del Estado. A cambio de esas prebendas, el miembro del partido a nivel local debía actuar como los ojos y oídos del partido (Walter, 2004, p. 160).

El auge agroexportador aceleró la concentración de tierras en manos de ricos empresarios, mientras que el campesinado era expulsado de las tierras que trabajaba mediante distintos mecanismos, por ejemplo, la venta forzada, el soborno de jueces y la fuerza de la Guardia Nacional (GN). Ya mencionamos que en Ometepe el mayor latifundista fue Anastasio Somoza, quien se apropió de unas 4,000 mz en la zona del volcán Maderas para dedicarlas a la ganadería y el café. En todo el país Somoza fue acaparando fincas, viviendas, lotes y empresas a un ritmo vertiginoso: entre 1940 y 1945 adquirió cada mes una nueva propiedad, según demuestra el minucioso estudio realizado por María D. Ferrero sobre los Somoza. Esta investigadora aclaró cuáles fueron las bases de su poder: “Con el apoyo incondicional de EEUU, el aparato represivo de la Guardia Nacional, su inserción en los centros económicos del país y los pactos con los opositores, los Somoza sustentaron su poder durante cerca de medio siglo” (Ferrero, 2012, p. 54).

En Ometepe se observaron las mismas formas de control ciudadano que ejercían los Somoza en todo el país: a través de la GN, los jueces de mesta, los líderes liberales y los colaboradores. La GN tenía un destacamento armado en Moyogalpa y otro en Altagracia, manejaba un aparato de radiocomunicación y el servicio de correo, controlaba la producción y venta de licor, velaba por el cumplimiento de las leyes y protegía a los terratenientes. Así sucedió en 1942, cuando la GN reprimió a las comunidades indígenas de Altagracia y asesinó a veinte personas que se oponían a ser expulsadas de sus tierras ancestrales (Gould, 1977). Los Somoza mantuvieron siempre la jefatura de la GN y cultivaron una relación personal con los oficiales, a quienes otorgaron salarios atractivos, beneficios sociales, planes de vivienda y cargos en instituciones de gobierno, además de que se les permitió enriquecerse por medios lícitos o ilícitos (Millet, 2006).

Los jueces de mesta o jueces de cañada eran terratenientes liberales que dirimían los conflictos que surgían en su territorio, vigilaban a los opositores y mantenían el orden. Además había colaboradores del régimen que eran simpatizantes del Partido Liberal, a quienes se les permitía portar armas; ellos colaboraban con la GN y con las autoridades locales a cambio de prebendas.

En el ámbito de la sociedad civil, en este periodo continuaron su labor las organizaciones religiosas, principalmente la Iglesia católica, con sus comités parroquiales. También aparecen en la isla las primeras expresiones de religiosidad protestante, como la Iglesia bautista. La comunidad indígena de Urbaite-Las Pilas mantuvo su organización a pesar de las interferencias de los gobiernos municipales y la represión de la GN. En la década de 1970 aparecen nuevas organizaciones civiles, como las cooperativas de crédito y servicios promovidas por el Instituto Nicaragüense de Desarrollo (INDE) y una organización de atención y educación para niños huérfanos: el Centro Infantil Cristiano Nicaragüense (Cicrin).

Cambios políticos en las décadas de 1980 y 1990

Luego del derrocamiento del último Somoza, se produjo un cambio radical en las instituciones del Estado, muchos funcionarios del régimen se fueron del país,

la GN desapareció y se crearon el Ejército Sandinista y la Policía Sandinista. En Ometepe las autoridades locales fueron reemplazadas por Juntas Municipales de Reconstrucción (JMR), integradas por personas ajenas al régimen anterior y afines a los grupos que triunfaron en julio de 1979 liderados por el FSLN y que formaban parte de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional.

Los nuevos gobiernos municipales asumieron las tareas del registro civil, la recaudación de impuestos, las campañas de limpieza y la Cruzada de Alfabetización. En una primera etapa existía una alta rotación de funcionarios en las alcaldías, por la falta de experiencia y de fondos para los gastos, mientras se multiplicaban las demandas de la población y faltaba claridad para definir las funciones de las JMR. Con la creación de la Secretaría de Asuntos Municipales en 1980, los gobiernos locales empezaron a recibir asesoría técnica y fondos para cubrir el salario básico de algunos funcionarios. Los coordinadores de las JMR de Moyogalpa y Altagracia se reunían periódicamente con representantes de otras Juntas del Depto. de Rivas para compartir experiencias y plantear sus demandas al gobierno central (Downs, 1985).

Paralelamente, en todas las comunidades de Ometepe se formaron los Comités de Defensa Sandinista (CDS) con personas interesadas en colaborar con el nuevo gobierno. Los CDS asumieron diversas tareas: las campañas de limpieza, la alfabetización y educación de adultos, la distribución de tarjetas por familia para comprar los artículos básicos en las “Tiendas Populares”, la vigilancia de las comunidades, el otorgamiento de avales para hacer gestiones en el gobierno o para conseguir un empleo, el reclutamiento para las milicias y el servicio militar. En coordinación con el Minsa, los brigadistas de salud de los CDS colaboraron en las campañas periódicas de vacunación de niños y de prevención del dengue y la malaria (Serra, 1985).

La Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) organizó los sindicatos de trabajadores en la empresa estatal Pikin Guerrero en Mérida, así como las primeras cooperativas campesinas que luego de 1981 pasaron a formar parte de la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos (UNAG). La UNAG formó consejos municipales y comisiones de producción en Moyogalpa y Altagracia, integrados por representantes de los productores individuales y de las cooperativas, que se reunían periódicamente para analizar sus problemas y plantear demandas a las instituciones del Estado.

La UNAG tuvo un papel importante en la implementación de la reforma agraria en Ometepe, la gestión de créditos, insumos y equipos a los productores, la distribución de bienes de consumo en zonas rurales, y la organización de cooperativas y de asociaciones de plataneros y arroceros. Otras organizaciones civiles de afiliación sandinista que tuvieron presencia en los años 80 en la isla fueron la Asociación de Mujeres Luisa Amanda Espinosa (Amnlae), el sindicato de maestros (Asociación Nacional de Educadores de Nicaragua, Anden) y el sindicato de trabajadores de la salud (Fetsalud). Por su parte se mantuvo la organización de las comunidades indígenas de Urbaite-Las Pilas y la presencia mayoritaria de la Iglesia católica, pero en esa década surgieron en la isla nuevos grupos evangélicos pentecostales que atrajeron a un sector de la población local.

A finales de la década de 1980 las organizaciones sandinistas habían perdido

buena parte de sus bases debido a varias razones: la falta de respuesta a las demandas de sus miembros en un contexto de crisis económica, la priorización de las tareas militares y el verticalismo en su funcionamiento. Como señalan Saravia y Morín:

Los líneas del gobierno y del partido han regido hasta ahora el funcionamiento de las organizaciones de masas, las cuales ha perdido su autonomía relativa y han adoptado estilos verticales de trabajo que generan un debilitamiento de la autogestión y participación de la base (Saravia & Morín, 1990, p. 65).

Durante los primeros años, el gobierno nacional amplió el presupuesto estatal destinado a mejorar los servicios públicos y gratuitos de educación y salud, cuyos beneficios se sintieron en Ometepe. Sin embargo, los programas sociales y las transferencias a los municipios decayeron a medida que se agudizaba la guerra y la crisis económica en el país. El estudio de Thomas Walker muestra que, con la llegada a la presidencia de Ronald Reagan (1981-1989):

El gobierno norteamericano impuso un bloqueo económico a Nicaragua que significaba el corte del comercio, el retiro de compañías como la Standard Fruit, el veto a préstamos en el Banco Mundial y Banco Interamericano de Desarrollo. La operación de la Central de Inteligencia Americana (CIA) en reclutar, armar, entrenar, armamento y lanzar a los “contras” dentro de Nicaragua había escalado rápidamente de una fuerza de 500 en 1981 a 15,000 en 1984. La intervención directa de la CIA fue evidente en la destrucción de los depósitos de combustible de Corinto en 1983 y el minado de los puertos en 1984 (Walker, 2002, p. 49).

En 1982 el gobierno nacional aprobó un plan de descentralización para mejorar la eficiencia del Estado, la coordinación interinstitucional y la comunicación con la población. Ometepe pasó a formar parte de la Región IV, cuya sede estaba en Granada, donde se establecieron delegaciones de las instituciones estatales. Las JMR perdieron funciones, mismas que fueron asumidas por el gobierno regional, por las delegaciones de ministerios y por el FSLN. En la isla se creó una zona conformada por los municipios de Altagracia y Moyogalpa, de modo que se estableció una sola oficina como delegación zonal de cada ministerio del gobierno central para atender los dos municipios²⁴.

Años más tarde, las JMR fueron reemplazadas por un alcalde designado por el gobierno nacional junto con un consejo municipal, como lo estableció la Ley de Municipios aprobada en 1987. Un estudio realizado en los municipios de Altagracia y Moyogalpa en 1988 indicaba que

24 En la isla había delegaciones de las siguientes entidades: Ministerio de Desarrollo Agropecuario y Reforma Agraria (Midinra), Ministerio de Comercio Exterior (Micoín), Empresa Nacional de Abastecimiento (Enabas), Ministerio de Educación, (MED), Instituto de Energía (INE), Empresa de Agua (Enacal), Policía Sandinista (PS).

El Alcalde tiene el poder de decisión. Se apoya en un Consejo Municipal, son miembros el delegado del FSLN (con mucha influencia) miembros del comité de las comunidades, miembros de las organizaciones de masas (JS y UNAG) y de la iglesia (Centro de Investigaciones Pedagógicas, 1989, p. 58).

Los alcaldes de la Región IV se reunían mensualmente en una asamblea de alcaldes para analizar la situación de sus municipios y acordar formas de colaboración entre municipios, así fue que Moyogalpa consiguió la donación de un cine por parte de la alcaldía de Granada. Según este estudio realizado a fines de la década de 1980: “La isla ha llegado a ser influenciada muy poco por la revolución, las actividades políticas son mínimas. Es notoria la influencia de un programa radial de la contra desde Costa Rica (CIP, 1989, p. 58).

Las elecciones de 1990 las ganó la alianza de partidos Unión Nacional Opositora (UNO) a nivel nacional, lo mismo que en Ometepe. La mayoría de los cinco concejales electos en los municipios de Altagracia y Moyogalpa eran miembros de partidos que integraban la UNO, quienes nombraron al alcalde y al vicealcalde; en minoría quedaron los representantes del FSLN. En las siguientes elecciones (1996) el alcalde y el vicealcalde fueron electos de forma directa por los ciudadanos; el partido ganador en ambos municipios fue la Alianza Liberal (AL), seguido del FSLN, el Partido Conservador (PC) y el Partido Proyecto Nacional (Pronal). En las elecciones municipales del 2000, en Moyogalpa ganó el PC, seguido del Partido Liberal Constitucionalista (PLN) y el FSLN, mientras que en el municipio de Altagracia triunfó por escaso margen el FSLN, seguido del PLC y el PC. La abstención en las elecciones del 2000 fue elevada (35%), porque sólo se escogían autoridades municipales (las elecciones a nivel nacional fueron en 2001) y la población no le dio tanta importancia como a la votación de autoridades nacionales.

Cuadro 13: Resultados de elecciones municipales en Moyogalpa y Altagracia

Año 1990	Municipio	Inscritos	Votaron %	UNO %	FSLN %	Otros partidos %		
	Moyogalpa	4,149	91.6	61.5	38.0	0.5		
	Altagracia	7,477	92.5	53.6	46.1	0.3		
1996				AL	FSLN	PC	Pronal	Otros
	Moyogalpa	5,196	87.2	44.4	23.9	9.7	7.3	14.7
	Altagracia	9,745	81.2	45.3	28.5	3.9	5.4	16.9
2000				PLC	FSLN	PC	Otros	
	Moyogalpa	6,328	64.6	32.0	27.7	39.9	0.4	
	Altagracia	10,944	65.3	42.1	42.5	11.8	3.6	

Fuente: Ipade 2006, según cifras oficiales del Consejo Supremo Electoral.

De ordinario los consejos municipales se reunían mensualmente. En las comunidades se nombraba un “alcaldito” o auxiliar del alcalde, cuya tarea era transmitir información de la alcaldía a la población y recoger las demandas de las comunidades para plantearlas al gobierno. Otras vías de comunicación con la población eran las visitas del alcalde a las comunidades, así como los cabildos municipales donde se debía presentar el presupuesto y su ejecución.

Las competencias de los gobiernos municipales establecidas por ley y aumentadas por las políticas de descentralización del Estado no podían cumplirse a cabalidad dada la limitación de recursos. Por tanto, las alcaldías sólo cumplían el control del registro civil en coordinación con el Consejo Supremo Electoral, el manejo del cementerio, la recolección de basura en la cabecera municipal y el registro de fierros. Otras funciones, como la construcción y mejoramiento de calles, dependían de los proyectos que tuvieran los ministerios nacionales y de las transferencias del gobierno central, que representaban menos del 2% del presupuesto nacional, siendo el más bajo de Centroamérica.

Las alcaldías de Moyogalpa y Altagracia estaban organizadas internamente en cuatro áreas: dirección, administración y finanzas, servicios municipales y registro civil. En 1996 trabajaban en la alcaldía de Altagracia 19 empleados, y en Moyogalpa 16. La principal fuente de ingresos propios era el impuesto por ventas y servicios, luego seguían las tasas por servicios públicos y en tercer lugar el impuesto de bienes inmuebles. Las transferencias del gobierno central en 1996 representaban un 56% del presupuesto del gobierno municipal de Moyogalpa y un 31% del de Altagracia (Inifom, 1996).

El peso de los fondos propios en las alcaldías se mantuvo bajo durante toda la década, dada la escasa cantidad de isleños que contribuían al presupuesto municipal, como podemos observar en el siguiente cuadro.

Cuadro 14: Cantidad de contribuyentes. Ometepe 1998

Municipio	Impuesto ventas	Impuesto rodamiento	Impuesto inmuebles	Uso tierras ejidales	Total
Moyogalpa	130	95	91	125	441
Altagracia	242	509	289	326	1366
Total	372	604	380	451	1807

Fuente: ROCO, 1999.

En 1995 los gobiernos municipales de Altagracia y Moyogalpa aprobaron el Plan de Ordenamiento Territorial elaborado por Ineter, y en 1996 aprobaron el Plan Maestro de Ometepe, elaborado por Inifom; sin embargo la ejecución de ambos planes fue mínima. Los principales problemas de las alcaldías de Ometepe, según señaló Inifom en su diagnóstico de 1996, fueron la falta de recursos, la falta de personal calificado y la escasa participación ciudadana en la elaboración de presupuestos (Inifom, 1996).

En esta década se establecieron en la isla diversas instancias de coordinación interinstitucional para unir esfuerzos en la resolución de problemas locales, tales como:

- *Gabinetes Municipales*, coordinados por la alcaldía y en los que participaban los delegados de instituciones del gobierno central.
- *Comisión del Medio Ambiente*, coordinada por Marena y en la que participaban alcaldías, delegaciones del gobierno nacional y organizaciones civiles.
- *Comisión Cívica Jurídica*, coordinada en cada municipio por el juzgado local y en la que participaban instituciones de gobierno y organizaciones civiles.
- *Comisión de Salud*, coordinada por el Minsa en cada municipio con participación de alcaldías, agentes comunitarios y organizaciones civiles.
- *Comité de Emergencias*, coordinado por Defensa Civil del Ejército con la participación de todas las instituciones de gobierno y organizaciones civiles.

En la década de 1990 funcionaban en las comunidades de Ometepe diversas organizaciones civiles que trataban de satisfacer las necesidades e intereses de la población. Unas organizaciones eran de carácter económico, como las cooperativas y los comités de crédito, otros de índole espiritual, como las Iglesias, algunas eran de tipo educativo, como los comités escolares de padres de familia. Además había organizaciones civiles que velaban por el agua potable, la salud comunitaria, el medio ambiente, los derechos humanos, las comunidades indígenas, los deportes y la recreación. En esta década continuó el crecimiento de grupos religiosos evangélicos, que aglutinaban un 10.2% de la población isleña, según el censo de 1995.

En esta década, las organizaciones isleñas se fortalecieron con el acompañamiento brindado por organismos de desarrollo tales como la Fundación Entre Volcanes, la Asociación Islas Hermanas y el Proyecto Alemania-Ometepe, y que contaban con el financiamiento de diversas agencias de cooperación internacional. En 1998 se conformó la Red de Organizaciones Civiles de Ometepe (ROCO), con la participación de 32 organizaciones isleñas, con el fin de intercambiar experiencias y coordinarse en acciones conjuntas para el desarrollo local.

Gran parte de la población isleña participaba en alguna de las organizaciones existentes, principalmente en grupos religiosos, cooperativas y proyectos de desarrollo. La mayoría de los miembros y directivos eran varones adultos, mientras que las mujeres participaban sobre todo en organizaciones religiosas y en la Asociación de Mujeres de Ometepe (AMO), esto debido a las limitaciones de género socialmente establecidas que restringían su accionar al ámbito familiar y las subordinaban a las decisiones de los hombres. Los jóvenes tenían menor presencia en organizaciones de adultos, pero participaban en grupos deportivos, culturales y juveniles tales como la Asociación Movimiento Juvenil de Ometepe (Amojo). Hay que destacar el aporte del sacerdote Roberto Smith, párroco de Moyogalpa, quien impulsó un trabajo pastoral amplio creando grupos juveniles comunitarios, una unión de cooperativas agrícolas y el instituto de secundaria

en la cabecera municipal.

Un diagnóstico de las organizaciones civiles isleñas realizado a fines de la década señaló que todas las organizaciones tenían comunicación e intercambios con las instituciones locales, en particular con las alcaldías. También habían establecido relaciones con redes nacionales de la sociedad civil. Entre las dificultades identificadas en el estudio se destaca la escasez de recursos económicos y de recursos humanos calificados, las dificultades de comunicación y movilización, la falta de información sobre la realidad nacional, el débil reconocimiento de algunas instituciones de gobierno y el desinterés de la población que vivía en situación de pobreza y abocada a su sobrevivencia (Denvers, 2000).

4.- Educación, salud y medio ambiente en Ometepe

109

Cambios en la educación

A inicios del siglo XX muy pocas personas en Ometepe sabían leer y escribir, y era contada la gente que había completado la educación primaria o secundaria fuera de la isla. En esos años surgen los primeros maestros en los poblados de Altagracia y Moyogalpa. Eran personas alfabetizadas que tenían vocación y tiempo para enseñar en alguna casa particular las primeras letras y la aritmética básica a los niños de su comunidad; algunas cobraban una cuota, otras colaboraban de forma voluntaria. En las cabeceras municipales los sacerdotes abrieron escuelas parroquiales para enseñar a los niños lectoescritura, aritmética y catecismo (Silva, 2002).

Según el Censo Nacional de Población de 1920, más de la mitad de la población isleña no sabía leer y escribir: un 57% en Moyogalpa y un 61% en Altagracia eran personas analfabetas. En ese año se identificaron en Altagracia sólo 58 niños y adolescentes que eran estudiantes, y 137 en Moyogalpa. El censo encontró solamente seis maestros en la isla, lo cual demuestra el escaso desarrollo de la educación.

La educación de los niños era una tarea que realizaban los adultos en la familia y los sacerdotes en la iglesia; de esta forma aprendían el catecismo y los rezos, las leyendas y tradiciones, las normas morales que debían regir su conducta: ser honrado, sincero, responsable, humilde, obedecer a sus padres, respetar a los mayores y temer a Dios. Las niñas aprendían de su madre y su abuela a realizar las tareas domésticas, mientras los niños practicaban con su padre las labores del campo.

Gracias a la iniciativa de los padres de familia surgieron las primeras escuelas públicas en las comunidades más pobladas de la isla, como fueron Moyogalpa, Altagracia, Esquipulas, Los Ángeles, Urbaite. La comunidad aportaba la mano de obra y los materiales locales para la construcción, y algún vecino donaba el terreno. Los maestros enseñaban a leer y escribir a los niños, además de la aritmética básica; a los indisciplinados se les castigaba con un varejón. Durante la primera mitad del siglo fue escaso o inexistente el aporte financiero y técnico del gobierno. Hasta la década de 1950 sólo había un inspector de instrucción

pública en Ometepe, nombrado por el gobierno, con la función de distribuir los programas de estudio y supervisar el funcionamiento de las escuelas. En Altagracia se destaca en la década de 1950 la labor del sacerdote Ladislao Chwalbinsky, quien promovió la educación de la niñez (Silva, 2002).

La mayor parte de los alumnos en las primeras escuelas fueron varones, porque se pensaba que a las niñas les bastaba con aprender los oficios domésticos. Otra razón era el temor de que las hijas sufrieran alguna agresión en el camino a la escuela, que solía quedar lejos de la casa.

El Censo Nacional de Población de 1950 recogió información sobre la situación de la educación en el Departamento de Rivas: en ese año un 47.4% de la población mayor de 10 años era analfabeta, y sólo un 21% de las personas entre 6 y 24 años asistían a la escuela. No se publicaron datos a nivel municipal, pero estimamos que a mediados del siglo XX la situación en la isla era similar al resto del departamento.

Las oportunidades educativas se ampliaron en el país durante la década de 1960, con las iniciativas del Ministerio de Educación Pública y el programa Alianza para el Progreso impulsada por el gobierno estadounidense. En esos años se implementó en Ometepe un proyecto de formación de maestros empíricos, se organizaron Patronatos Escolares para promover la participación comunitaria en la educación y se construyeron nuevas escuelas en varias comunidades. En 1968 se abrió el primer centro de educación secundaria en Altagracia, y posteriormente en Moyogalpa (Silva 2002).

El Censo Nacional de Población de 1971 brindó información sobre el analfabetismo y la escolaridad en Ometepe, mostrando que todavía existía un bajo nivel de acceso a la educación pública en esos años. Un poco más de la mitad de la población no sabía leer ni escribir: 51.5% en el municipio de Altagracia y 53.8% en el municipio de Moyogalpa, es decir, un avance mínimo respecto a la situación de 1920.

El Censo de 1971 mostró que un 55% de la población mayor de 6 años nunca acudió a la escuela. Del 45% restante que alguna vez asistió a un centro escolar, la mayoría no completó la primaria, un 32% alcanzó hasta 3° de primaria, un 11% logró entre 4° y 9° nivel, y sólo unos pocos lograron alcanzar niveles superiores. El nivel era mayor en los hombres que en las mujeres, y en las cabeceras municipales era mayor que en las comarcas rurales. Así mismo, la población de Moyogalpa tenía mejor nivel escolar que la de Altagracia.

Luego del derrocamiento de Somoza (19 julio 1979) se realizó un Censo de Analfabetismo, por el que se supo que en Ometepe un 39.5% de la población mayor de 10 años no sabía leer ni escribir, cifra menor que en 1971, lo cual demuestra que hubo un avance durante la década de 1970. El siguiente cuadro muestra que a fines de 1979 el analfabetismo era mayor en las comarcas rurales que en las cabeceras municipales, y más elevado en Moyogalpa que en Altagracia.

Cuadro 15: Analfabetismo en personas mayores de 10 años. Ometepe 1979

Municipios	Zona urbana	Zona rural	Total
Altagracia	27.9%	44%	36%
Moyogalpa	38.2%	48%	43 %
Total	33%	46%	39.5%

Fuente: INEC, Censo de Analfabetismo, octubre 1979.

La Cruzada Nacional de Alfabetización, realizada entre marzo y agosto de 1980, redujo el analfabetismo en la isla a un 5.5%; es decir, el 94.5% de las personas mayores de 10 años aprendió a leer y escribir. Además, esta Cruzada despertó la conciencia de la juventud sobre la situación de pobreza de la población rural y permitió el acercamiento entre jóvenes de las ciudades y las familias campesinas de todo el país. En 1981 el Ministerio de Educación (MED) abrió un programa de educación de adultos para que las personas alfabetizadas pudieran terminar el nivel primario; sin embargo, la deserción fue elevada y a fines de la década volvió a repuntar el analfabetismo en Ometepe a un 25%, por falta de práctica de la lectoescritura (CIP-UNAN, 1989).

En la década de 1980 se registraron avances en el sistema educativo isleño: se estableció un programa de formación de maestros, se modificó el plan curricular de primaria y secundaria, se amplió la cobertura escolar con la construcción de nuevas escuelas primarias (San José Norte, Mérida, San Ramón, Tichana, San Pedro, Corozal, San Miguel, Sintiope) y la creación de las “escuelas campesinas” donde se abordaban temas de agricultura; además, en las cabeceras municipales se iniciaron programas de educación preescolar y centros de desarrollo infantil.

Cuadro 16: Servicios de educación pública. Ometepe 1987

Nivel educativo	Nº centros	Nº docentes	Nº estudiantes
Educación primaria	25	157	4,115
Educación secundaria	2	28	686
Colectivos educación popular	154	182	1,289
Escuelas campesinas	3	7	127
Educación preescolar	8	8	394

Fuente: CIP-UNAN-MED IV Región, 1989.

Los centros educativos estaban distribuidos en nueve Núcleos Educativos Rurales que dependían de las delegaciones municipales del MED (una en Altagracia y otra en Moyogalpa), las cuales tenían a su cargo la dirección, asesoría y seguimiento de los centros educativos isleños, bajo la coordinación de la sede del MED Región IV ubicada en Granada.

Pese a los avances en la materia, los niveles alcanzados por la población

isleña eran bajos. Según una encuesta realizada en 1987, sólo un 0.2% de la población había realizado estudios universitarios, un 2.4% había completado la secundaria, un 6% el ciclo básico y un 13.4% la primaria completa. Los principales problemas eran una elevada deserción escolar, un alto nivel de empirismo de docentes (66%), la mayoría de escuelas primarias (56%) ofrecían sólo hasta tercer grado, faltaban materiales didácticos y era escasa la vinculación de las materias con la realidad isleña. Otros obstáculos eran la pobreza de muchas familias numerosas, que les impedía comprar los uniformes y útiles escolares a todos sus hijos, además de las grandes distancias para llegar a las escuelas, los bajos salarios de sus docentes y el exceso de alumnos por nivel (CIP-UNAN, 1989).

Entre los factores adversos a nivel nacional para el desarrollo educativo en esa década se pueden mencionar las limitaciones presupuestarias del gobierno, derivadas de la situación de guerra y del bloqueo comercial impuesto por los Estados Unidos, así como la creación del servicio militar obligatorio, que provocó que muchos jóvenes abandonaran sus estudios, sea para cumplir ese deber o para emigrar a otro país.

En la década de 1990 se agravaron las limitaciones del presupuesto estatal destinado a la educación pública, por lo que los padres de familia tuvieron que aportar al mantenimiento de los centros dentro de un “régimen de autonomía” que llevó a formar un Consejo Escolar integrado por padres, docentes, estudiantes y dirección como máxima autoridad de los centros. Por otro lado, se cambiaron los planes curriculares y los textos escolares, y se redujo el personal del MED, lo que repercutió en los programas de formación y asesoría a los docentes.

Con todo y estas limitantes, ante la demanda de la población y con su aporte, se abrieron nuevos centros educativos de ciclo básico de secundaria en La Flor y Balgüe. A fines de la década, se inició en Ometepe un Programa de Alfabetización y Educación de Adultos (Paebanic) con apoyo de la cooperación española, para impartir lectoescritura y aritmética básica a las personas que no pudieron asistir a la escuela.

El nivel de analfabetismo que reporta el censo de 1995 en Ometepe para las personas mayores de 15 años, es de 24.5%. Un poco mayor en el municipio de Altagracia (26.2%) que en el de Moyogalpa (22.8%); también era mayor el analfabetismo en las mujeres que en los hombres. Así mismo hay diferencias según el lugar de residencia: quienes vivían en las zonas urbanas de las cabeceras municipales tenían un menor nivel de analfabetismo que los habitantes de zonas rurales.

Al momento del censo de 1995, un 87% de los niños entre 7 y 12 años asistía a la escuela primaria en el municipio de Moyogalpa, y un 84.4% en Altagracia. Sin embargo, la asistencia de adolescentes entre 13 y 17 años al colegio secundario era mucho menor: un 54.7% en Moyogalpa y un 53.2% en Altagracia. Esto debido a los pocos colegios existentes y a las distancias que debían recorrer para llegar al centro más cercano, además de la necesidad que tenían de incorporarse al trabajo familiar en el hogar y en el campo.

El Cuadro 17 muestra que para 1995 casi la mitad de la población isleña de 15 o más años había completado la escuela primaria. En el nivel secundario

se observa una diferencia entre el municipio de Moyogalpa, donde 20.8% completó la secundaria, mientras que en Altagracia sólo un 13.1%. Por otro lado, era mínima la cantidad de personas que tenían un título técnico (básico, medio o superior) y menor aún el número de graduados universitarios. El resto de la población no tuvo nunca acceso a un centro escolar. Se mantuvo la diferencia histórica por género y lugar de residencia: los niveles de instrucción en 1995 eran menores en las mujeres que en los hombres; así mismo, eran más bajos en las comarcas rurales que en las cabeceras municipales.

Cuadro 17: Nivel de instrucción de jóvenes y adultos. Ometepe 1995

Nivel educativo	Municipio Moyogalpa	Municipio Altagracia
Primaria	48.6%	47.0%
Secundaria	20.8%	13.1%
Técnico	2.2%	2.5%
Universitario	1.1%	0.7%

Fuente: Censo Nacional 1995.

En la década de 1990 surgieron en la isla varias organizaciones civiles que impulsaron proyectos de desarrollo con un fuerte componente de educación y con apoyo de agencias de cooperación externa. Se destaca la Fundación Entre Volcanes (FEV), que implementó múltiples acciones educativas con distintos actores locales. Su metodología consistía en talleres teórico-prácticos enfocados al fortalecimiento de capacidades para impulsar el desarrollo humano y sostenible de sus comunidades. Los ejes de todas las acciones educativas de la FEV eran la equidad entre géneros y generaciones, los derechos humanos, la participación ciudadana y la protección del medio ambiente. Los principales temas que se abordaron con los grupos priorizados fueron los siguientes:

- Con *los y las jóvenes*: se abordaron temas de comunicación, relaciones personales, sexualidad y prevención de enfermedades, derechos de la niñez y juventud, resolución de conflictos, medio ambiente, ecoturismo, manejo de iniciativas económicas, elaboración de proyectos, liderazgo.
- Con *los agricultores*: se experimentaron diversas técnicas de agricultura orgánica y sostenible (conservación de suelos y aguas, abonos verdes y orgánicos, manejo integrado de plagas), planificación de fincas, diversificación y rotación de cultivos, cálculo de costos, comercio justo, liderazgo y organización.
- Con *las mujeres*: se desarrollaron capacidades sobre medicina natural, manejo de huertos, crianza de animales, nutrición y prevención de enfermedades, comunicación, liderazgo, iniciativas económicas, derechos de las mujeres, salud sexual y reproductiva (FEV, Informes de proyectos 1991-2000).

Según datos del MED, en 1998 se matricularon en las escuelas primarias un total de 5,695 estudiantes, lo que representa un 76.5% de los niños y niñas entre 5 y 14 años, es decir que quedaron fuera de las aulas 2,255 niños (33.5%). En secundaria la matrícula fue menor: 1,349 adolescentes entre 15 y 19 años, lo que representa un 42.1% del total, dejando sin atender a 1,854 adolescentes (57.9%). Desagregados por sexo, había más estudiantes varones que mujeres: en primaria 53.9% eran varones y en secundaria 50.7% (ROCO, 1999).

Entre las principales razones que explican la ausencia de muchos niños y adolescentes en los servicios educativos hay que considerar la falta de centros escolares cercanos a su casa, especialmente a nivel secundario, y la pobreza de las familias, que les impedía asumir los costos de educación de sus hijos y les obligaba a ponerlos a trabajar desde tierna edad.

Cuadro 18: Servicios de educación. Ometepe 1998

Municipios	Educación primaria			Educación secundaria		
	Estudiantes	Docentes	Centros	Estudiantes	Docentes	Centros ²⁵
Moyogalpa	2,148	57	8	551	14	2
Altagracia	3,746	112	13	798	21	3
Total	5,695	1,349	21	1,349	35	5

Fuente: MED, 1998.

Además de la falta de acceso a la educación primaria para un tercio de los niños —y en secundaria para la mitad de los adolescentes—, hay que tener en cuenta la deserción escolar que ocurría durante el año debido a varios motivos: las enfermedades infantiles, las lluvias que dificultaban el trayecto hasta la escuela y la necesidad de colaborar con los faenas familiares en el campo y en el hogar.

Por otro lado, el rendimiento escolar era insatisfactorio; según el MED a finales del primer semestre de 1998 un 30% de los estudiantes de primaria no había aprobado el curso, y un 51.5% de los estudiantes de secundaria había reprobado alguna materia. Sin embargo, la política de promoción automática permitía que todos los estudiantes resultaran aprobados aunque no hubieran cumplido los requisitos académicos. En esta problemática influía la falta de textos escolares y de materiales didácticos, el empirismo de muchos docentes y la sobrepoblación de las aulas (ROCO, 1999).

Muy pocos bachilleres tenían oportunidad de seguir una carrera universitaria, por los costos que implicaba el traslado fuera de la isla. Se ofrecían carreras técnicas en la Escuela de Agricultura de Rivas y en el Instituto Tecnológico de Granada. Recién en 1997 se abrieron algunas carreras universitarias en Rivas, en modalidad sabatina. En 1999 se abrió en Balgüe un Centro Técnico Vocacional reconocido por el Instituto Nacional de Educación

25 En 1999 se abrió un ciclo básico de secundaria en Mérida.

Técnica (Inatec), que ofrecía formación en agricultura sostenible, corte y confección, y construcción (FEV, 2000).

Evolución de los servicios de salud

A inicios del siglo XX no había médicos en Ometepe, los problemas de salud eran atendidos por curanderos que aprendieron sobre las enfermedades comunes y las plantas medicinales a través de la transmisión oral de ancianos y de su experiencia personal. Así mismo, en las comunidades había sobadores que atendían los problemas de huesos y articulaciones, además de las comadronas o parteras que cuidaban a las mujeres embarazadas y los partos.

En la mayoría de las familias, las mujeres de mayor edad usaban plantas medicinales que cultivaban en sus patios para distintas dolencias; era común usar zacate de limón con miel para la tos, la cáscara de quina o de *hombregrande* para la fiebre, el apazote para los parásitos, el naranjo agrio para los nervios, la sábila para las heridas, las hojas de mango para la inflamación de articulaciones, el agua de coco para los riñones, la caña fistula para la sangre, la hierbabuena para problemas de estómago. En los años 30 llegaron a la isla algunos productos farmacológicos que fueron adoptados por los curanderos, como yodo, magnesina, quinina, polvo bórico, jarabes (Silva, 2002).

Una función de los gobiernos municipales, estipulada en las Constituciones de 1893 y 1911, era atender la salud, la higiene y la salubridad pública. Así mismo, el reglamento de Policía contenía normas para mantener la higiene pública; por ejemplo, se sancionaba el acto de botar basuras o animales muertos en las calles. Desde 1915 se implementaron en Nicaragua campañas contra la parasitosis intestinal, con apoyo de la Fundación Rockefeller, y en los años 30 se ampliaron esas campañas para combatir la fiebre amarilla, el paludismo y la tuberculosis (Peña, 2014).

Las enfermedades más comunes en las primeras décadas del siglo eran las infecciones respiratorias y la diarrea causada por parásitos. Entonces no existían pesticidas para erradicar plagas —como zancudos, piojos, pulgas, ladillas, niguas, garrapatas— que abundaban y transmitían enfermedades. La falta de higiene era un factor de riesgo, causado por el mal manejo de los alimentos y el agua, así como por el hacinamiento de las familias numerosas en casas pequeñas donde también habitaban animales domésticos. La precariedad de las viviendas repercutía en la salud de sus moradores: los techos de palma o zacate acumulaban insectos; las paredes de caña o palma no impedían el paso del agua, del viento y del polvo; en los pisos de tierra se acumulaban vectores de enfermedades que penetraban en la piel al caminar descalzo. El trabajo de cocinar con leña, faena de las mujeres, les ocasionaba enfermedades respiratorias y oculares.

Eran frecuentes las epidemias de malaria, dengue, tosferina, viruela y sarampión, que afectaban principalmente a la niñez. Según René Vargas, en la Nicaragua de esos años “Cerca del 50% de las defunciones se producían durante la niñez, especialmente los menores de 5 años. Se estima que la mortalidad infantil era de 300 niños por cada 1,000 nacidos vivos” (Vargas, 2001, p. 84).

Desde su ascenso al gobierno, Anastasio Somoza impulsó políticas de salud pública con apoyo estadounidense, para así consolidar su base social, como fueron la construcción de centros de salud en Rivas y en otros departamentos, las campañas contra la tuberculosis, parasitosis y enfermedades venéreas, la creación del servicio social para estudiantes de medicina y la Dirección General de Sanidad bajo la dirección de médicos de la GN; además impuso a las alcaldías la obligación de invertir 10% de su presupuesto en salud pública (Peña, 2014).

En la década de 1950 la expansión en Ometepe de cultivos como el algodón, el ajonjolí y el tabaco tuvo repercusiones negativas para la salud de los trabajadores y de las poblaciones vecinas a las plantaciones. El uso de pesticidas como Nemagon, DDT y Fumazone fue prohibido en Estados Unidos por sus graves efectos tóxicos, pero las compañías Shell y Dow Chemical las vendieron en países del tercer mundo, entre ellos Nicaragua. Al igual que en otras regiones del país, “El uso intensivo de pesticidas y herbicidas dejó graves secuelas en la salud de miles de familias campesinas y, además, causó daños ecológicos irreparables. Anualmente, decenas de trabajadores sufrían diversos grados de intoxicación debido al manejo indebido de estos químicos” (Kinloch 2005, pp. 302-303).

En las décadas de 1950 y 1960 se introdujeron a la isla las vacunas contra el sarampión y los antibióticos para combatir enfermedades infecciosas como la tuberculosis. También se comenzaron a usar insecticidas para erradicar zancudos transmisores de malaria y dengue. En esos años el gobierno estableció los primeros centros de salud atendidos por médicos en las dos cabeceras municipales de Ometepe.

El estudio de Teodora Morales sobre la situación de salud en la década de 1960 reveló que la esperanza de vida era de 50.8 años en el Departamento de Rivas, y que la tasa de mortalidad infantil era de 116 niños por cada 1,000 nacidos vivos. En esos años, las principales enfermedades que aquejaban a la niñez eran diarreas, sarampión, tétano, malaria y afecciones respiratorias (neumonía, bronquitis, asma, tosferina). También los adultos sufrían esas enfermedades y otras, como eran las afecciones cardiovasculares y digestivas, tumores y lesiones por accidentes y violencia (Ciera, 1980).

En la década de 1980 los servicios públicos de salud mejoraron en Nicaragua, ya que el nuevo gobierno incrementó el presupuesto del sector salud, se extendió la cobertura de servicios médicos gratuitos, se construyeron cinco hospitales regionales, 300 centros de salud y 209 unidades de rehidratación oral, se hicieron campañas periódicas de vacunación que erradicaron la poliomielitis y redujeron el sarampión, y periódicamente se realizaban campañas de higiene ambiental y educación nutricional. Estas medidas permitieron aumentar la expectativa de vida de 56 a 59 años, y bajar la tasa de mortalidad infantil de 113 a 64 por cada 1,000 niños nacidos vivos. Sin embargo, el recrudecimiento de la guerra a partir de 1984 trajo una reducción del presupuesto en salud pública y un incremento del número de muertos, heridos y discapacitados entre los jóvenes combatientes de ambos bandos (Kinloch, 2005).

El censo de 1995 mostró las condiciones deficitarias de muchas viviendas en Ometepe, y el escaso acceso a servicios básicos de agua potable y electricidad, lo cual afectaba la situación de salud de las familias. Un 46.4% de las viviendas



Puerto de San Jorge, 1901

en el municipio de Moyogalpa tenían el piso de tierra, mientras que en Altagracia ascendía al 72%; el resto tenía embaldosado o ladrillo. La mayoría de la población isleña se abastecía de agua para consumo doméstico en el lago, en un pozo o en un puesto público; esa agua luego se guardaba en recipientes expuestos al polvo e insectos, sin darle ningún tratamiento. Sólo un 10.7% de las viviendas en el municipio de Altagracia tenían conexión de agua dentro de la casa, y un 17.8% fuera de ella, mientras que en Moyogalpa la situación era un poco mejor, con un 28.4% con agua dentro de la casa y un 35.3% en la parte externa.

En cuanto al suministro de electricidad, un 48.4% de las viviendas del municipio de Altagracia tenían este servicio, y un 68.7% en el de Moyogalpa. Para la disposición de excretas, la gran mayoría de las viviendas en la isla tenían letrinas (82%), sólo algunas tenían inodoro (2.2%) y un sector de la población carecía por completo de servicio higiénico (15.7%). Sin embargo, hay que señalar que las letrinas “aboneras” construidas por el FISE en 1993 no se usaban debido a las dificultades que planteaban, y la mayoría de las letrinas

tradicionales no se mantenían tapadas. Por otro lado, las heces de animales eran visibles alrededor de las casas, ya que muchas familias tenían gallinas, cerdos, perros, gatos y caballos. En 1998 el Minsa estimó un déficit de 1,260 letrinas en la isla, 386 en el municipio de Moyogalpa y 874 en Altagracia, es decir, un 24.6% de un total de 5,120 casas (ROCO, 1999).

Según el Plan Maestro de Ometepe, a mediados de la década de 1990 la mayoría de las viviendas eran precarias y pequeñas para el número de habitantes. Los materiales más utilizados eran techados de zinc, tejas o palma; paredes de madera o de bloques, y piso de tierra. Un 60% de las familias encuestadas tenían una sola habitación en viviendas con un área de 20 a 30 m², donde vivían en promedio siete personas, lo cual refleja una situación de hacinamiento que afectaba las relaciones familiares y la salud, agravada esta por la convivencia con animales (Inifom, 1996).

En cuanto a la salud sexual y reproductiva, durante casi todo el siglo XX lo que predominó fue la falta de educación y los prejuicios, cuyas consecuencias fueron embarazos precoces y no deseados, infecciones de transmisión sexual y carencia de una vida sexual satisfactoria. Los estudios realizados por la FEV en la década de 1990 sobre las mujeres isleñas mostraron que la mayoría ignoraba los riesgos que corrían en su salud reproductiva, tales como tumores, hernias y enfermedades de transmisión sexual. Muy pocas mujeres isleñas se habían realizado alguna vez en su vida una revisión ginecológica, por diversas razones: falta de servicios médicos, desconocimiento, miedo, vergüenza, problemas económicos. Se registraban enfermedades de transmisión sexual (condilomas, gonorrea, chancro blando) debido a la falta de medidas de prevención y a la promiscuidad de los hombres (Juárez & Witters, 1993).

Durante el periodo de embarazo, muchas mujeres continuaban haciendo su trabajo en el campo y en la casa, y procuraban no tener relaciones sexuales. En muchos casos las mujeres pasaron el embarazo solas con sus hijos y a cargo del hogar, por el abandono de sus parejas. Por tradición trataban de aliviar los malestares del embarazo con té de manzanilla y otras plantas medicinales, además de los masajes de las parteras.

En la cultura de Ometepe predominaba una concepción patriarcal de la sexualidad, según la cual era normal que los varones comenzaran temprano su vida sexual y que tuvieran relaciones e hijos con varias mujeres, aun estando casados. Por otro lado, las mujeres debían llegar vírgenes al matrimonio y luego ser fieles al marido; una mujer soltera, divorciada o viuda no debía tener relaciones sexuales. Como señala un estudio sobre las mujeres isleñas:

Socialmente la mujer que tiene pareja debe tener hijos, sino se considera un rechazo al marido y una duda de su virilidad. Es decir que la sexualidad va unida a la reproducción. Esta concepción tiene consecuencias graves en la vida de las mujeres porque no permite relaciones sexuales satisfactorias y acarrea embarazos e hijos no deseados (Juárez & Witters, 1993, p. 14).

Apenas a finales del siglo XX las mujeres isleñas tuvieron oportunidades de educación sexual, acceso a métodos de planificación y atención ginecológica.

La mortalidad materna disminuyó en la década de 1990 gracias a los programas de control prenatal realizados por el personal del Minsa, así como por efectos del proyecto Ometepe-Alemania y por la labor de las parteras comunales capacitadas por la FEV. Por ejemplo, en 1997-1998 se realizaron 571 exámenes de Papanicolaou a mujeres de la zona del Maderas para prevención del cáncer de útero; los casos positivos detectados (3.6%) fueron transferidos a Managua al Hospital Bertha Calderón, y los casos de condilomas fueron tratados localmente, aunque el hecho de que los maridos no hayan recibido tratamiento implicaba riesgo de reincidencia (ROCO, 1999).

En 1999, una encuesta realizada a las madres en la zona del Maderas reveló que un 35% de los partos fueron atendidos por las parteras locales, un 24% por un médico, un 18% por la propia parturienta, un 12% por una enfermera y un 11% por un familiar. La muerte de neonatos era tan alta en la isla como a nivel nacional, que en la década de 1990 era de 72 niños por cada 1000 nacidos, principalmente entre las familias pobres. Según el estudio del Maderas, casi la mitad (42%) de las mujeres encuestadas había perdido uno o dos hijos menores de un año de edad. Las causas más frecuentes habían sido enfermedades respiratorias (asfixia, asma), fiebres, infecciones, diarrea, sarampión, accidentes y causas desconocidas (FEV, 2000).

En la década de 1990 se incrementó el uso de métodos anticonceptivos, particularmente entre las mujeres, ya que muchos hombres rechazaban el preservativo y no querían que sus hijas o esposas planificaran sus embarazos. Entre las razones que impedían a las mujeres el uso de anticonceptivos se destacaban las creencias religiosas y la influencia de los pastores que decían: “Hay que tener los hijos que Dios mande”.

Para muchas mujeres isleñas el inicio de la vida sexual ha ocurrido a temprana edad. En el estudio de las comunidades del Maderas se señala que el 41% de las mujeres encuestadas tuvieron su primera relación sexual antes de los 18 años, mientras que un 31% lo hicieron después de los 25 años. Un 52% de las mujeres encuestadas había tenido más de seis embarazos, comenzando a edades muy tempranas, y sin que mediara entre ellos un tiempo de descanso prudencial. Gran parte de las madres (48.5%) habían perdido uno o más embarazos, debido a la falta de control médico, al exceso de trabajo físico, así como a enfermedades y desnutrición (FEV, 2000).

Los embarazos a temprana edad acarreaban riesgos para el niño y para la madre, porque las adolescentes no habían alcanzado el desarrollo físico y síquico necesario para criar a sus primeros hijos, además de faltarles condiciones materiales y una pareja estable. En muchos casos, los hombres responsables de estos embarazos eran adultos, y en esa época el abuso sexual contra menores no se consideraba un delito, además de que las familias preferían ocultar el hecho, especialmente cuando el violador era el padre de la víctima o un pariente. La niña o adolescente que quedaba embarazada fuera del matrimonio debía enfrentar el rechazo de su familia y la crítica de la comunidad, el alejamiento de sus amistades, la expulsión de la escuela, además de la obligación de atender su embarazo y hacerse cargo de su hijo no deseado (FEV, 2000).

En 1998 los centros de salud del Minsa en la isla comprendían un hospital primario con 27 camas ubicado en Moyogalpa, un centro de salud con 4

camas en Altagracia, 8 puestos de salud donde se brindaba consulta médica algunos días en las comunidades de Mérida, Balgüe, La Palma, San Pedro, Santo Domingo, La Flor, San José del Sur y Urbaite. Además existían 29 casas base de salud donde atendían enfermeras y promotores de salud en distintas comunidades rurales. Una prioridad del Minsa en esos años fue el Programa Materno Infantil que realizaba campañas de vacunación infantil (polio, tuberculosis, sarampión), además de jornadas de abatización para prevenir el cólera y la malaria (Inifom, 1996).

Además de las limitantes en cuanto a centros de salud, equipos médicos, vehículos y medicinas, también era escaso el personal de salud que laboraba en Ometepe. En 1998 había 17 médicos (13 del Minsa), todos médicos generales, salvo dos odontólogos y un ginecólogo, para una población de 26,140 habitantes, lo cual significa que había un médico para 1,537 personas y una enfermera para 725 personas (ROCO, 1999).

La escasez de personal médico y de enfermería era compensada por la labor de otros agentes de salud que trabajaban voluntariamente en coordinación con el Minsa en las comunidades, como eran las parteras (que recibieron un curso de capacitación y acreditación), las promotoras de medicina natural capacitadas en elaboración y aplicación de técnicas alternativas, los promotores de salud que velaban por la prevención de enfermedades, y los brigadistas de salud que colaboraban en las campañas de vacunación y abatización.

Cuadro 19: Recursos humanos en salud. Ometepe 1998

Municipio	Médicos	Enfermeras y técnicos	Parteras	Promotores de salud	Promotoras de medicina natural	Brigadistas de salud
Moyogalpa	7	20	34	12	12	45
Altagracia	10	16	23	15	10	82
Total	17	36	57	27	22	127

Fuente: Minsa Ometepe.

Los datos del cuadro anterior no mencionan a los sobadores que había en cada comunidad, tampoco a los curanderos tradicionales. Un estudio sobre medicina natural realizado en 1993 en las nueve comunidades del volcán Maderas identificó a 23 sobadores, 9 curanderos y 36 parteras. Así mismo, se registraron 101 plantas medicinales y 9 sustancias animales utilizadas en esas comunidades para enfrentar diversas enfermedades (Urtecho, 1993).

En 1998 había botiquines en 16 comunidades de la isla, donde se podían adquirir medicamentos básicos a bajo precio; 19 comunidades contaban con puestos de medicinas naturales y 23 tenían puestos de anticonceptivos. Además del Minsa, se destacaron la Cooperación Italiana y la Fundación Entre Volcanes en la formación de agentes de salud y en el abastecimiento de botiquines. Por su parte, el Proyecto Alemania Ometepe enfocó su labor en la salud materna-infantil en las comunidades del Maderas. En esos años

funcionaba en cada municipio una Comisión de Salud coordinada por el Minsa, con la participación de agentes comunitarios de salud y organizaciones civiles (ROCO, 1999).

A fines del siglo continuaban las mismas dolencias afectando a la población isleña: enfermedades diarreicas y respiratorias, hipertensión arterial, diabetes, infección de vías urinarias, artritis, dermatitis, gastritis y lesiones provocadas por accidentes y violencia interpersonal. Muchos adultos padecían infecciones de riñones y vías urinarias debido a la contaminación del agua y su alto contenido de minerales. El alcoholismo era otro factor de mortalidad en hombres adultos, sea por provocar cirrosis hepática o úlcera gástrica, así como por la violencia que acarreaba. Muchos agricultores padecían diversos problemas de intoxicación debidas a que durante años tuvieron que aplicar agroquímicos sin contar con ninguna medida de protección.

Buena parte de las enfermedades se debían a la desnutrición y a los malos hábitos alimentarios, a la contaminación del agua y de los alimentos, a la carencia de medidas de higiene, al mal manejo de aguas sucias, letrinas y basuras, a la convivencia con animales, y a la falta de medidas de prevención y detección. En la práctica, muchas familias trataban de prevenir y curar estas enfermedades con medicinas naturales de fácil acceso y bajo costo; también era frecuente la automedicación con pastillas que se podían comprar en las farmacias; por último la mayoría acompañaba esos tratamientos con plegarias religiosas.

Las deficiencias en la nutrición disminuían las defensas del organismo frente a los agentes patógenos. El consumo de alimentos ricos en minerales y vitaminas como las hortalizas era reducido, aunque se compensaba con frutas en temporada de cosecha, y predominaba la ingesta de alimentos ricos en carbohidratos (arroz) y grasas (cerdo).

A pesar de las campañas realizadas en las décadas de 1980 y 1990 para fomentar la lactancia materna, un buen porcentaje de mujeres no la practicaban por varias razones: unas por desconocimiento, otras por exceso de tareas, y en otros casos porque las deficiencias nutricionales les impedían producir leche suficiente. El estudio realizado por la FEV sobre nutrición infantil en 1999 encontró que el 36% de las madres alimentaban a sus bebés con leche materna exclusivamente, un 41% con leche en polvo complementada con leche materna, y el 19% con leche de vaca. Era frecuente que les dieran gaseosas a los niños, debido a la propaganda comercial, en vez de los frescos nutritivos hechos con frutas locales (FEV, 2000).

El creciente deterioro ambiental

A inicios del siglo XX Ometepe era para los visitantes un paraíso terrenal, por la exuberancia de sus bosques tropicales, sus bellos paisajes, sus pródigas cosechas, sus frutas deliciosas, su diversidad de peces y animales silvestres. Sin embargo, esta situación fue cambiando a lo largo del siglo, al avanzar la frontera agrícola debido a la expansión de la ganadería y de los cultivos de exportación, así como por el incremento de la población campesina, que año tras año requería más tierras y recursos naturales para su sobrevivencia.

Tradicionalmente, los campesinos utilizaban la técnica indígena de roza y quema: derribaban los árboles en la parcela donde iban a sembrar maíz, frijol y arroz, y luego le prendían fuego. De esta manera lograban buenas cosechas los primeros años, debido a la fertilidad de los suelos vírgenes, además de que usaban la madera para construir su casa o su bote, o para hacer leña, y otra parte para su venta. Sin embargo, con este método bajaban en pocos años los rendimientos de las parcelas, debido a la erosión del suelo por las fuertes lluvias, los vientos y las pendientes; entonces el agricultor debía dejar en descanso esa parcela y despejar otra parte del bosque, avanzando así la frontera agrícola.

Durante las primeras décadas del siglo XX se incrementó en Ometepe la explotación de madera preciosa para exportarla al mercado estadounidense. En la zona del volcán Concepción las especies valiosas (caoba, cedro, pochote, roble) fueron desapareciendo al mismo tiempo que se abrieron para la agricultura y la ganadería nuevas áreas boscosas. Igualmente en la zona del volcán Maderas se desarrolló un proceso de tala del bosque virgen para extraer maderas preciosas y para destinar las tierras a la producción agropecuaria.

En su estudio sobre la historia de la isla, Silva Monge explica que

El calvario de la flora Ometepina comenzó en 1940 cuando se desarrollaba la segunda guerra mundial, se necesitaba del algodón y en Ometepe se cultivó esta planta. Más tarde fue el cultivo del tabaco traído por la Tabacalera Nicaragüense, entonces se sacrificaron grandes alamedas de mangos, jiñotes, guanacastes, guácimos, laureles, etc. para hornear las hojas. La producción de tabaco hizo prosperar a muchas familias de Ometepe pero la flora iba sucumbiendo (Silva, 2002, p. 28).

Por tradición, las comunidades indígenas cultivaban tabaco en pequeñas áreas para consumo propio. En Ometepe la siembra de plantaciones de tabaco para la exportación comenzó en 1938, en San José del Sur, y se expandió en los años 50 y 60, promovido por la Tanic, en las tierras planas del municipio de Moyogalpa, y posteriormente en el Maderas. Era un cultivo tecnificado que utilizaba tractores y máquinas para la preparación de la tierra, lo cual facilitaba la erosión de los suelos y el uso intensivo de agroquímicos (fertilizantes, herbicidas, fungicidas y plaguicidas) que contaminaban el ambiente y dañaban la salud de los trabajadores. Para la siembra en verano se usaban sistemas de riego con bombas de combustible, mismas que afectaban el lago por la filtración de aceites y diésel (una gota contamina seis galones de agua) y perturbaban la tranquilidad de las comunidades al trabajar día y noche (contaminación acústica).

En esos años del auge agroexportador se expandieron también los cultivos de algodón y ajonjolí en las comunidades de Moyogalpa. Los costos ambientales fueron altos, porque deforestaron grandes áreas de bosque y utilizaron plaguicidas que hoy están prohibidos por sus daños a la salud humana y al medio ambiente, como es el DDT. Como recuerda el señor Alemán Flores: “El cultivo del tabaco y algodón trajo la tala de bosques, la explotación de niños y

mujeres, dejaron infecciones en la tierra y jaranas a los productores, los únicos beneficiados fueron las transnacionales” (Morales, 2003, p. 65).

Para Ometepe, el costo ambiental del cultivo del tabaco fue muchísimo mayor que el de otros cultivos, porque se requerían grandes cantidades de madera para los hornos de secado (una mz de tabaco requería una mz de bosque) y se sembraban dos ciclos por año. Se talaron miles de manzanas de bosque para alimentar los hornos tabacaleros; si consideramos que la siembra anual promedio por ciclo en la década de 1950 fue de 100 mz, en los años 60 subió a 1,000 mz, en los 70 a 1,500 mz, en los 80 bajó a 400 mz y en los 90 a 75 mz (Dévé, 1985; ROCO, 1999).

Esto significa que para 1980 escaseaba la madera para secar el tabaco, lo que impidió mantener el nivel de producción alcanzado en los años 70. Este factor, sumado a la erosión de los suelos y la resistencia de las plagas, produjo una baja sustancial del área de cultivo en los años 80 y 90. Para contrarrestar la carencia de leña, la Tanic introdujo quemadores a querosene a fines de los años 70, y luego inició un proyecto de reforestación de 61 mz en 1983; sin embargo, como señala un estudio realizado en esos años: “La intensidad de esta reforestación dista mucho todavía de poder cubrir las necesidades de secado de tabaco y su acción reparadora del agotamiento de los suelos es más simbólica que real” (Dévé, 1985, Tomo II, p. 183).

Históricamente la leña ha sido la principal fuente de energía en Ometepe, pues se utilizaba para cocinar en casi todos los hogares, así como en los hornos de tabaco, las panaderías, las comiderías, los hornos de ladrillos, tejas y cerámica. El crecimiento acelerado de la población isleña desde la década de 1970 incrementó la demanda de leña para cocinar y de madera para construir viviendas, así como de tierras para cultivar. Sin duda que esta gran demanda de leña agravó el despale de la isla, que a su vez ocasionó la disminución de la fauna, la erosión de los suelos y los deslaves en época de lluvias.

Cuadro 20: Demanda anual de leña. Ometepe 1985

	Hogares	Hornos tabaco	Panadería	Ladrillos y tejas	Cerámica
Nº de fletes	24.990	5.561	2.984	555	120
Porcentaje	58.9%	26.2%	11.7%	2.6%	0.6%

Fuente: J. Ruks, 1985.

Otros factores causantes de la desaparición de los bosques en gran parte del volcán Concepción y crecientemente en el Maderas, han sido la proliferación de incendios forestales en época de verano, provocados por las quemas que hacen los agricultores luego de limpiar un terreno, o por los cazadores de garrobos. A ello hay que sumar la expansión de la ganadería extensiva en las faldas de los volcanes, y el cultivo de granos básicos y de plátano, que asciende año con año en las faldas del Maderas. El aumento de embarcaciones de madera demandó más corte de madera selecta para su construcción y reparación. Así

mismo, la demanda de maderas preciosas aumentó en los años 90, con el auge del turismo y de inversionistas, es decir, para la construcción de hoteles, restaurantes, lujosas residencias y grandes obras, como son las instalaciones en San José del Sur del orfanato y el seminario. Todas estas construcciones fueron realizadas sin estudios previos de impacto ambiental, a pesar de que la isla fue declarada reserva natural.

A lo anterior hay que sumar la falta de control por parte de las instituciones gubernamentales; algunos funcionarios incluso “hacían la vista gorda”, fuese por corrupción o por favoritismo político, como se denunció en repetidas ocasiones ante la Comisión del Medio Ambiente y en el periódico isleño *Ometepe*. El diagnóstico territorial de Ometepe realizado por Ineter a inicios de la década de 1990 señalaba:

A pesar de su belleza y además de haber sido decretada Reserva Natural desde 1983, esto no ha representado ningún obstáculo para la irracional explotación de sus bosques. Tampoco lo fue para impedir la caza incontrolada de fauna silvestre, la pesca de especies selectivas para actividades deportivas, el establecimiento de monocultivo y el desarrollo de ganadería extensiva sin las debidas prácticas de conservación de suelos. Se une recientemente el establecimiento de un turismo sin un plan adecuado que controle la presión sobre las bellezas naturales, los valores histórico-culturales y proteja el medio ambiente en su conjunto. (Ineter, 1994).

En los años 90 todos los agricultores reconocían que, décadas atrás, los rendimientos de los cultivos eran muy superiores a los obtenidos en esos años, a pesar de que aplicaban fertilizantes. Esto se debía a la erosión de la capa fértil del suelo, provocada por malas prácticas agrícolas tales como los cultivos en pendientes sin obras de conservación de suelos, el monocultivo en una misma parcela, las siembras continuas sin dejar descansar la tierra, el uso de máquinas en suelos frágiles que se erosionan con el viento y las lluvias, la quema de rastrojos que acaban con la materia orgánica del suelo, el sobrepastoreo de ganado. Al disminuir los rendimientos, también cayeron los volúmenes de producción agrícola, tanto para la alimentación familiar como para la venta al mercado.

Para contrarrestar la erosión del suelo, los agricultores invertían más en fertilizantes químicos, siguiendo las recomendaciones de las empresas agrícolas y de sus técnicos, y para ello debían endeudarse y disminuir sus ingresos. Frente a esta problemática, la FEV promovió en la década de 1990 diversas técnicas de agricultura sostenible para recuperar la fertilidad de los suelos y bajar los costos de producción, entre ellas los abonos orgánicos y verdes, el uso de insecticidas naturales, las obras de conservación de suelos y aguas (curvas a nivel, diques, barreras), la planificación de fincas y la diversificación de rubros. Así mismo, se promovió la construcción de fogones mejorados para contribuir al ahorro de leña y a reducir las afecciones respiratorias en las mujeres (FEV, 2000).

A raíz del despale en las laderas de los volcanes han aumentado los aludes o deslizamientos de piedras, lodo y agua al ocurrir lluvias intensas, lo que ha

perjudicado a las comunidades y los cultivos. En 1995 un deslave destruyó el aeródromo en la comunidad de La Paloma, y viviendas en San José del Norte; en 1996, las correntadas de piedra y arena produjeron daños graves en las comunidades de Corozal, La Palma, La Concepción y San José del Sur; en 1998, por efecto del huracán Mitch, los deslaves perjudicaron las comunidades de Urbaite, Los Ramos, San Marcos y San Ramón.

Además de los efectos del despale antes mencionados, hay que señalar que las alcaldías arrendaban tierras municipales o ejidales, ubicadas en las laderas altas de los volcanes, a personas que cortaban los árboles para venta de madera o leña y que dejaban ganado suelto que acababa con la vegetación que ayudaba a frenar esos aludes. Además, los gases y cenizas que emite continuamente el volcán Concepción afectaban la vegetación en el sector oeste de sus laderas, hacia donde sopla el viento.

La deforestación disminuyó la diversidad de la fauna que antes habitaba en la isla y que era fuente de alimentación para la población. Además, varias especies (venados, loras, monos, reptiles) fueron afectadas por la cacería sin control y con fines comerciales que realizaban personas de las comunidades; inclusive los sapos fueron objeto de cacería para vender su cuero, lo que tuvo efectos en el control de los insectos. Por otro lado, Ometepe era un destino para excursiones de “caza deportiva” de venados, que realizaban grupos externos con armas de precisión y perros de cacería.

La riqueza pesquera del lago también fue afectada por pescadores irresponsables que no respetaban el periodo de veda (enero-marzo), establecido para permitir la reproducción de los peces; estos pescadores, aprovechando la falta de control, usaban técnicas ilegales de pesca, tales como el *pinponeo*²⁶ y las redes de luz pequeña. La extinción de los tiburones que poblaban el lago Cocibolca se produjo en la década de 1970, debido a la explotación comercial promovida por una compañía japonesa que construyó dos plantas procesadoras de carne y aletas de tiburón para su exportación a los mercados de Asia. Esto, sumado a la explotación realizada por otras empresas en la barra del Colorado y en el río San Juan, por donde transitaban los escualos, causó la desaparición de los tiburones.

El mal manejo de basuras ha sido otro factor perjudicial para el medio ambiente. El nivel de desechos fue creciendo en la década de 1990, al expandirse el uso de bolsas y envases plásticos. Los malos hábitos de la población, que solía botar los desechos y las aguas sucias en lugares públicos, se agravaron por la falta de servicios de recolección de basuras, que estaban limitados a las cabeceras municipales dos veces por semana; esos desechos luego iban a depósitos abiertos. A esto hay que sumar lo que ya mencionamos en la sección sobre la salud: la contaminación provocada por el fecalismo al aire libre de animales y humanos, el mal manejo de letrinas y su construcción cercana a fuentes de agua.

26 El pinponeo es una técnica de pesca artesanal. Consiste en golpear las aguas profundas del lago con un palo largo provisto de una punta ancha (llamada pinpón). Este golpeteo produce un ruido que aturde a los peces, y de ese modo es fácil atraparlos con la red. Es una técnica prohibida porque daña el sistema auditivo de los peces causándoles la muerte.

Para enfrentar esta crisis ecológica, se destacó en la década de 1990 la labor ambientalista de varias organizaciones y líderes isleños, especialmente el Movimiento Juvenil, la Asociación de Mujeres, la Asociación del Museo y la Cultura, la Asociación de Agricultores Ecológicos, la Fundación Entre Volcanes, las Brigadas Ecológicas, los Guardabosques. Estos actores locales impulsaron una serie de acciones de educación ambiental, reforestación, limpieza, vigilancia y participación en espacios públicos.

En 1993 se creó la Comisión del Medio Ambiente (CMA) como parte de un Comité Interinstitucional de Desarrollo creado por la cooperación italiana, con la participación de alcaldías, delegaciones de ministerios y organizaciones civiles. La CMA inició una labor de concientización sobre la problemática ambiental que tuvo eco en la Asamblea Nacional, la cual aprobó en 1995 la ley 203, “Ley que Declara Reserva Natural y Patrimonio Cultural de la Nación a la Isla de Ometepe”. Esta ley reconoció a la CMA como la máxima autoridad interinstitucional —bajo la coordinación de Marena— para el manejo de recursos naturales y culturales de la isla. La CMA funcionaba como un espacio de concertación entre los principales actores locales, se reunía periódicamente para analizar los problemas ambientales reportados y tomaba acuerdos para resolverlos. Además, la CMA aprobó varias normativas para regular el uso de los recursos naturales, por ejemplo, sobre los parques municipales, el cultivo de tabaco, la extracción de arena en las playas.

La ley 203 prohibió toda actividad que afectara los recursos naturales y arqueológicos de la isla, como eran el corte de árboles con fines de lucro, la caza de especies protegidas, la pesca con técnicas ilegales o en época de veda, la extracción o venta de piezas arqueológicas, las quemas y las prácticas agrícolas perjudiciales al ambiente. Las inversiones y nuevas obras debían cumplir con el Reglamento de Permiso y Evaluación Ambiental (1994) y la expansión de actividades agropecuarias o pesqueras debía ser autorizada conforme a la ley.

La ley estipula en su artículo 2 que

Se constituyen como Parques Municipales por su valor ecológico, cultural y recreativo las áreas de Punta de Jesús María; las playas de Santo Domingo y Venecia; los Islotes del Quiste, Grande y Congo; las lagunas del Volcán Madera, El Charco Verde y la Punta de Lagarto; las Peñas; La Cabuya, Ilque, La Gigantona y el Delirio y los Ríos; Buen Suceso y la Chorrera. (Ley 203, art. 2).

La CMA estableció normas para asegurar el acceso público a esos parques, así como la protección de sus recursos. Se realizaron además inspecciones y reuniones con los propietarios de tierras donde se ubicaban esos parques. Sin embargo, su cumplimiento fue escaso y la mayoría de los parques fueron privatizados, con lo que quedó limitado el acceso público.

La ley 203 reconoció a las Brigadas Ecológicas que venían trabajado voluntariamente desde 1993 para proteger los recursos naturales de la isla. En las comunidades se formaron brigadas de tres a cinco miembros, dirigidas por un guardabosque designado por Marena. En los colegios de secundaria había

brigadas de 20 a 30 estudiantes coordinadas por un docente; en 1997 había 18 brigadas escolares que sumaban 180 miembros. Las Brigadas Ecológicas fueron capacitadas por la FEV sobre diversos temas: leyes ambientales, emergencias, viveros, injertos, frutales, ecología, cultura, contaminación, incendios y comunicación.

Según el diagnóstico realizado en 1996 por Inifom:

Existen 150 personas integradas a la Brigadas Ecológicas y 23 Guardabosques voluntarios, en su mayoría líderes comunales o auxiliares del Alcalde. La principal labor que realizan es la regulación y control en el aprovechamiento de los recursos naturales y efectúan inspecciones para avalar solicitudes de aprovechamiento de madera. Esta actividad es de un riesgo muy alto ya que se ven obligados a enfrentarse a cortadores ilegales de madera (Inifom, 1996, p. 50).

Las Brigadas Ecológicas fueron juramentadas en 1995 por el entonces ministro del Marena, Dr. Jaime Incer Barquero, y lograron amplio reconocimiento por su labor. En 1997 las brigadas se constituyeron legalmente como la Asociación Ambientalista de Ometepe, una organización civil, autónoma, con el fin de proteger los recursos naturales de la isla. Entre los principales logros alcanzados por las Brigadas Ecológicas en esa década se destacan la reforestación de áreas públicas, patios y parcelas, un control de los cortes ilegales de madera y de acciones prohibidas de caza y pesca, una información a las comunidades sobre las leyes ambientales y una sensibilización sobre la necesidad de proteger los recursos naturales y mantener la higiene comunal.

5.- La familia, las mujeres, los jóvenes

La familia ha sido históricamente la principal organización social en la vida de los isleños. Como señala el Informe de Desarrollo Humano de Nicaragua del 2000: “La familia constituye la unidad de organización cotidiana de la existencia social y económica de las personas, y es el centro de su vida afectiva”. El informe señala que en la mayoría de las familias nicaragüenses han predominado relaciones de cooperación, cariño y respeto, sin embargo, en otras familias se ha observado un clima de violencia y vulnerabilidad para mujeres y niños (PNUD, 2000).

El matrimonio

Los censos de población nos muestran que buena parte de los matrimonios en Ometepe se establecían sin formalizar un casamiento por la vía legal o religiosa. Según el censo de 1920, un 42% de las personas declararon ser “hijos ilegítimos”, lo cual reafirma la ausencia del matrimonio legal en muchas familias. El censo de población de 1963 encontró que en Ometepe un 45.1% de las personas mayores de 14 años se declaró en estado de soltería, un 17.8% en unión libre,

un 32% casados, de los cuales 68% se habían unido en matrimonio civil y religioso, el restante se declaró en estado de viudez o divorcio. Las mujeres de 15 o más años de edad tenían en promedio 4.3 hijas o hijos vivos en Altagracia, y 3.8 en Moyogalpa, sin contar los que fallecieron durante el embarazo, el parto o en su infancia.

En cuanto al estado civil de las personas jefes de hogar, el censo de 1995 reporta que un 44.3% estaban casados legalmente, un 29.7% simplemente convivían juntos y un 11.5% declararon estar separados de su pareja por distintas razones, tales como la emigración. En el 20% de los hogares vivía una familia extendida, es decir, conformada por el padre, la madre, los hijos, además de otros parientes: abuelos, tíos o primos de los niños.

Tanto para los matrimonios legalmente constituidos como para las uniones de hecho, existían reglas culturales tradicionales sobre las responsabilidades que debían cumplirse en una familia. Las obligaciones de la esposa eran atender a su marido con la comida, la ropa, mostrarle cariño y respeto, no contradecirlo. Sobre la mujer recaía el cuidado y educación de los hijos pequeños y la atención de los ancianos. El deber del marido era buscar el sustento económico para la familia y asegurar que los hijos y la mujer cumplieran sus tareas. Los hijos debían obedecer a los padres y ayudarlos en sus trabajos —las niñas a la madre y los niños al padre—, de lo contrario sufrían castigos físicos (tajona, coyunda, chilillo, varejón) para “corregirlos y educarlos”.

Según relatan las personas mayores entrevistadas en la comunidad de Madroñal, la costumbre para que dos jóvenes se casaran era tener varios años de noviazgo y pasar algunas pruebas:

Primero, el novio acompañado por sus padres pedía permiso para visitar a la novia, así comenzaba la jalencia con hora limitada y día señalado, y los padres en medio de ellos para saber qué hablaban. Podían pasar 5 años para casarse, pero antes debían pasar una prueba: el novio tenía que rajar con un hacha un trozo de madera retorcido y la novia tenía que moler maíz y hacer tortillas (FEV, 1995).

Si bien en una porción de los matrimonios existían relaciones de comunicación y colaboración entre los cónyuges y entre padres e hijos, en otros predominaban los conflictos y la violencia. Uno de los factores perjudiciales era el consumo de alcohol entre los hombres, lo que alteraba la tranquilidad familiar y mermaba los recursos para el sustento del hogar. Otro elemento cultural aprobado por las Iglesias era la creencia de que el hombre como cabeza de la familia tenía el derecho de controlar y castigar a su mujer y a sus hijos cuando no cumplieran su voluntad.

Durante la mayor parte del siglo XX la situación de las mujeres isleñas se ha mantenido dentro de los roles subordinados asignados por las tradiciones patriarcales. En décadas recientes se han observado algunos cambios, debido a un mayor acceso a la educación, a la participación femenina en los espacios abiertos durante la Revolución Sandinista y, principalmente, en la década de 1990, con la labor de organizaciones civiles tales como la FEV, AMO, Amojó y Amnlae, que han promovido los derechos humanos y la equidad entre los

géneros.

La violencia intrafamiliar e interpersonal ha sido una calamidad en Ometepe, igual que en todo el país. Un 73% de las mujeres entrevistadas a fines de siglo XX en la zona del Maderas reconocieron que habían sufrido maltrato físico y verbal de los varones de su familia: padres, maridos y hermanos. La violencia síquica y física contra las mujeres ha sido un mecanismo de sometimiento utilizado por muchos hombres cuando ellas no cumplen las funciones asignadas por la tradición, y porque el varón cree tener el derecho y el permiso social de maltratarlas (FEV, 2000).

Algunas mujeres consideraban normal el maltrato por haberlo sufrido desde su niñez; otras lo rechazaban y esperaban que el hombre cambiara, pero por razones económicas y por desamparo social no se atrevían a abandonar la casa paterna (las niñas y las adolescentes), o a separarse del marido (las casadas). Pocas mujeres estaban dispuestas a salir de una situación de violencia, y sólo lo lograban cuando contaban con una red social de apoyo, con otro lugar donde vivir y con un respaldo económico. Frente a esta problemática, el movimiento amplio de mujeres nicaragüenses logró incidir en la Asamblea Nacional para que aprobara en 1995 la ley 230, que penaliza la violencia contra las mujeres, y que fue divulgada en Ometepe por las organizaciones de derechos humanos ya mencionadas.

El trabajo en la familia

En las familias de la sociedad rural de Ometepe existía una clara división del trabajo por sexo o género²⁷: a las mujeres le correspondía asumir todas las tareas domésticas y el cuidado de niños y ancianos, mientras que los hombres se ocupaban de las labores productivas, ya fuese en su parcela, o como asalariados de un patrón, o en la pesca o en el cuidado de animales. Tradicionalmente, el hombre era el propietario de la tierra, de la casa, de los animales mayores, y tomaba las decisiones importantes en la familia, a veces en consulta con su esposa y otras por sí solo. Por otro lado, la mujer decidía sobre los animales de patio, los quehaceres de la casa y la educación de los hijos.

Dentro de una familia extensa existían obligaciones recíprocas de ayuda, como muestra de la solidaridad entre personas unidas por lazos de parentesco. Por ejemplo: el trabajo voluntario en las épocas de siembra o cosecha, el préstamo de herramientas o de animales de tracción, la construcción de viviendas para un joven matrimonio, el cuidado de niños o enfermos, o las situaciones de emergencia.

En general las mujeres comenzaban sus faenas de madrugada, y no cesaban hasta caer la noche. Las actividades que más tiempo requerían eran la preparación de las tres comidas diarias, el aseo de la casa y el patio, lavar y planchar ropa, atender a los hijos. Además estaba el cuidado de los animales de

27 Por "sexo" entendemos las diferencias biológicas entre hombres y mujeres. "Género", según la Organización Mundial de la Salud, se refiere a los conceptos sociales de las funciones, comportamientos, actividades y atributos que cada sociedad considera apropiados para los hombres y las mujeres.

patio y el acarreo de agua y leña, sin contar que muchas mujeres ayudaban al esposo o al padre en las tareas agrícolas durante la época de lluvias.

La preparación de alimentos era tarea lenta porque se cocinaba con leña, además de que había que moler el maíz con la piedra y triturar el arroz con el pilón. El lavado de ropa se hacía en el lago, al rayo del sol y con medio cuerpo metido en el agua, tras lo cual había que acarrear la ropa de vuelta a casa y tenderla a secar. Otra tarea pesada era cargar el agua en bidones desde el lago, un río o una fuente comunal. El arduo trabajo de las mujeres no se valoraba socialmente, pues se consideraba como un aporte de menor valor que el aporte económico del hombre, aunque la mujer trabajaba más horas al día.

La carga de trabajo doméstico dependía de la cantidad de hijos menores de edad y del apoyo de otros miembros de la familia. En las últimas décadas del siglo XX se abrieron servicios en las comunidades más grandes, lo que facilitó el trabajo de las mujeres, pues podían contar con agua potable domiciliar, luz eléctrica, escuela y un molino de maíz.

La mayoría de las mujeres dedicaba varias horas diarias a trabajar en su patio, donde cultivaban plantas medicinales y decorativas, hortalizas, árboles frutales, además de la crianza de animales domésticos (pollos, gallinas, cerdos, patos, chompipes). Gran parte de esta producción era para el consumo de la familia, otra parte para la venta o para compartir con la familia. Los animales se consideraban como una caja de ahorros, pues en caso de emergencias se podían vender para solventar gastos especiales, como alguna enfermedad, o celebraciones o útiles escolares.

Otras fuentes de ingresos de las mujeres eran la elaboración de tortillas, cuajadas, dulces, panes, enchiladas, tamales, buñuelos, ropa y artesanías. Algunas mujeres trabajan como jornaleras en labores agrícolas (durante el auge del tabaco ellas cortaban y ensartaban hojas); otras lavaban, cosían o planchaban ropa para otras familias; algunas tenían una pequeña venta de mercaderías en su casa. Generalmente con estos ingresos solventaban gastos familiares: ropa para los hijos, alimentos y artículos del hogar.

La carga laboral de las mujeres era mayor cuando eran las jefas del hogar y tenían a su cargo los hijos, ya fuese por abandono del marido o porque este hubiera emigrado (a Costa Rica, Managua, Granada) en busca de empleo. Algunos padres enviaban dinero para la manutención de su familia; otros hacían envíos ocasionales en tanto no conformaban un nuevo hogar y se desentendían de la familia original.

El estudio socioeconómico realizado en las comunidades del Maderas en 1999 encontró que la población adolescente (12 a 18 años) trabajaba en promedio seis horas diarias, las mujeres en el hogar y los varones en faenas de campo. Niños y niñas de 6 a 12 años cumplían diversas tareas que sumaban en promedio cuatro horas diarias, por ejemplo: alimentar los animales, jalar agua, hacer compras menores, buscar leña y cuidar a los más pequeños (FEV, 2000).

En las últimas dos décadas del siglo XX se agudizó el empobrecimiento de las familias campesinas de la isla, debido a las limitaciones impuestas por la guerra y a las políticas de los sucesivos gobiernos, en un contexto de erosión de las tierras, altos costos de los insumos agrícolas, alza de la canasta básica, bajos precios pagados por la producción agrícola, bajos salarios y falta de empleos.

Según un diagnóstico realizado con las mujeres de Moyogalpa:

La pobreza tiene un impacto grande en la vida de las mujeres porque ellas se sienten responsables por el bienestar de la familia y tienen que encontrar las soluciones para la sobrevivencia. Deben realizar más trabajos en horas e intensidad y eso significa un deterioro de su cuerpo provocándole estrés, depresión, llanto, dolor de cabeza... (Juárez & Witters, 1993, p. 10).

Participación comunitaria de las mujeres

En las familias tradicionales se suponía que las mujeres debían permanecer en su casa, mientras que los hombres podían participar en distintas actividades sociales fuera del hogar, tales como deportes, reuniones de amigos, organizaciones sociales o políticas. Todavía a fines del siglo XX predominaba en la isla esta concepción, como señala un estudio sobre la situación de las mujeres:

Tienen una participación limitada en el ámbito comunitario, pues la mayoría de las mujeres tienen dificultades para decidir a donde ir. Exceptuando sus salidas a espacios religiosos, deben solicitar permiso al compañero, o en el caso de las más jóvenes, a sus padres. Esta situación limita sus posibilidades de aumentar sus conocimientos, desarrollar su oratoria y su liderazgo. (Juárez & Witters, 1993, p. 27).

La discriminación contra las mujeres afectaba su autoestima, es decir, la propia valoración de sus capacidades; así, muchas mujeres se consideraban a sí



Fiesta de Santa Ana. Moyogalpa

mismas con limitaciones en su inteligencia, sus conocimientos y capacidades. Muchas mujeres no se atrevían a expresarse en público, especialmente en presencia de hombres, por temor a equivocarse y a ser objeto de burla. Fuera del hogar, los únicos espacios seguros para ellas eran las reuniones familiares y las actividades religiosas: las mujeres participaban en los comités de la Iglesia católica y de las diversas denominaciones evangélicas. Las que participaban en otros espacios eran criticadas por la comunidad.

Esta restricción comenzó a cambiar en la década de 1980, cuando las mujeres empezaron a participar en actividades promovidas por el gobierno sandinista, como fue la Cruzada de Alfabetización, la educación de adultos, las campañas de salud, las cooperativas y las actividades de Amnlae. Sin embargo, en Ometepe la participación de las mujeres adultas en estos espacios fue reducida, debido al peso de la cultura tradicional que las limitaba al ámbito doméstico y religioso. Las mujeres jóvenes que estaban abiertas a los vientos de cambio tuvieron mayor participación.

Durante los años 90 se abrieron nuevos espacios de participación para las mujeres, que les permitieron desarrollar sus capacidades y contribuir de diversas maneras al bienestar de sus comunidades: comienzan a participar en organizaciones tales como los comités escolares de padres de familia, los comités comunales de salud y de emergencia ante desastres, las brigadas ecológicas, la cámara de turismo. En 1994 se formó la Asociación de Mujeres de Ometepe (AMO).

En el caso de las cooperativas agropecuarias, buena parte de las mujeres que eran socias en la década de 1980 fueron apartadas durante el proceso de legalización²⁸ que se hizo en la década siguiente, quedando sus esposos o hijos como socios; de las mujeres que quedaron como miembros, muy pocas alcanzaron a tener cargos en la directiva.

En la década de 1990 se organizaron grupos de mujeres en muchas comunidades isleñas, con apoyo de FEV y AMO, para realizar actividades de capacitación tales como promover huertos familiares, elaborar medicinas naturales, construir cocinas mejoradas, mejorar la nutrición familiar, defender los derechos de las mujeres, cuidar el medio ambiente y prevenir enfermedades comunes. Estos grupos elegían una coordinadora que tenía la función de facilitar sus actividades y representarlas ante el Consejo de Mujeres; había un Consejo de Mujeres en la zona del Maderas y otro en la zona del Concepción, que sesionaban mensualmente para evaluar y planificar sus acciones.

En una sistematización participativa que se realizó con estos grupos, las mujeres señalaron que los principales logros fueron: mejor comunicación familiar; mejor trato con sus hijos; acceso a crédito y apoyo en actividades económicas; uso de plantas medicinales; preparación de comidas nutritivas; valoración de su labor como mujeres (autoestima); conocimientos sobre salud y derechos de las mujeres; respaldo de otros grupos; intercambios de experiencias con mujeres de otras comunidades (Medrano, 2003).

28 Durante el proceso de legalización de las cooperativas ante el Mitrab, al elaborarse el listado definitivo de miembros, quedaron excluidas de manera arbitraria la mayoría de las mujeres.

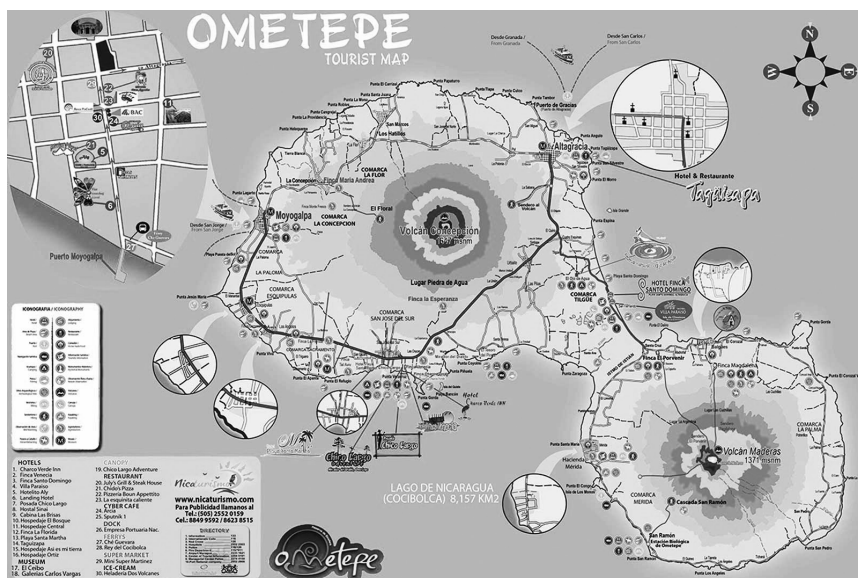
En el Plan Maestro de Ometepe se reconoció que

La FEV tiene presencia en casi todas comunidades de la isla con proyectos socioeconómicos y hace especial énfasis en la participación de la mujer en sus proyectos... se está logrando la superación del rol tradicional (ama de casa) de la mujer a través de la organización social, la participación en proyectos económicos y el uso de escasos recursos (aves, huertos, plantas medicinales, artesanías). También se promueve la participación de la juventud en pro del desarrollo de la cultura, el arte y el medio ambiente (Inifom, 1996, p. 26).

Niñez y juventud

Las familias estaban integradas por un alto número de niños, niñas, adolescentes y jóvenes, ya que estos eran los grupos etarios más numerosos de la población isleña durante todo el siglo XX, según muestran los censos realizados por el gobierno. En 1963 las personas menores de 15 años sumaban el 51.7% de la población isleña; las y los adolescentes y jóvenes entre 15 y 30 años eran un 21%. Esa proporción se mantiene casi igual en los censos de 1971 y 1995, es decir, la mitad de la población isleña ha estado constituida por menores de 15 años, y una quinta parte eran jóvenes entre 15 y 30 años de edad.

Los censos muestran además que las mujeres tenían un alto número de hijos e hijas, puesto que iniciaban la gestación desde temprana edad, por falta de educación sexual y de métodos de planificación. Según el censo de 1963, el número de hijos vivos que tenían las mujeres isleñas de 15 o más años era de cuatro niños en promedio; esta cifra era mayor en el municipio de Altagracia (4.3), y un tanto menor en el de Moyogalpa (3.8). Esta proporción se mantuvo casi igual en los censos de 1971 y 1995; además habría que contabilizar los



hijos fallecidos durante el embarazo, o al nacer o en los primeros años. La diferencia entre ambos municipios se puede explicar por el carácter más rural del municipio de Altagracia, particularmente en la zona del Maderas, que tenía escasos servicios de educación y de salud.

En las familias era muy clara la diferencia en la crianza de las niñas y los niños, tanto en los juegos que se les permitían a unas y a otros como en las tareas que debían realizar según su sexo. En una época en que no había televisión, los niños se divertían con juegos tradicionales como el trompo, la pirinola, los chonetes, el caballo de palo, mientras que las niñas jugaban con muñecas de trapo y a cocinar con ollitas de barro. Ya mencionamos que las niñas debían ayudar en los oficios domésticos y cuidar a sus hermanos menores, mientras los niños acompañaban al padre en las faenas agrícolas. Desde temprana edad los padres les restringían a las niñas la posibilidad de salir de la casa, en contraste con los varones, que tenían mayor libertad para salir con sus amigos y practicar deportes como el béisbol, que se extendió en las comunidades isleñas desde la década de 1930.

La crianza de los niños recaía básicamente en los adultos de la familia (progenitores, abuelos, tíos) y en los pastores religiosos, debido a la falta de escuelas públicas en la mayoría de las comunidades isleñas hasta las últimas décadas del siglo XX. Al surgir las escuelas primarias, la mayor parte de los estudiantes fueron varones, porque muchos padres creían que las niñas no debían ir a la escuela. Esta situación se mantuvo hasta finales del siglo en las comarcas rurales de la isla, mientras que en las zonas urbanizadas se observaba una paridad entre los sexos.

Tradicionalmente, y a pesar del control familiar y social que existía en las comunidades pequeñas, la población isleña iniciaba su vida sexual a temprana edad, sin tomar precauciones para evitar embarazos y enfermedades. El inicio sexual temprano sumado a la falta de educación sexual y de acceso a anticonceptivos daba como resultado gran cantidad de embarazos adolescentes. Como señala el estudio sobre jóvenes realizado en el Maderas:

Las más perjudicadas son las mujeres porque el varón se desobliga. No están preparados porque son jóvenes y no tienen con que mantener a un bebé. Las repercusiones sociales son más graves cuando los hijos se tienen fuera de una pareja estable, en especial la joven mujer que queda embarazada debe enfrentar el castigo de su familia, la dura crítica social (“es una cualquiera”), la separación de amistades (“no te juntes con ella, o vas a acabar igual”) y la expulsión de la escuela (FEV, 2000).

Los momentos de comunicación y convivencia familiar eran escasos, debido al exceso de tareas que tenían los padres y las madres. El hecho de que las relaciones entre adultos y niños eran jerárquicas y autoritarias no favorecía la comunicación. Por tradición, los niños y niñas no podían participar en las conversaciones de las personas mayores, debían tratarles de usted y mostrarles respeto y obediencia en cualquier lugar; esto quedaba de manifiesto en la forma de saludar los niños y niñas a las personas mayores: con las manos juntas,

haciendo el llamado “santito”. En las escuelas se reforzaban estas concepciones y prácticas de sumisión de los niños a los docentes. Estos patrones de crianza permiten comprender por qué muchos niños y jóvenes campesinos se muestran tímidos, introvertidos y con dificultades de comunicación.

El estudio sobre los jóvenes de las comunidades rurales del Maderas muestra esta situación histórica:

Varios padres expresaron que la comunicación era muy poca con sus hijos, ya que no había tanto tiempo para hablar, en la familia habían tantos problemas que a veces no escuchaban lo que quieren decir los jóvenes. Un tercio de los jóvenes encuestados opinaba que en la familia existe poco diálogo, los adultos no tienen tiempo para hablar con los jóvenes ni para escuchar lo que ellos quieren. La falta de diálogo conduce a la falta de comprensión y a los conflictos entre jóvenes y adultos (FEV, 2000).

En la década de 1980 el gobierno sandinista impulsó varias acciones que abrieron espacios a la participación de la juventud, como fueron la Cruzada de Alfabetización, la educación de adultos, las jornadas de limpieza, las campañas de vacunación y de reforestación. Un grupo de jóvenes isleños se integró a las filas de la Juventud Sandinista, a los Comités de Defensa Sandinista, a Amnlae. Además se creó la Asociación de Niños Sandinistas, que promovía diversas actividades recreativas y sociales. Nuevas oportunidades educativas se abrieron para la niñez y la juventud en los años 80, al ampliarse los centros y programas de educación pública, y al abrirse las becas para estudiar carreras técnicas y universitarias en los países de la URSS (Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, hoy Rusia).

Al desatarse la guerra en 1983, la juventud nicaragüense se dividió en tres grupos: una parte se integró al Ejército Sandinista, ya fuese por propia voluntad o porque la ley de servicio militar lo imponía para los varones desde los 16 años. Otra parte de los jóvenes que no querían participar en la guerra emigraron a otro país, y un tercer sector de la juventud campesina e indígena se integró en la filas de la Resistencia. Miles de jóvenes murieron en esta contienda, que llenó de luto a las familias nicaragüenses, y cientos de ellos quedaron lisiados. Estas tragedias causaron un rechazo profundo a la guerra, lo que, sumado a la crisis económica, llevó en 1990 a la derrota electoral del FSLN y al triunfo de la Unión Nacional Opositora, liderada por Violeta Barrios de Chamorro.

En la década de 1990 la juventud y la niñez resultaron afectadas por el recorte del presupuesto estatal en materia de educación, salud y programas sociales. El creciente desempleo llevó a muchos jóvenes a emigrar a otros países. Por otro lado, surgieron nuevas organizaciones civiles que implementaron proyectos de desarrollo para la niñez y la juventud con apoyo de la cooperación externa, facilitados por la Convención sobre Derechos de la Niñez aprobada por la Organización de Naciones Unidas (ONU) en 1989 y ratificada por el gobierno de Nicaragua en 1990.

Desde 1991 se destacó en Ometepe la Fundación Entre Volcanes (FEV) por su labor educativa y organizativa a favor de la juventud isleña. Además de

las oportunidades de capacitación sobre diversos temas de interés, la FEV abrió nuevos espacios para la juventud isleña: participación en la recuperación de la historia de sus comunidades a través de entrevistas a las personas mayores; protección del medio ambiente a través de las brigadas ecológicas; promoción de la cultura a través de grupos artísticos, festivales y concursos; concientización sobre los derechos de la juventud; y participación en el desarrollo isleño a través de la Asociación Movimiento de Jóvenes de Ometepe (Amojo).

La Amojo se organizó en 1994 para atender las necesidades de las y los jóvenes y promover la educación, la recreación, la cultura y la ecología. El movimiento se expandió por gran parte de la isla, y para 1998 contaba con 358 miembros organizados en 15 grupos comunales. Existía un consejo consultivo integrado por delegados de los grupos comunitarios, que se reunía mensualmente para evaluar y planificar sus actividades. También funcionaba la asamblea de miembros, que se reunía anualmente y elegía a la junta directiva. Amojo participaba en la Red de Organizaciones Civiles de Ometepe, en la Comisión del Medio Ambiente y en la Comisión de Salud, y a nivel nacional era miembro del Consejo de Juventudes de Nicaragua.

Un diagnóstico realizado en 1998 muestra que la mayoría de la juventud isleña participaba en alguna organización local, como era la Amojo, la Iglesia católica o la evangélica, el Comité Comunal, la Brigada Ecológica o equipos deportivos y culturales. Quienes no participaban dieron las siguientes razones: escaso tiempo libre; sobrecarga de trabajo y estudio; restricciones que les imponían los adultos para salir de su casa, en especial a las mujeres (FEV, 2000).

La creciente participación de las y los jóvenes en espacios sociales era una muestra de la integración de una nueva generación de isleños en acciones colectivas de superación personal y desarrollo comunal, que fortalecieron a los jóvenes con nuevas experiencias, conocimientos y valores morales, al mismo tiempo que contribuían al bienestar de la población y al desarrollo de Ometepe.

Conclusiones

Durante el siglo XX se producen cambios profundos en la sociedad isleña, tales como la multiplicación de la población, que llegó a ocupar todo el territorio de Ometepe, y el crecimiento de la economía, impulsada por la producción agropecuaria para la exportación y, a finales de siglo, por el turismo. En las últimas décadas del siglo XX, se mejoraron los servicios públicos de educación, salud, agua, electricidad y transporte, sin embargo, los beneficios sólo alcanzaron a una parte de la población isleña que habitaba en zonas urbanas, mientras que persistían las condiciones de pobreza en un sector considerable de la población.

El crecimiento poblacional fue lento durante la primera mitad del siglo XX debido a la alta mortalidad infantil que existía entonces, a las múltiples enfermedades que aquejaban a la población adulta, y a la escasa migración de personas hacia la isla. La situación cambió en la segunda mitad del siglo, al mejorar la atención en salud pública con las vacunas, los antibióticos, la fumigación de agentes transmisores de dengue y malaria, y los centros de salud

dotados con personal médico.

Los censos de población muestran que, a lo largo del siglo, una mitad de la población era menor de 15 años, y una quinta parte eran jóvenes entre 15 y 30 años. Es decir, las familias isleñas estaban integradas por un alto número de niños, adolescentes y jóvenes. Esta composición poblacional se modificó lentamente en las últimas décadas del siglo, al disminuir la cantidad de hijos que tenían las mujeres gracias a un creciente acceso a la educación pública, a métodos de planificación y a servicios de salud sexual y reproductiva. También aumentó el número de personas mayores de edad, debido a la mejora de los servicios de salud.

La migración de isleños ha sido un fenómeno común durante el siglo XX, como resultado de la multiplicación de la población en un contexto de escasez de tierras y desempleo. La zona del Maderas fue poblada desde las primeras décadas del siglo por campesinos pobres de otras comunidades isleñas y de otras regiones del país. La emigración de Ometepe ha sido constante, en particular hacia las ciudades del Pacífico, como Rivas, Granada, Managua, y hacia la vecina Costa Rica. Una parte de la emigración campesina ha sido de carácter temporal, cuando se requería mano de obra en las cosechas de algodón, caña, frutas, café. Si bien esta migración permitía obtener ingresos para la sobrevivencia familiar, en muchos casos ocasionaba la desintegración de las familias isleñas, quedando los niños al cuidado exclusivo de sus madres o sus abuelas.

A inicios del siglo XX la economía de Ometepe estaba centrada en la producción agropecuaria y el intercambio en el mercado local. Gradualmente se fue transformando al integrarse al mercado internacional a través de inversionistas atraídos por los abundantes recursos naturales de la isla: sus bosques, su clima y sus fértiles suelos. Diversas empresas capitalistas impulsaron el corte y comercialización de maderas preciosas, así como los cultivos de agroexportación (tabaco, ajonjolí, algodón), además de la producción de ganado vacuno y la pesca excesiva del tiburón, hasta llegar a extinguirlo.

Estas inversiones dinamizaron la economía isleña al crear fuentes de empleo temporal, ascenso económico de productores y comerciantes locales, ampliación de los servicios de transporte. Sin embargo, los beneficios no fueron equitativos, pues la mayor ganancia quedó en manos de las empresas que controlaban el crédito, los insumos y la comercialización de la producción local. La demanda de tierra para los rubros de exportación condujo a que este bien se concentrara en pocas manos, mientras el campesinado, por carecer de títulos de propiedad, terminaba siendo expulsado de las tierras que había ocupado tradicionalmente.

Un caso emblemático fue el de Anastasio Somoza Debayle, quien acaparó gran parte de las tierras del volcán Maderas aprovechando su poder como jefe de Estado. La reforma agraria sandinista revirtió este proceso concentrador al distribuir tierras entre el campesinado isleño en la década de 1980, particularmente en la zona del Maderas. Sin embargo, en la década siguiente una parte de esas tierras pasaron a manos de nuevos inversionistas, favorecidos por las políticas de gobierno en un contexto de pobreza e inseguridad jurídica que vivían los campesinos antes beneficiados por la reforma agraria.

Las repercusiones ambientales del auge agroexportador han sido catastróficas para la población isleña: desaparición de los bosques y de la fauna; erosión y contaminación de los suelos; resistencia de plagas y malezas; deslaves en época de lluvias que han afectado a los poblados y los campos de cultivo. También influyó el crecimiento de la población isleña a partir de la década de 1970, lo que significó una mayor demanda de leña para cocinar, de madera para viviendas, de tierras para cultivar y de producción de desechos sólidos y líquidos que contaminan el ambiente.

En el ámbito político, durante el siglo XX los gobiernos municipales de Moyogalpa y Altagracia han carecido de autonomía respecto del gobierno nacional para implementar políticas propias acordes con las demandas de los isleños. Tampoco han contado con los recursos financieros necesarios para cumplir las competencias establecidas en las leyes, debido a la escasez de fuentes de ingreso propias y a las reducidas transferencias del gobierno central. En contraste, las delegaciones del gobierno nacional han contado con mayores recursos humanos y materiales para implementar los programas priorizados desde Managua.

Las organizaciones de la sociedad civil han desempeñado un papel importante en la vida social y cultural de Ometepe a lo largo del siglo. Se destacaron las organizaciones religiosas, particularmente aquellas vinculadas a la Iglesia católica, y en las últimas décadas, también las diversas denominaciones evangélicas. La organización de las comunidades indígenas de Urbaite, Las Pilas, Los Ramos, Sintiope y Tilgüe ha continuado su labor de preservación de su identidad cultural y defensa de los remanentes de sus tierras ancestrales, tal como es la Peña Inculta de la Cabuya.

En las últimas décadas del siglo XX han surgido diversas organizaciones civiles que han logrado promover la participación ciudadana en pro del desarrollo de sus comunidades, en especial de sectores tradicionalmente excluidos del ámbito público, como han sido las mujeres y los jóvenes. A finales del siglo XX se observaron cambios en esta situación, con la promoción de los derechos humanos de mujeres, niños y jóvenes realizada por organizaciones civiles, así como la apertura de espacios de participación y educación para el desarrollo personal y comunitario.

Conclusiones finales

En este recorrido por la historia de Ometepe desde los primeros pobladores hasta fines del siglo XX se han presentado los aspectos más relevantes de cada periodo según las fuentes de información disponibles.

Desde los primeros asentamientos humanos hace cuatro mil años, los principales motivos que atrajeron a la población a vivir en Ometepe fueron la fertilidad de los suelos volcánicos, la abundancia de fauna terrestre y acuícola, la tranquilidad de su vida rural, ajena a los conflictos políticos y militares que aquejaban al resto del mundo, y que le valieron el apelativo de “oasis de paz”.

Los estudios arqueológicos muestran que Ometepe formaba parte de una región cultural llamada la Gran Nicoya, que se extendía desde el golfo de Fonseca hasta la península de Nicoya, donde sus habitantes, gracias a los aportes provenientes de pueblos del sur y del norte, lograron desarrollar una identidad propia y un nivel de vida satisfactorio.

Los grupos chibchas fundadores de la sociedad ometepina fueron multiplicándose y desarrollando sus comunidades de forma autosuficiente, con escasos contactos con pueblos externos durante 3,200 años, hasta la intervención de los nicarao en el siglo XIII d.C., y luego la conquista española en el siglo XVI. Cabe destacar el nivel de desarrollo alcanzado por el pueblo originario de Ometepe, que logró condiciones de vida que le permitieron extender su población, vivir en armonía con el medio ambiente y producir obras de arte que hoy admiramos.

A raíz de la conquista española desapareció gran parte de la población isleña, debido a la opresión, las enfermedades, los trabajos forzados y las hambrunas. Sin embargo, se mantuvieron hasta el presente rasgos de su cultura, tales como algunas creencias, formas de alimentación, usos de plantas medicinales y técnicas de agricultura y pesca.

A mediados del siglo XVI se establecieron los monjes franciscanos en Ometepe. Ellos aprendieron las lenguas indígenas y les enseñaron el castellano a los isleños para convertirlos al catolicismo. Los españoles prohibieron las ceremonias religiosas autóctonas, sin embargo, las creencias tradicionales se transmitieron oralmente y los rituales se fusionaron con las ceremonias católicas, como es el caso de la celebración a la diosa de la lluvia, Quiateot, convertida en la fiesta de San Diego en Altagracia.

En el periodo colonial (1521-1821) surgió un nuevo grupo social producto del mestizaje entre españoles, indígenas y africanos, que llegó a ser la mayoría de la población. Esta población mestiza sufrió la discriminación racial de la sociedad española dominante, y por tanto, lucharon por liberarse de su dominio. Sin embargo, la independencia política de España a inicios del siglo XIX no alteró el sistema socioeconómico y cultural establecido por la Colonia, sino que solamente produjo un recambio en los puestos de poder, que fueron ocupados por una elite criolla de terratenientes y comerciantes.

Las comunidades indígenas de Ometepe y de otras zonas del país debieron defenderse de este nuevo grupo dominante, interesado en apropiarse de sus

tierras y controlar a sus autoridades. En la segunda mitad del siglo XIX los gobiernos conservadores y liberales aprobaron diversas leyes para terminar con la propiedad comunitaria de las tierras indígenas, a fin de abrirlas al mercado capitalista de compraventa. También establecieron el trabajo forzoso en los cultivos de café. A pesar de ese contexto adverso, las comunidades indígenas de Urbaite-Las Pilas mantuvieron su organización y legalizaron una parte de su territorio ancestral como propiedad colectiva.

Durante el siglo XIX la economía de Ometepe mantuvo su carácter agropecuario, con grandes extensiones de bosques y tierras incultas. La mayor parte de la producción se destinaba al autoconsumo familiar y al mercado local, mientras que en las grandes haciendas se producían rubros para el mercado externo, como cacao, añil, tabaco, café y ganado. A nivel social, la familia patriarcal se mantuvo como la principal organización de la vida comunitaria. La Iglesia católica perdió parte del clero y de sus recursos debido a las políticas liberales, pero la población mantuvo las creencias católicas y las actividades religiosas en sus comunidades.

Durante el siglo XX se produjeron cambios profundos en la sociedad isleña y en el medio ambiente, tales como la multiplicación de la población por todo el territorio de Ometepe, y el crecimiento de la economía a raíz de la producción agropecuaria para la exportación, así como el surgimiento del turismo a finales de siglo. Sin embargo, los beneficios del auge económico fueron distribuidos de forma desigual, pues amplios sectores siguieron en pobreza, al mismo tiempo que los recursos naturales sufrieron un grave deterioro.

El crecimiento de la población fue lento durante la primera mitad del siglo XX, debido a la alta mortalidad infantil que existía en esos años, a las múltiples enfermedades que aquejaban a la población adulta y a la escasa migración de personas hacia la isla. La situación cambió al mejorar la atención en salud pública, con la introducción de vacunas, antibióticos, fumigación de agentes transmisores de dengue y malaria, además del establecimiento de centros de salud dotados con personal médico.

Los censos de población durante el siglo XX muestran que una mitad de la población era menor de 15 años, y una quinta parte eran jóvenes entre 15 y 30 años. Esta composición poblacional se modificó lentamente en las últimas décadas del siglo, al disminuir la cantidad de hijos que tenían las mujeres gracias a un creciente acceso a la educación pública, a métodos de planificación familiar y a servicios de salud sexual y reproductiva. También aumentó el número de personas mayores de edad, debido a la mejora de los servicios de salud.

En las últimas décadas del siglo XX se mejoraron los servicios públicos de educación, salud, agua, electricidad y transporte, sin embargo, los beneficios sólo alcanzaban a una parte de la población isleña que habitaba en zonas urbanas, mientras persistían las condiciones de pobreza en la mayoría de la población, que se vio obligada a buscar alternativas de empleo fuera del país o en las principales ciudades del Pacífico.

La migración de isleños ha sido un fenómeno común durante el siglo XX, al aumentar la población en un contexto de concentración de tierras y escasez de fuentes de empleo. La zona del Maderas fue poblada por migrantes

de Chontales y por campesinos pobres de otras comunidades isleñas. La emigración de Ometepe ha sido constante, en particular hacia las ciudades del Pacífico, como Rivas, Granada, Managua y hacia la vecina Costa Rica. Una parte de la emigración campesina ha sido de carácter temporal como mano de obra en las cosechas de algodón, caña, frutas y café. Si bien esta migración permitía obtener ingresos para la sobrevivencia familiar, en muchos casos ocasionaba la desintegración de las familias isleñas, quedando los niños al cuidado exclusivo de sus madres o sus abuelas.

A inicios de siglo XX la economía de Ometepe estaba centrada en la producción agropecuaria y el intercambio en el mercado local. Gradualmente se fue transformando conforme se integraba al mercado internacional a través de inversionistas atraídos por los abundantes recursos naturales de la isla, tales como sus bosques, su clima y sus fértiles suelos. Varias empresas capitalistas impulsaron el corte y comercialización de madera preciosa, los cultivos de agroexportación (tabaco, ajonjolí, algodón), además de la producción de ganado vacuno y la pesca excesiva del tiburón, hasta llegar a extinguirlo.

Estas inversiones dinamizaron la economía isleña al crear fuentes de empleo temporal, ascenso económico de productores y comerciantes locales, ampliación de los servicios de transporte. Sin embargo, los beneficios no fueron equitativos, pues la mayor ganancia quedó en manos de las empresas que controlaban el crédito, los insumos y la comercialización de la producción local. La demanda de tierra para los rubros de exportación condujo a que este bien se concentrara en pocas manos, mientras el campesinado, por carecer de títulos de propiedad, terminaba siendo expulsado de las tierras que había ocupado tradicionalmente.

La reforma agraria sandinista reversionó este proceso concentrador en la década de 1980, al distribuir tierras entre el campesinado isleño, particularmente en la zona del Maderas. Sin embargo, en la década siguiente buena parte de esas tierras pasaron a manos de nuevos inversionistas, que resultaron favorecidos por las políticas de gobierno en un contexto de pobreza e inseguridad jurídica que vivían los campesinos que habían sido beneficiados por la reforma agraria.

Las repercusiones ambientales del auge agroexportador han sido catastróficas para la población isleña: desaparición de los bosques y de la fauna; erosión y contaminación de los suelos; mayor resistencia de las plagas y malezas; deslaves en época de lluvias que han afectado a los poblados y los campos de cultivo. También influyó el crecimiento demográfico de la isla a partir de la década de 1970, lo que implicó una mayor demanda de leña para cocinar, de madera para viviendas, de tierras para cultivar y de producción de desechos sólidos y líquidos que contaminaron el ambiente.

En el ámbito político, los gobiernos municipales de Moyogalpa y Altagracia han carecido históricamente de autonomía respecto del gobierno nacional para implementar políticas propias acordes con las demandas de los isleños. Tampoco han contado con los recursos financieros necesarios para cumplir con las competencias establecidas en las leyes, debido a la escasez de fuentes propias y a las reducidas transferencias del gobierno central.

Las organizaciones de la sociedad civil han desempeñado un papel muy importante en la vida social y cultural de Ometepe a lo largo del siglo XX. Se han

destacado las organizaciones religiosas, particularmente aquellas vinculadas a la Iglesia católica, y en décadas recientes, las diversas denominaciones evangélicas. La organización de las comunidades indígenas de Urbaite, Las Pilas, Los Ramos, Sintiope y Tilgüe ha sido crucial en la preservación de su identidad cultural y en la defensa de sus tierras ancestrales. En las últimas décadas del siglo XX surgieron organizaciones civiles que han sido fundamentales en cuanto a promover la participación ciudadana en el desarrollo de sus comunidades, en especial de sectores tradicionalmente excluidos del ámbito público, como han sido las mujeres y los jóvenes.

En este breve recorrido por la historia de Ometepe se pueden identificar algunos rasgos peculiares que se han mantenido a lo largo del tiempo hasta una época reciente, tales como el aislamiento y autosuficiencia de la sociedad isleña, la vulnerabilidad ante los fenómenos naturales y el carácter patriarcal de las familias.

Sin duda el carácter insular de Ometepe, dadas las dificultades históricas que entraña para la comunicación y el transporte, ha reducido el impacto externo y ha facilitado el desarrollo de una identidad particular. Esa situación de aislamiento geográfico se ha vinculado con la autosuficiencia de la sociedad isleña, es decir, con su capacidad de satisfacer las necesidades locales a partir del uso adecuado de los recursos propios. Apenas en el siglo XX se observa un proceso de integración económica con los mercados externos, debido a las inversiones de empresas capitalistas que buscaban aprovechar los recursos naturales y la mano de obra de los isleños.

El aislamiento de Ometepe se pudo superar a fines del siglo XX y principios del XXI, con los avances tecnológicos en materia de transporte y comunicación. Por un lado, la ampliación del servicio de lanchas y ferris, así como la apertura del puerto en San José del Sur facilitaron el flujo de mercaderías y personas. Por otro lado, la expansión de la telefonía celular, la televisión y el internet permitieron el acceso inmediato a la información; así mismo, los flujos de turistas y de migrantes abrieron las fronteras culturales de los isleños. Los vínculos de comunicación y transporte han facilitado la integración de Ometepe a la sociedad de consumo global, perdiendo así su característica histórica de autosuficiencia e incrementando su dependencia de mercaderías importadas de todo tipo.

La vulnerabilidad ante los fenómenos naturales ha sido un rasgo permanente durante la historia de la isla, que ha repercutido en el desarrollo de las comunidades, así como también en la flora y la fauna. Desde los primeros registros arqueológicos se conoce la ocurrencia de erupciones volcánicas, deslaves, terremotos, huracanes y sequías, fenómenos que siguen afectando a la isla en la actualidad. Sin duda en el siglo XX aumentó esta vulnerabilidad, por la deforestación de las laderas de los volcanes, que retenían el agua y la capa fértil del suelo y que albergaban una fauna diversa que contribuía al equilibrio ecológico y a la dieta de los isleños.

Otro rasgo estructural de la sociedad isleña ha sido su carácter patriarcal, que ha marcado la organización familiar y las relaciones sociales en las comunidades al ubicar en una posición de subordinación a las mujeres, los niños y los jóvenes. Históricamente, el padre ha sido el jefe de la familia, a

quien la mujer y los hijos debían obediencia y respeto. En el ámbito público, los varones adultos participaban en la vida política y social, además de ser representantes legales de su esposa e hijos. A finales del siglo XX se empezaron a observar cambios en esta situación, con la promoción que hicieron las organizaciones civiles a favor de los derechos humanos de mujeres, niños y jóvenes, así como con la apertura de espacios de participación y educación para el desarrollo personal y comunitario.

En 2015, al concluir esta investigación, se pueden señalar algunos elementos novedosos ocurridos en los últimos años en la isla, pero la mayor parte de las tendencias de largo plazo se mantienen vigentes. Un cambio significativo ha ocurrido en los medios de comunicación, con la proliferación de teléfonos celulares que permitieron superar el aislamiento de comarcas rurales; otro cambio ha sido el acceso a internet, que ha facilitado los contactos con el exterior y la participación de todos los sectores en redes sociales virtuales.

En el ámbito económico, el auge turístico presenta resultados ambivalentes: por un lado ha aumentado el empleo y la generación de ingresos de pequeñas empresas locales, aunque el flujo es cíclico y muchos visitantes son jóvenes de escasos recursos. Por otro lado, muchos lugares atractivos han sido comprados y privatizados por inversionistas extranjeros, lo que ha acrecentado la demanda de madera para construcciones y mobiliario, y ha hecho proliferar la dolarización de los productos de consumo isleño.

En el ámbito ecológico, pese a que en 2010 la Unesco declaró Ometepe como Reserva de Biosfera, se mantiene la tendencia de deterioro ambiental, pues no se han superado las causas de esta problemática, agudizada hoy día por el cambio climático y por la eventual construcción del canal interoceánico. Sin embargo, en años recientes varias organizaciones civiles han implementado iniciativas de protección ambiental en materia de reciclaje de desechos, reforestación, prevención de catástrofes, tecnologías limpias, agricultura orgánica, conservación de aguas y suelos.

Espero que este estudio de la historia de Ometepe contribuya a fortalecer la identidad cultural de los isleños y que les ayude a cobrar conciencia de las experiencias que han vivido en el pasado remoto y en las épocas recientes, a fin de que asuman el compromiso de superar los retos que enfrentan en la actualidad para lograr un desarrollo humano y sostenible en su isla, que pese a todo sigue siendo su pequeño paraíso.

Referencias bibliográficas

- Acuña Ortega, Víctor H. (Ed.) (1993). *Historia General de Centroamérica. Las repúblicas agroexportadoras 1970-1945*. Tomo IV. Madrid: Flacso.
- Álvarez, F. (1999). *Caracterización de la situación actual del problema de la propiedad en la comunidad de Mérida, Isla de Ometepe*. (Monografía inédita de licenciatura). Managua: UCA.
- Arellano, J. E. (Comp.). (1975). *Nicaragua en los Cronistas de las Indias*. Managua: Banco de América.
- Arellano, J. E. (1997). *Historia básica de Nicaragua: el siglo XIX*. Managua: CIRA.
- Arellano, J. E. (1998). El mundo prehispánico de Nicaragua. En S. Lothrop et al.: *Culturas Indígenas de Nicaragua*. Tomo I. Managua: Hispamer.
- Avendaño, X., Centeno, S., Gaitán, L., & Martínez, M. (2005) La región sur de Nicaragua, siglo XIX. En A.J. Romero (Coord.). *El oriente y el mediodía de Nicaragua. Aportaciones al estudio de su historia* (pp. 63-122). Managua: UNAN.
- Ayón, T. (1993) *Historia de Nicaragua desde los tiempos más remotos hasta el año 1852* (2ª ed.). Managua: Banic.
- Baker, S. M. (2013). *El arte rupestre de la isla de Ometepe, Nicaragua: clasificación, cuantificación y comparaciones regionales de motivos*. Inédito.
- Balladares, S. & Lechado, L. (2005). Historia antigua de la región del Pacífico centro y sur de Nicaragua. En J. Romero (Coord.) *El Oriente y el Mediodía de Nicaragua: aportaciones al estudio de su historia*. Managua: UNAN.
- Barrios, L., Cruz, J., & Ortiz, H. (2010). *Reseña histórica de la isla de Ometepe*. (Monografía inédita de licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua.
- Baumeister, E. (1998). *Estructura y reforma agraria en Nicaragua (1979-1989)*. Managua: CDR-ULA.
- Belt, T. (2003). *El naturalista en Nicaragua*. Managua: Fundación Vida.
- Bird, B. (1995). *Reserva Natural Maderas: problemas de las comunidades y desarrollo*. Canadá: Biodiversity International. No publicado.
- Bolaños Geyer, A. (1994). *William Walker, el Predestinado de los Ojos Grises*. Tomo IV: *La Guerra Nacional*. Missouri: Autor.
- Bovallius, C. (1977). *Viaje por Centroamérica 1881-1883*. Managua: Banco de América.
- Boyle, F. (1868). *A Ride Across a Continent: A Personal Narrative of Wanderings Through Nicaragua and Costa Rica*. London: Richard Bentley.
- Bransford, J. F. (1881). *Archaeological Researches in Nicaragua*. Washington: Smithsonian Institution.
- Bravo, C. (1976). La raza olvidada. *Revista Indígena*, segunda época, N° 9-10, abril-mayo-junio, 17-43.
- Burns, B.E. (1993). *Patriarcas y pueblo en el surgimiento de Nicaragua 1796-1858*. Managua: Ihnca-UCA.
- Cárdenas, A. (1964). Biografía del vapor Victoria. *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*. (43) 45-48.
- Cardoso, C. & Pérez Brignoli, H. (1977). *Centroamérica y la economía occidental (1520-1930)*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Carmack, R. (Ed.) (1993). *Historia General de Centroamérica. Historia Antigua*. Tomo I. Madrid: Flacso.

- Casanovas, T. R. (1995). Hacia una nueva valoración de las luchas políticas del periodo de la anarquía. El caso de los conflictos de 1845-1849. En M. Vanini (Ed.) *Encuentros con la historia*, pp. 231-248. Managua: Ihnca-UCA.
- Centro de Investigaciones de Reforma Agraria (1980). *Diagnóstico socio-económico del sector agropecuario de Rivas*. Managua: Ciera.
- Centro de Investigaciones de Reforma Agraria (1989). *La reforma agraria en Nicaragua 1979-1989*. Managua: Ciera.
- Centro de Investigaciones Pedagógicas (1989). *Proyecto de Educación comunitaria campesina en Ometepe*. Managua: CIP-UNAN.
- Chapman, A. (1974). *Los Nicarao y los Chorotega según las fuentes históricas*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Close, D. (2005). *Los años de Doña Violeta*. Managua: Grupo Editorial.
- Cruz, A. (2003) *La república conservadora de Nicaragua 1858-1898*. Managua: Fundación Vida.
- Dávila Bolaños, A. (2010). *El Güegüense o macho ratón*. Managua: Estrago.
- Denvers, J. (2000). *Diagnóstico de comunicación de las organizaciones civiles de Ometepe*. Moyogalpa: FEV-ROCO. Inédito.
- Dévé, F. C. (1985). *La dinámica del sistema agrario frente a la situación energética en la isla de Ometepe*. Managua: Proyecto de Cooperación Francia-OEA. Inédito.
- Dirección de Planificación Sectorial (1974). *Estudio de 104 variables*. Managua: Ministerio de Agricultura.
- Dirección General de Estadística y Censos (1950). *Censo Nacional de Población 1950*. Managua: Ministerio de Economía.
- Dirección General de Estadística y Censos (1963). *Censo Nacional Agropecuario 1963*. Managua: Ministerio de Economía.
- Dore, E. (2006) *Mitos de modernidad. Tierra, peonaje y patriarcado en Granada*. Managua: Ihnca-UCA.
- Downs, Ch. (1985). Local and Regional Government. In T. Walker (Ed.) *Nicaragua: The First Five Years*. (pp. 45-65). New York: Prager.
- Esgueva Gómez, A. (1996). *La Mesoamérica nicaragüense: documentos y comentarios*. Managua: UCA.
- Esgueva Gómez, A. (1999). Conflictos y paz en la Historia de Nicaragua. *Taller de Historia Cuaderno 7*. Managua: Ihnca-UCA.
- Esgueva Gómez, A. (2000). *Documentos de la Historia de Nicaragua 1523-1857* (4ª. ed). Managua: UCA.
- Esgueva Gómez, A. (2011). *Elecciones, reelecciones y conflictos en Nicaragua (1821-1963)*. Managua: Ihnca-UCA.
- Ferrero Blanco, M. D. (2012) *La Nicaragua de los Somoza 1936-1979*. Managua: Ihnca-UCA.
- Fletcher, L., Salgado, R. & Espinosa, E. (1993). La Gran Nicoya y el Norte de Nicaragua. En J. E. Arellano (Ed.). *30 Años de Arqueología en Nicaragua*, pp. 103-114. Managua: Museo Nacional de Nicaragua.
- Fonseca Corrales, E. (1993). Economía y sociedad en Centroamérica (1540-1680). En J. Pinto Soria, *Historia General de Centroamérica*. Tomo II. Madrid: Flacso.
- Fonseca, F. & Mora, G. (2005). Historia colonial de la región del Pacífico centro y sur. En J. Romero Jilma (Coord.) *El Oriente y Mediodía de Nicaragua. Aportaciones al estudio de su historia*. Managua: Acento.
- Froebel, J. (1978). *Siete años de viaje en Centro América, Norte de México y Lejano Oeste de los Estados Unidos*. Managua: Banco de América.

- Fundación Entre Volcanes (1995). *Historia de las comunidades de Ometepe*. Moyogalpa: Autor.
- Fundación Entre Volcanes (1999). *Parques Naturales de Ometepe*. Moyogalpa: Autor.
- Fundación Entre Volcanes (2000). *Estudio socio-económico de las comunidades del volcán Maderas*. Altagracia: FEV-Alistar.
- Gillespie, T. (1994). *Evolución biogeográfica y cultural de las reservas naturales de la isla de Ometepe*. (Tesis inédita de licenciatura). California State University.
- Gobierno de Nicaragua (1929). *Censo General de 1920*. Managua: Autor.
- Gobierno de Nicaragua. *Acuerdos y Resoluciones*. Biblioteca Virtual Dávila Bolaños. Recuperado de <http://www.bibliotecageneral.enriquebolanos.org>
- Gould, J.L (1997). *El mito de la Nicaragua mestiza y la resistencia indígena 1880-1980*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Granados, D.H. (2002). *Historia de Nicaragua en el contexto mundial*. Managua: UCA.
- Guerrero, J., & Soriano, L. (1966). *Rivas: Monografía*. Managua (s/n).
- Guevara, O. (2008). *Cien años de movimiento social en Nicaragua*. Managua: Ihnca-UCA.
- Haberland, W. (1963). *Ometepe. Nicaragua Indígena* (37) 7-10.
- Haberland, W. (1974) *Culturas de la América Indígena. Mesoamérica y América Central*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Haberland, W. (1992). The Culture History of Ometepe Island: Preliminary Sketch. En F. Lange et al.: *The Archeology of Pacific Nicaragua*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Silva Monge, H. (1995). *Ometepe: Su Historia, Mitos y Leyendas*. Altagracia: Autor.
- Harper's Weekly (1976). *La guerra en Nicaragua*. Managua: Banco de América.
- Hernández, T. & Murguialday, C. (1993). *Mujeres indígenas ayer y hoy*. Managua: Puntos de Encuentro.
- Instituto Nicaragüense de Estadísticas y Censos (1979). *Censo de Analfabetismo*. Managua: Autor.
- Instituto Nicaragüense de Estadísticas y Censos (1995). *VII Censo de Población y III de Vivienda*. Managua: Autor.
- Instituto Nicaragüense de Estadísticas y Censos (2001). *III Censo Nacional Agropecuario*. Managua: Autor.
- Instituto Nicaragüense de Estudios Territoriales (1990). *Riesgos por desastres naturales: Volcán Concepción*. Managua: Autor.
- Instituto Nicaragüense de Estudios Territoriales (1994). *Diagnóstico. Estudio de Ordenamiento Territorial. Isla de Ometepe*. Managua: Autor.
- Instituto Nicaragüense de Estudios Territoriales (1995). *Evaluación del peligro por flujos de escombros en Ometepe*. Managua: Autor.
- Instituto Nicaragüense de Fomento Municipal (1996). *Plan Maestro de Ometepe*. Managua: Autor.
- Instituto Nicaragüense de Fomento Municipal y Asociación de Municipios de Nicaragua (1997). *Rivas y sus municipios*. Managua: Autor.
- Instituto para el Desarrollo y la Democracia (2006). *Catálogo estadístico de elecciones en Nicaragua 1990-2006*. Managua: Autor.
- Juárez, M. & Witters, S. (1993). *Diagnóstico de las mujeres de Moyogalpa*. Ometepe: FEV-Coopibo.
- Kinloch Tijerino, F. (Ed.) (1995). *Nicaragua en busca de su identidad*. Managua: Ihnca-UCA.
- Kinloch Tijerino, F. (2005) *Historia de Nicaragua*. Managua: Ihnca-UCA.

- Kirchhoff, P. (2000). *Mesoamérica, Dimensión Antropológica*, (19), 15-32.
- Künne, M. & Strecke, M. (2008). Arte Rupestre de México Oriental y de Centro América. *Wani* (57) 60-78.
- Lange, F., Sheets, P., Martínez, A. & Vidor, S. (1992). *The Archeology of Pacific Nicaragua*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Lanuza, A. (1983). La formación del estado nacional en Nicaragua: las bases económicas, comerciales y financieras entre 1821 y 1873. En: A. Lanuza et al. *Economía y sociedad en la construcción del estado en Nicaragua*. San José de Costa Rica: ICAP.
- Levy, P. (1976). *Notas geográficas y económicas sobre Nicaragua*. Managua: Banco de América.
- Lipschutz, A. (1944). *El indoamericanismo y el problema racial en las Américas*. Santiago de Chile: Nascimento.
- Lothrop, S. K. (1998). Las culturas indígenas prehispánicas de Nicaragua y Costa Rica. En J. Arellano et al. *Culturas Indígenas de Nicaragua*. Tomo I. Managua: Hispamer.
- Macleod, M. (1980). *Historia socioeconómica de la América Central Española 1520-1720*. Guatemala: Piedra Santa.
- Mahn-Lot, M. (1977). *Una aproximación histórica a la conquista de la América española*. Barcelona: Oikos-Tau.
- Mántica, C. (1994). *El habla nicaragüense*. (4ª ed.) Managua: Hispamer.
- Marry, N. (s.f.). *El papel de los franciscanos durante la colonización y su influencia*. Recuperado de <http://www.html.rincondelvago.com>
- Martínez Peláez, S. (1979). *La patria del criollo*. San José de Costa Rica: Educa.
- Matilló Vila, J. (1973). *Ometepe: isla de círculos y espirales*. Managua: Universidad Centroamericana.
- Mauleon, M. (2008). *La población de Nicaragua 1748-1867*. Managua: Fundación UNO.
- Medrano Cortés, C. (2003). *Sistematización de la experiencia de patio dentro del proyecto Mujer Islaña 1995-98*. (Tesis inédita de licenciatura). Managua: UCA.
- Millet, R. (2006). *Los guardianes de la dinastía. La historia de la Guardia Nacional*. Managua: Lea.
- Moerner, M. (1969). *La mezcla de razas en la historia de América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Morales Alemán, I. (2003). *Principales expresiones de vida de los pueblos indígenas en la Isla de Ometepe, Urbaité-Las Pilas*. (Tesis inédita de licenciatura). Managua: UNAN.
- Morel de Santa Cruz, P. (1967). Visita apostólica, topográfica, histórica y estadística de todos los pueblos de Nicaragua y Costa Rica. *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* (82).
- Newson, L. A. (1982). The depopulation of Nicaragua in the Sixteenth Century. *Journal of Latin American Studies* (14) 253-286.
- Newson, L. A. (1987) *Indian Survival in Colonial Nicaragua*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Newson, L.A. (2007). *El costo de la conquista*. Tegucigalpa: Guaymuras.
- Oficina Ejecutiva de Estadísticas y Censos (1971). *Censo Nacional Agropecuario 1971*. Managua: Ministerio de Economía.
- Páez Andino, B. (1990). *Ometepe, Tierra Prometida*. Managua: Instituto Nicaragüense de Cultura.

- Peña Torres, L. M. (2014). *Historia de la salud pública en Nicaragua*. Managua: Ihnca-UCA.
- Pérez Alemán, P. (1990). *Organización, identidad y cambio. Las campesinas en Nicaragua*. Managua: CIAM.
- Pérez Baltodano, A. (2003) *Entre el estado conquistador y el estado nación*. Managua: Ihnca-UCA.
- Pérez Brignoli, H. (Ed.). (1993). *Historia General de Centroamérica. De la ilustración al liberalismo (1750-1870)*. Tomo III. Madrid: Flacso.
- Pinto Soria, J. (Ed.). (1993). *Historia General de Centroamérica. El régimen colonial (1524-1750)*. Tomo II. Madrid: Flacso.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (2000). *Informe de Desarrollo Humano de Nicaragua*. Managua: Autor.
- Red de Organizaciones Civiles de Ometepe (1999). *Diagnóstico y plan de acción para el desarrollo de la isla de Ometepe*. Moyogalpa: Autor.
- Romero Vargas, G. (1987). *Las estructuras sociales de Nicaragua en el siglo XVIII*. Managua: Vanguardia.
- Romero Vargas, G. (1998). Los indígenas del Pacífico de Nicaragua. En J. E. Arellano et al. *Culturas Indígenas de Nicaragua*. Tomo I. Managua: Hispamer.
- Ruchs, J. (1985). *Diagnóstico de la situación energética de la isla de Ometepe*. OEA-INE. Inédito.
- Saravia, R. & Morin, S. (1989). *Construcción de la democracia en Nicaragua. Reseña histórica a 10 años de revolución*. Managua: UCA.
- Serra, L. (1985). *Participación política y organizaciones populares*. Conferencia presentada en el IV Congreso Nicaragüense de Ciencias Sociales, Managua.
- Serra, L. (1991) *La participación política del movimiento campesino 1979-89*. Managua: UCA.
- Serra, L. (1995) *Leyendas de Ometepe*. Moyogalpa: FEV.
- Serra, L. (1996) *El desafío de la agricultura sostenible en Ometepe*. Moyogalpa: FEV.
- Serrano Caldera, A. et al. (1997). *Historia y violencia en Nicaragua*. Managua: Upoli.
- Sherzen, C. (1957). *Travels in the Free States of Central America*. London: Longmans.
- Silva Monge, M. H. (2002). *Ometepe en el siglo XX*. Managua: Eikon.
- Silva Monge, M. H. (2013). *Ometepe: encuentro de culturas*. Altagracia: Autor.
- Squier, E.G. (1989). *Nicaragua, sus gentes y sus paisajes*. Managua: Nueva Nicaragua.
- Téllez, D.M. (1999). *Muera la gobierna: colonización en Matagalpa y Jinotega 1820-1980*. Nicaragua: Uraccan.
- Urtecho, M. (1993). *Uso de plantas medicinales y presencia de curadores tradicionales en las comunidades del volcán Maderas*. Cooperación Sanitaria Italiana. Inédito.
- Vanini, M. (Ed.) (1995). *Encuentros con la historia*, Managua: Ihnca.
- Vargas, O. R. (2001). *Historia del Siglo XX. Nicaragua 1926-1939*. Managua: Ceren-Cedoh.
- Velázquez Pereira, J.L. (1992). *La formación del estado en Nicaragua 1860-1930*. Managua: Banco Central.
- Villarreyra Castrillo, R. (2000). *Raíces ocultas de la isla de Ometepe*. Managua: CIRA.
- Walker, T. (Ed.) (1995). *Nicaragua: The First Five Years*. New York: Prager.
- Walker, T. (2003). *Nicaragua. Living in de Shadow of the Eagle*. (4ª Ed.). Colorado: Westview Press.
- Walter, K. (2004). *El régimen de Anastasio Somoza 1936-1956*. Managua: Ihca-UCA.
- Welch, T. (1995). *Inventario de flora y fauna de Ometepe*. California: UCLA.
- Werner, P. (2009). *Etnohistoria de la Nicaragua temprana: demografía y encomiendas de*

- las comunidades indígenas*. Managua: Lea
- Wolf, E. (1979). *Pueblos y culturas de Mesoamérica*. (5ª ed.) México: Era.
- Zúñiga, E. (1989). *Historia eclesiástica de Nicaragua 1524-1821*. Managua: Unión.
- Zúñiga, B.J. (2000). *La transformación de la cultura campesina en Altagracia, Ometepe*. (Monografía inédita de licenciatura). Managua: UNAN.

Anexo: Siglas, acrónimos y abreviaturas

a. C.	antes de Cristo
AGEO	Asociación de Agricultores Ecológicos de Ometepe
AL	Alianza Liberal
AMO	Asociación de Mujeres de Ometepe
Amojó	Asociación Movimiento Juvenil de Ometepe
APP	Área Propiedad del Pueblo
BEC	Brigadas Ecológicas Comunes
BND	Banco Nacional de Desarrollo
BVDB	Biblioteca Virtual Dávila Bolaños
C\$	córdobas
CAS	Cooperativas Agrícolas Sandinistas
CCS	Cooperativas de Crédito y Servicios
Ciera	Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria
CIP	Centro de Investigaciones Pedagógicas de la UNAN
CMA	Comisión de Protección del Medio Ambiente
d. C.	después de Cristo
EEUU	Estados Unidos de Norteamérica
Enabas	Empresa Nacional de Abastecimiento
Enacal	Empresa Nacional de Acueductos y Alcantarillados
FEV	Fundación Entre Volcanes
FSLN	Frente Sandinista de Liberación Nacional
gl	galones
Inatec	Instituto Nacional de Educación Técnica
INE	Instituto de Energía
INEC	Instituto Nacional de Estadísticas y Censos
Ineter	Instituto Nicaragüense de Estudios Territoriales
Inifom	Instituto Nicaragüense de Fomento Municipal
km	kilómetros
km ²	kilómetros cuadrados
lb	libras
Marena	Ministerio del Ambiente y Recursos Naturales
MED	Ministerio de Educación
Micoin	Ministerio de Comercio Exterior
Midinra	Ministerio de Agricultura y Reforma Agraria
Minsa	Ministerio de Salud
mz	manzanas
Paebanic	Programa de Alfabetización y Educación de Adultos
PC	Partido Conservador
PEA	Población Económicamente Activa
PEI	Población Económicamente Inactiva
PLN	Partido Liberal Constitucionalista
PNUD	Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo
Pronal	Partido Proyecto Nacional
PS	Policía Sandinista
qq	quintales
ROCO	Red de Organizaciones Civiles de Ometepe
UNAG	Unión Nación de Agricultores y Ganaderos
UNAN	Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua
UNO	Unión Nacional Opositora

